



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores *Amador de los Ríos*, Alarcón, Arce, Sra. *Avellaneda*, Sres. *Asquerino*, *Añón* (Marqués de), *Alvarez* (M. de los Santos), *Arnó*, *Ayala*, *Alonso* (J. B.), *Araquistain*, *Anchorena*, *Aiberne*, *Ardanz*, *Ariza*, *Arrieta*, *Balaguer*, *Baralt*, *Barzanallana* (marqués de), *Beceña*, *Benavides*, *Bona*, *Borao*, *Borrego*, *Bueno*, *Bremón*, *Breton de los Herreros* (Manuel), *Blasco*, *Calvo Asensio* (D. Pedro), *Campoamor*, *Camus*, *Canalejas*, *Cañete*, *Castelar*, *Castro* y *Blanc*, *Cánovas del Castillo*, *Castro y Serrano*, *Calavia* (D. Mariano), *Calvo y Martín*, *Cazurro*, *Cervino*, *Cheste* (Conde de), *Collado*, *Cortina*, *Corradi*, *Colmeiro*, *Correa*, *Cuesta*, *Cueto*, *Sra. Coronado*, *Sres. Calvo Asensio*, (D. Gonzalo), *Cañamaque*, *Dacarrele*, *Díaz* (José María), *Durán*, *Duque de Rivas*, *Echevarría* (J. A.), *Espin* y *Guillen*, *Estrada*, *Echegaray*, *Eguilas*, *Escosura*, *Estrella*, *Eulate*, *Fabí*, *Ferrer del Río*, *Fernandez y Gonzalez*, *Fernandez Guerra*, *Fernandez de los Ríos*, *Fernán Toro*, *Flores*, *Figueroa*, *Figueroa* (Augusto Suarez de), *García Gutiérrez*, *Gayangos*, *Gálvez de Molina* (D. Javier), *Graells*, *Gimenez Serrano*, *Giron*, *Gomez Marin*, *Güell* y *René*, *Güelvenzu*, *Guerrero*, *Inceña*, *Hartzenbusch*, *Iriarte*, *Zapata*, *Janer*, *Labra*, *Larra*, *Larrañaga*, *Lasala*, *Lezama*, *Lopez Guizarro*, *Lorenzana*, *Llorente*, *Lafuente*, *Macanaz*, *Martos*, *Mata* (D. Guillermo), *Mata* (D. Pedro), *Mañé* y *Flaquer*, *Mereio*, *Montesinos*, *Mollis* (Marqués de), *Muñoz del Monte*, *Ochoa*, *Olavarría*, *Oryz*, *Ortiz de Pinedo*, *Olózaga*, *Palacio*, *Pasaron* y *Lastra*, *Pascual* (D. Agustín), *Perez Galdós*, *Perez Lirio*, *Pi* y *Margall*, *Poey*, *Reinoso*, *Retes*, *Revilla*, *Ríos* y *Rosas*, *Rivera*, *Rivero*, *Romero Ortiz*, *Rodriguez y Muñoz*, *Rodriguez* (G.), *Rosa* y *Gonzalez*, *Ros de Olano*, *Rosell*, *Ruiz Aguilera*, *Sagarminaga*, *Sanz Perez*, *Sanz*, *Salvador de Salvador*, *Salmeron*, *Sanromá*, *Selgas*, *Segovia*, *Serrano Alcazar*, *Sellés*, *Tamayo*, *Trueba*, *Tubino*, *Ulloa*, *Valera*, *Velaz de Medrano*, *Vega* (Ventura de la), *Vidart*, *Wilson* (baronesa de), *Zapata*, *Zobel*, *Zaragoza*, *Zorrilla*.

PRECIO DE SUSCRICION.

España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.

PRECIO DE LOS ANUNCIOS.

España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 8 de Mayo de 1884.

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras, ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.

Redaccion y Administracion, Carrera de San Jerónimo, 31.

SUMARIO.

Revista general, por D. Miguel Moya.—El Poder del Jefe del Estado, por don Gumersindo Azcárate.—Rusia, por D. Eusebio Asquerino.—Travesía de los Pirineos centrales por vías de hierro internacionales, por D. P. Calvo y Martín.—Sobre canciones populares, por D. Antonio M. Duimovich.—Emilio de Girardin, por D. Emilio Castelar.—Recuerdos de la patria, por D. Tristan Medina.—Apuntes para un libro de fiestas y costumbres populares: La Virgen del Valle, por D. Eugenio de Olavarría y Huarte.—Un genio de la literatura, por D. Antonio de Lara.—El Tiempo, por D. Demetrio Viana.—Siempre dudando! por D. Luis Vidart.—El Pecado original, por D. Mariano Ramiro.—La Cartuja, por D. Eusebio Blasco.—El Bien, por D. José Selgas.—El Brillante y el gusano de luz, por D. Ramiro Blanco.—A la Patria, por don Manuel Reina.—Anuncios.

REVISTA GENERAL.

Todos los años suéde lo mismo. Las campanas tocando á muerto nos hablan con su clamoreo incesante de una epopeya que pasó. De algunos árboles del Prado, cubierto el tronco con fúnebre ropaje, surgen altares de lo que fué suplicio; una nube de lienzo, puesta entre el cielo y la tierra por mandato de la Corporacion municipal, se encarga de impedir que el sol vea los fagines de los concejales y el bordado de los uniformes; la gente madrugadora oye misa en el Prado y coje lilas en el Retiro; se escucha el estampido del cañon que hace salvar; se recuerdan las valientes estrofas de la oda de Nicasio Gallego, y cuando la procesion cívica pasa y se hacen las descargas de Ordenanza, y la tropa desfila al compás de las bélicas marchas con que las charangas de los regimientos despiertan la curiosidad y el valor, todos nos sentimos orgullosos de poderlos llamar hijos de España.

El Dos de Mayo es para los españoles fecha memorable. Significa Madrid y el Callao: la independencia y la libertad; Daoiz y Velarde y Mendez Nuñez; el valor que raya en la desesperacion y el heroísmo; martirio y gloria.

La fiesta que en recuerdo de 1808 se celebra, no es una protesta contra el país vecino, sino un tributo á la memoria de los héroes de aquel dia luctuoso. Si con los antiguos antagonismos no hubiera concluido el trabajo de la civilizacion, el entusiasmo de la Francia por todo lo que amamos y queremos los haria imposibles. ¿Que la fiesta nacional sigue celebrándose? ¡Y eso qué importa!

Los odios han muerto. Antes cuando llegaba el Dos de Mayo los organillos enmudecian, porque eran un recuerdo de la Francia; hoy podrian ir en la procesion civico-religiosa al lado de los parientes de las víctimas de la epopeya nacional los franceses del París-Murcia y de la democracia.

Otras veces el dia Dos de Mayo era la llave que dejaba abiertas para un rato las horchaterías; este año cubrióse de negras nubes el cielo, llovió á cántaros, y las horchaterías parecian un anacronismo. El papel que adorna las paredes de ellas, que es blanco desde que las escenas de la guerra de Africa pasaron de moda; las mesillas blancas, que oyen al cabo del año el sonido de muchas pesetas falsas y de muchos requiebros; el mostrador blanco donde se guardan el dinero y los barquillos y los blancos y almidonados delantales, sin los que no se conciben las horchateras, más sirven para helarnos que para seducirnos. Al ver las garrafas, como cuando contemplamos un paisaje nevado, nos frotamos instintivamente las manos y no de gusto. Si el tiempo lluvioso continúa, tan útil determinacion de policia urbana como pesar el pan, vá á ser condenar á entredicho temporal á las horchaterías, para que los constipados escansen.

La horchata es hoy una utopia.

Acaba de pasar la Cruz de Mayo. Fleclos de pañuelos bordados que se enredan en los botones y palabras que se enredan en los bolsillos.

La cuestion de Oriente deberia llamarse con mayor propiedad la cuestion eterna. Llegar con dicha al termino de alguno de los incidentes que la complican hasta hacer de ella laberinto intrincado, es entrar en una serie de otros nuevos y de solucion más dificultosa. No parece sino que el ángel de la discordia, ya que no la trompeta apocalíptica que anuncia la muerte, ha hecho sonar allí su voz, repitiendo la sentencia que condenó á los hombres en Babel á no entenderse primero y poco despues á dispersarse. Nuestra alegría por el descubrimiento de una solucion pacífica á las cuestiones que traen á turcos y griegos divididos, no habia terminado cuando ya tiene que ceder el puesto á los temores y á las ansias.

Con la aceptacion por parte de la Grecia de los territorios cedidos por Turquía, veíamos terminada la cuestion turco-griega. Pero confesemos que el deseo nos engañaba. El riesgo de un conflicto es hoy más inminente que nunca. Grecia quiere que los epirotas tengan motivos para recordar con gratitud el tratado de las fronteras, y aspira á lograrlo limitando el poder y la influencia que sobre ellos tienen los turcos.

Turquía que no desea más que encontrar un motivo para poder hacer público su arrepenti-

miento de la condescendencia tenida, rechaza enérgicamente toda ingerencia de los griegos en sus relaciones con sus súbditos. La rebelion albanesa produce en los ánimos excitados efecto igual al humo de la pólvora en los combatientes. Y en todas partes, en las universidades y en las plazas públicas, en el Parlamento y en los Consejos de ministros no se habla de otra cosa que de la guerra, como si ella hubiera de dar inspiraciones para encontrar un porvenir venturoso y tranquilo. La efervescencia crece; en las esquinas de todas las calles de Atenas, y aún en las mismas paredes del palacio real, han aparecido Manifiestos amenazando al jefe del Estado; la aceptacion del último tratado de fronteras, se tiene por un crimen.

En Rusia se extrema la política de resistencia inútilmente. La prensa interior padece bajo poder de leyes verdaderamente draconianas; los contados periódicos extranjeros que aún circulan, llevan la mayor parte de sus artículos borrados con tinta de impresion; el uso de telégramas puede decirse que está completamente prohibido. Pero, en cambio, la influencia de los nihilistas crece, sus pretensiones son cada vez más audaces, sus aliados más poderosos y sus proclamas, contra cuya publicidad toda represion es insuficiente, más descaradas, más amenazadoras y terribles. La agitacion de este país es extraordinaria y aterradora. Movimiento agrario, movimiento antisemítico, movimiento nihilista, movimiento de terror, movimiento de los espías, movimiento de los conspiradores... una batalla de fantasmas horribles sobre un fondo de luto y de terror.

Dentro de la monarquía pudiéramos decir con un periódico francés que hay en Rusia hasta tres partidos. El partido reaccionario, que va contra la corriente de la historia, quisiera restablecer el despotismo de Nicolás I, transformar en horcas los faroles, suprimir las ideas. Una fraccion, poco numerosa, pero inteligente é ilustrada, que desea introducir un sistema calcado en las instituciones de Occidente, dos Cámaras y un Ministerio responsable. El partido más inmenso, el más activo, quizá el más influyente, es el que representa las ideas moscovitas. Pediria una Cámara única, elegida, representando las diversas clases de la sociedad y los diversos Estados del imperio. Sin la responsabilidad ministerial, base necesaria de las monarquías representativas, el conflicto entre el Czar y la Asamblea naceria en este caso bien pronto, y Rusia volveria á correr en breve las contingencias de una guerra desesperada contra el poderío real y sus antagonistas.

Lo más interesante en la cuestion de Túnez es

la declaración hecha en la Cámara de los Comunes de Inglaterra por el subsecretario de Negocios extranjeros, á propósito de la ocupación del puerto tunecino de Bizerta por los franceses. Inglaterra considera indispensable la ocupación provisional de ciertos puntos del territorio por el ejército francés; mas si Francia intenta trocar la ocupación militar transitoria en ocupación política permanente, los ingleses verán de someter el tratado de aquel país con el bey al mismo procedimiento á que sometieron el tratado ruso con el Sultán de San Estéfano, y en todo caso impedirán, si es posible, su ejecución, para hacer imposible una influencia exclusiva y constante de Francia en el territorio tunecino.

Después de tantos sucesos de interés, un suceso dolorosísimo.

Girardin, el publicista insigne, de gran talento, de actividad prodigiosa, de constancia irresistible, de juventud eterna, que tan poderosa influencia ha tenido en el movimiento social y político de la nación francesa, ha bajado al sepulcro.

De él quedan empresas importantísimas, libros famosos, folletos traducidos á todas las lenguas, frases admirables, pensamientos magníficos... la prensa francesa de la que fué el Redentor.

Era un hombre de este siglo, pero un hombre grande. En el pedestal de su estatua podían escribirse estas tres palabras: «Talento,—Actividad,—Energía.»

Una frase de Girardin:

«Jamás he sido bastante rico para poder ir á pié: siempre tengo prisa; por eso tengo siempre coche.»

Las elecciones municipales, primera contienda electoral en que el fusionismo lucha escudado detrás de las mil influencias que son siempre satélites de quien gobierna, han concluido. Como señal, por la que pueda profetizarse lo que habrá de suceder en las generales para diputados á Cortes, las elecciones de Ayuntamientos tienen poco valor. Como lección provechosísima para los partidos políticos españoles, debemos acogerla con reconocimiento y aplaudirla con sinceridad.

Tres meses van pasados desde que aquél partido conservador que parecía dueño de cielo y tierra, soñaba con haber descubierto la vida eterna, y ya hoy apenas si el país tiene otro recuerdo suyo que el que han dejado las exajeraciones irritantes de que hacia gala. Hizo del pandillaje una razón de Estado, condenó á la democracia á la ilegalidad, amordazó á la prensa, tuvo gozo en burlar se de piadadamente de los constitucionales, prometiéndoles el poder el día del juicio, y hoy se ven solos, desdeñados, en peregrinación por toda España, buscando distritos que representar, sin más compañía que su soberbia avergonzada, ni un voto que dé el triunfo en los colegios.

Estudiamos mucho las elecciones que acaban de pasar, y es seguro que nos convencemos:

1.º De que el partido conservador ha dado pruebas de una decadencia, de una falta de entusiasmo y de poder, de un temor, de una desconfianza tan grandes, como pocas veces hemos visto.

2.º De que el partido constitucional ha vencido, porque sumaba con sus huestes todo el elemento oficial y al lado de él los aduladores del éxito que todo lo sacrifican á una mirada compasiva del poderoso.

Y 3.º De que aun sin tener interés muy vivo en esta contienda, los demócratas han obtenido triunfo completo en cuantos distritos se ha luchado con la fé y el entusiasmo que son compañeros de todos los grandes triunfos de la vida social y política.

El recuerdo de hoy, nos hará esperar con ansia, sí, pero sin dudas, el mañana.

Hemos recibido con una carta del Presidente de la Sociedad Abolicionista Española, la circular que la Junta directiva de la Asociación Emancipadora ha dirigido á provincias en demanda de ayuda para continuar sus nobles y filantrópicos trabajos en favor de la redención del esclavo. Por nuestra parte, escusado es que digamos el interés con que seguimos esta campaña, y nuestra decisión para secundar todos los trabajos de una propaganda que, aparte la justicia fundamental de sus motivos, importa al honor de la patria, locamente comprometido por el reglamento esclavista de Mayo, que restaura el cepo y el grillete, y á la tranquilidad y el porvenir de Cuba, puesto en gravísimo peligro por el mantenimiento de una esclavitud vergonzante, que hasta ahora ha provocado las conspiraciones del Departamento oriental de la isla, y que determina las medidas de rigor que se adoptan en los ingenios para sostener á los negros ya inquietos.

La Sociedad Abolicionista, que ha instaurado en Madrid y trata de establecer en provincias juntas especiales que velen por el estricto cumplimiento de las leyes y sostengan las reclamaciones de los libertos, persevera en su propósito de agitar la opinión pública en la Península para recabar de las próximas Cortes una ley de abolición definitiva. En este sentido se ha verificado el *meeting* del teatro de la Alhambra de Madrid y el del teatro de Maiquez de Cartagena, y se verificarán dentro de breves días otros en Valladolid, Bilbao y Málaga.

Verdad es que nunca faltan espíritus débiles y vacilantes, que en vista de reformas de aparente

liberalismo aconsejan esperar, y actitudes que á la postre se traducen en abandono y olvido. Pero los que así se entregan á esperanzas increíbles, es de seguro por que ignoran que una ley apenas discutida hasta nuestros días, mantiene bajo formas hipócritas la servidumbre de los indios de Filipinas, y que sobre esta injusticia se acaricia por especuladores inhumanos la idea de una vasta empresa de explotación agrícola y comercial, que necesariamente ha de comprometer la soberanía de España en aquella remota comarca.

La justicia está interesada en desterrar á la esclavitud, no en enmascararla.

El banquete democrático celebrado en Huelva, ha sido un acto político de mucha importancia que demuestra cuán grande es el número, y cuán valiosa la influencia de los demócratas de dicha provincia, y se traducirá bien pronto en provechosos trabajos de organización. El partido democrático-progresista tiene allí decisiva influencia. Cada día cuenta con nuevos adeptos, unos de la democracia gubernamental, máscara poco disimulada del doctrinismo, y persuadidos otros de que no conviene huir menos que de la reacción, de los delirios de algunas inteligencias enfermas para las que son religión angusta las más irrealizables utopías.

Fué una admirable manifestación en que el orden y el entusiasmo rayaron á igual altura que la elocuencia. Hicieron votos fervientes por el triunfo de la democracia, entre otros, el Sr. Machado, una gran inteligencia y un gran carácter; el señor Lopez Hernandez, orador de fácil palabra; el Sr. Lastra, abogado de merecida reputación; el Sr. Sierra Durán, elocuente propagandista; el señor Cordero, médico distinguido; el Sr. Cabañas, ilustrado director de *La Provincia*, y el Sr. Belmonte, cuyo talento y cuyas aptitudes para la política tan justa fama le han conquistado en aquella provincia.

Al final del banquete se acordó dirigir telegramas de felicitación á los Sres. Ruiz Zorrilla, Salmeron y Martos, y al director de LA AMÉRICA don Eduardo Asquerino. Antes un escritor madrileño, el Sr. Gomez Ortiz, habia brindado por Sr. Asquerino. Este brindis fué acogido con entusiasmo.

Los demócratas progresistas de la provincia de Huelva pueden estar satisfechos de su organización y de su brillante disciplina.

Diciendo esto, somos ministros plenipotenciarios de una virtud muy rara, á quien todo el mundo busca y poca gente conoce.

Hablamos en representación de la justicia.

Tan conocidos son los varios talentos, la elocuencia admirable, el entusiasmo ardiente, la convicción profunda del Sr. D. Gabriel Rodriguez, su amor á la libertad de comercio, manjar sabroso que los pueblos una vez probado quieren gustar sin tasa, su constancia en combatir los errores del proteccionismo, que ya hasta el hacer mención de ellos nos está prohibido, porque ni el elogio es nuevo ni llega aun con el auxilio de la hipérbole el que la justicia y la imparcialidad aconsejan.

La conferencia en el Círculo de la Union Mercantil acerca del «Estado actual de la cuestión arancelaria» fué una refutación completa de todos los falsos argumentos con que el proteccionismo se defiende, y mereció en distintas ocasiones ruidosos aplausos.

El Sr. Rodriguez tiene razon. El momento crítico en esta cuestión vital del libre-cambio, está próximo á presentarse, y es preciso que todos los que de alguna manera se interesan por la prosperidad del país trabajen para dar á la libertad mercantil triunfo completo. El proteccionismo, para quien Madrid es un pueblo de vagos, que pregona que la riqueza y la importancia de la nación residen en las provincias catalanas, lucha desesperadamente, acude por vez primera ante la opinion pública en *meetings* y exposiciones y hace cuestión eminentemente política de lo que no es en realidad sino una cuestión económica.

Es pues, necesario, acudiendo á la batalla en el terreno que se nos ofrece, que el comercio de Madrid y el comercio de toda España exijan á sus candidatos en las próximas elecciones que defiendan la libertad de comercio en el Parlamento, para que de una vez acaben en España las malas prácticas del proteccionismo, del privilegio y del monopolio, que durante tantos siglos, nos han tenido en un estado de ruina vergonzoso.

Sobre el error está la verdad. Sobre las preocupaciones y los egoísmos, debe elevarse un templo á la libertad mercantil, cuna de todas las libertades.

Amo á Sevilla, ha dicho Edmundo Amicis, como á una mujer hermosa desconocida que, atravesando un bosque misterioso, me hubiese arrojado una mirada y una flor. Así es como la ciudad de las aventuras y de los poetas quiere ser amada. Con el misterio de la llamada noche, con la constancia del deseo, con el entusiasmo que la belleza inspira. Se parece á una mujer que al andar graciosamente, como los pájaros cuando se olvidan de que tienen alas, os deja ver el menudo pié, la estatura esbelta, el talle flexible y las formas esculturales, y se tapa la cara con un velo, no se sabe si por miedo á que la veáis ó á que no la encontréis bastante hermosa.

Solo cuando las ferias llegan con su ruido infernal y su bullicio y alegría carnalescos, descu-

bre Sevilla todas sus gracias y emplea en seducirnos todos sus encantadores atractivos. Los años que como éste la feria es compañera inseparable de la Pascua florida, al mismo tiempo que los altares se despojan de la morada funda que los cubre, el entusiasmo se desata. Todo es entonces animación y júbilo. La inundación ha podido convertir la extensa alameda en un lago que hacia precisas las góndolas venecianas y las tiendas flotantes, pero no ha podido matar en los sevillanos el deseo de divertirse. Un rayo de sol se esperaba como una sonrisa de Dios, pero se esperaba riendo.

Aparte de los días que contaban pasar los sevillanos en las tiendas de pintada tela, oyendo rasguear de guitarras, cantoneo de coplas y tacalear estruendoso, nada ha faltado. Ni bailes magníficos á que asistir, ni mujeres bellísimas que admirar.

La marquesa de Gaviria reunió una noche en su palacio á las que más justa fama tienen de elegantes y hermosas.

Por eso alguien apuntó en su cartera de cronista:

«El Paseo de las Delicias empieza en casa de los Marqueses de Gaviria.»

Un eminente poeta dramático, Eulogio Florentino Sanz, el autor de *Achaques de la vejez* y *Quevedo*, acaba de cruzar ese camino, no se sabe si de olvido ó de esperanzas, que está puesto entre las tristezas de una vida de sufrimientos y el silencio espantoso de la muerte.

Eulogio Florentino Sanz, traductor de Heine tiene en su vida tantas amarguras como en la del poeta alemán lloramos todos. Era un hombre de extraordinario talento, gran cultivador de la forma, lo cual hará que sus obras le sobrevivan mucho tiempo, y ha muerto pobre.

Su nombre va estrechamente unido á la historia del florecimiento de nuestro teatro de este siglo.

Sus obras vivirán para regocijo del arte mucho tiempo.

Calendario de este mes.

Férias.
Romerías.
Exposiciones.
Carreras de caballos.
Retretas.
Bailes.
Dianas.
Procesiones de uniformes antiguos.
Conciertos.
Y castillos de pólvora.
¡Cómo combatir el aburrimiento!

MIGUEL MOYA.

EL PODER DEL JEFE DEL ESTADO.

¿Cuáles son los hechos, ó lo que es lo mismo, cuál es la naturaleza de la función del jefe del Estado y cuál el carácter de su poder en Francia, Inglaterra y los Estados-Unidos? Basta para averiguarlo, atender á las facultades y prerogativas que se le confieren en cada uno de esos países. En Francia, el Presidente de la República tiene la iniciativa; está facultado para pedir á las Cámaras que sometan leyes aprobadas á una segunda deliberación; nombra libremente los ministros; puede disolver el Congreso de diputados, previa la autorización del Senado; y tiene, por último, las prerogativas referentes á la gracia de indulto, á las relaciones internacionales, al mando de la fuerza armada, etc., que se encuentran en las más de las Constituciones; siendo responsable tan sólo en el caso de alta traición, pues que en lo demás son los ministros.

En Inglaterra, si atendemos tan sólo á lo que resulta de la Constitución escrita y á lo que dicen los antiguos tratadistas, hallaremos que son nada menos que veintiocho ó treinta las prerogativas de la Corona; pero, si atendemos á lo que pasa en la realidad, al efecto producido por esas reformas que llama Freeman *silenciosas*, que vienen operándose desde la gloriosa revolución de 1688 y singularmente durante el actual reinado, descubriremos bien pronto, que, de esas prerogativas, unas han caído en desuso, como el veto absoluto, que no se ha aplicado desde hace ciento setenta años; otras han pasado al poder legislativo y al judicial, y las más de ellas son ejercidas hoy por el Gabinete, por esa institución que para nada figura en la legislación inglesa, puesto que para ella continúan siendo los ministros unos cuantos miembros del Consejo privado de la Reina, y, sin embargo, la realidad de su poder es tan manifiesta, que yo ofendería al lector si tratara de demostrarlo ante sus ojos. ¿Puede, sin embargo, decirse con Gneist, que allí donde se lee en los antiguos tratadistas: la Corona, debe leerse hoy: el Gabinete? Ciertamente que no, puesto que entre aquellas facultades hay algunas, como las referentes al nombramiento de ministros y á la disolución del Parlamento, que el monarca y solo el monarca las ejerce.

En los Estados-Unidos, según dice terminantemente la Constitución, el Presidente de la República está investido con el Poder ejecutivo; no tiene iniciativa alguna para proponer leyes, y ni siquiera los ministros asisten al Parlamento, teniendo, sin embargo, la facultad de dirigir mensajes á este aconsejando las medidas que estime justas y

convenientes; no puede nombrar libremente los ministros, pues que en 1867, las restricciones, que se le impusieron en la designación de empleados, alcanzaron á aquellos, interviniendo en ella por tanto también el Senado; tiene el *veto suspensivo*, en virtud del cual puede devolver al Parlamento un proyecto de ley para que se discuta de nuevo, siendo necesario para que no surta efecto la oposición del Presidente, que sea aprobado esta segunda vez por dos terceras partes de votos; y por último, el jefe del Estado es responsable como cualquiera otro funcionario.

Resulta, pues, que en Francia, el Presidente de la República es jefe del Poder ejecutivo, aunque los responsables son los ministros; interviene en la función legislativa por la iniciativa y por esa especie de veto suspensivo que se deriva de la facultad de pedir á la Cámara una segunda deliberación; y ejerce con plena libertad la de nombrar ministros, y con la intervención del Senado, la de disolver la Cámara de Diputados. En Inglaterra, de hecho el Poder legislativo toca al Parlamento; el ejecutivo, al Gabinete; el judicial, á los tribunales; y algo, que es distinto de todos estos, como el nombramiento de ministros y la disolución de las Cámaras, toca al rey. En los Estados-Unidos, es meramente jefe del Poder ejecutivo, aunque por el veto y los mensajes viene á intervenir en el legislativo; no teniendo la facultad de nombrar libremente los ministros, y careciendo en absoluto de la de disolver el Parlamento.

Repitiendo ahora el resumen por prerogativas, resulta, que al jefe del Estado se le concede en Francia la iniciativa sin límites; en los Estados-Unidos, se le niega en absoluto; y en Inglaterra, sólo las leyes de amnistía las propone la Corona; el veto es absoluto en Inglaterra, pero no se practica, y suspensivo en las Repúblicas de Francia y norteamericana, aunque, por razón de su forma, más eficaz en la última que en la primera; el derecho de disolución lo tiene amplio en la Gran Bretaña, limitado en el país vecino, y carece de él por completo entre los anglo-americanos; el nombramiento de ministros, libre en Francia é Inglaterra, no lo es en los Estados Unidos; en los tres países se atribuyen al jefe del Estado las facultades de aplicar la gracia de indulto, mandar el ejército, dirigir las relaciones internacionales, etcétera; y, por último, aquél es responsable, como cualquiera otro funcionario, en los Estados Unidos, sólo en caso de alta traición en Francia, y nunca legalmente en Inglaterra, aunque lo es ante el tribunal de la opinión pública á cuya acción ningún poder se sustrae.

Veamos ahora, en la esfera de los principios, cuál es la naturaleza propia del poder del jefe del Estado, á fin de averiguar, en primer término, si la función que éste desempeña, consiste en una intervención más ó menos amplia, más ó menos limitada, en la legislativa, en la ejecutiva y en la judicial, ó si, por el contrario, es una función propia, sustantiva, independiente y distinta de aquellas.

Si atendiéramos á lo ocurrido durante la última crisis política que tuvo lugar en Francia, nos sentiríamos inclinados á lo primero; pues si, de un lado, los conservadores ponían el poder del jefe del Estado frente á frente del legislativo, como si ambos compartieran de igual modo y para iguales fines la soberanía, de otro, los republicanos consideraban á aquél como jefe del Poder ejecutivo, aunque con frecuencia no fueran consecuentes con este supuesto; siendo de notar, que por aquellos mismos días daba una conferencia en el Colegio de Francia el distinguido profesor M. Frank, y decía resueltamente: no hay más que tres poderes: el legislativo, el ejecutivo y el judicial. Así lo pensaba Aristóteles, y eso mismo divulgó Motesquieu, incurriendo en un error que tiene, sobre todo, por lo que hace al célebre filósofo griego, llana explicación. Siendo entonces desconocido el principio de la *representación* y estando regidas las repúblicas griegas por el de la *democracia directa*, la función del Estado no podía diversificarse en otras que en estas tres; dictar ó declarar la ley regla jurídica de vida, hacer posible su ejecución y restablecerla cuando era violada ó perturbada, es decir, la legislativa, la ejecutiva y la judicial, y en correspondencia con ellas los tres poderes consiguientes.

No había necesidad de otro que fuera lazo de unión entre éstos, é intermediario entre ellos y la sociedad, porque el pueblo era por sí mismo la base directa de esta unidad y de esta armonía. Pero con el principio de la *representación* cambian los términos del problema, puesto que se establece una distinción, que antes no existía, entre el país y los poderes oficiales, y so pena de que la soberanía de aquél sea desconocida, se hace preciso proveer á la necesidad de que esa distinción no se convierta en *separación*, como sucedería si los poderes oficiales se alejaran del sentido predominante en la sociedad, de la cual quedarían en tal caso desligados. Pues éste y no otro es el fundamento del poder del jefe del Estado, cuya función, por tanto, no consiste en compartir con el país, ni con el Parlamento que lo representa, el derecho á regir la vida jurídica y política de los pueblos, ni tampoco en ser un mero ejecutor y cumplidor de las leyes que dicta aquél, y sí en procurar que entre unos y otros poderes oficiales, y entre todos ellos y la sociedad misma, que es la fuente de donde derivan su fuerza, mantenga permanentemente la armonía, que es condición precisa é in-

eludible para que, en todo caso, aquella se gobierne y rija á sí propia. Así, por ejemplo, el jefe del Estado debe tener, no la *sanción* ni el *veto absoluto*, porque ambos suponen en él el derecho de rechazar una ley por estimarla injusta ó inconveniente, según su criterio particular, en cuyo caso vendría á disputar á la sociedad el que tiene á declarar las reglas jurídicas para su vida, pero sí el *veto suspensivo*, el cual arguye tan sólo la facultad de aplazar una resolución hasta que el país, de quien hay motivos para temer que se ha separado del Parlamento, confirme ó desvanezca estos temores en unas nuevas elecciones. Debe tener el derecho de nombrar libremente los ministros, es decir, los funcionarios investidos con el Poder ejecutivo, no para elegir los que sean más de su gusto, como lo hacían los monarcas absolutos, sino para que, en su esfera, puedan secundar las miras del legislativo, y por tanto, del país por él representado. Y debe tener la facultad de disolver las Cámaras, para ejercitarla, no cuando estime equivocada ó inconveniente la marcha que éstas sigan, sino cuando juzgue que, buena ó mala, no conforma con las exigencias del pensamiento público y la voluntad social.

Y esto es tan exacto, que aún cuando sólo dos Constituciones, la de Portugal y la del Brasil, reconocen este poder, que llaman *moderador*, y que distinguen claramente del ejecutivo, en el hecho en todas partes más ó menos se admite. ¿Cómo, si no, se explica la circunstancia de que mientras ministros y diputados cambian incesantemente, el jefe del Estado queda y subsiste, permanentemente si es monarca, por un tiempo limitado, si es presidente de una República? Por la sencilla razón de que los principios en que los primeros se inspiran y que están obligados á llevar á la práctica, cambian, y según que el país acepta unos ú otros, así se suceden en el poder estos ó aquellos hombres; mientras que el principio que está llamado á realizar el jefe del Estado, es invariable, puesto que no es otro que el de la soberanía social ó del *self-government*. ¿Cómo, si no, se explica la pretensión de que éste sea superior á los partidos y extraño á ellos? Por la razón, no menos clara, de que, como no va á aplicar una doctrina respecto de la que los partidos estén ó deban estar divididos, y si á dar á unos y otros la misma condición necesaria para su existencia, es para todos una garantía, y desde el momento en que se inclina á uno de ellos, ha desnaturalizado su función, dando lugar á consecuencias, fatales en una República, fatalsimas, en una monarquía.

Pues apliquemos ahora estos principios, que sumariamente acabamos de indicar, á los hechos antes expuestos, y veamos el juicio que merece el carácter que reviste el poder del jefe del Estado en cada uno de los tres pueblos en cuestión.

En Francia, es manifiesta la indebida intervención de aquél en la función legislativa, como lo revelan la iniciativa y la facultad de pedir que se someta á una segunda deliberación un proyecto de ley. Aquella sólo pertenece al Parlamento, y si se estima que por razones históricas debe concederse á alguien más, dando lugar á lo que un escritor francés llama *poder gubernativo*,—cuestión en que ni debo ni puedo entrar en este momento,—désele en buen hora al ejecutivo, el cual podrá proponer estos ó aquellos proyectos de ley, según los principios que á la sazón imperen en la sociedad, pero no al jefe del Estado, pues como éste, á diferencia de los ministros, no cambia, es inevitable el espectáculo de que presente hoy un proyecto en un sentido y mañana otro en el opuesto. Y por lo que hace á la segunda deliberación, reviste un carácter que lo acerca á la *sanción* y no al *veto suspensivo*, tal como debe de ser; puesto que es evidente que no se trata de apelar de las Cámaras ante el país, sino de obligar á aquellas á que recapaciten, volviendo sobre lo hecho y reviniéndolo: lo cual hasta rebaja un tanto la respetabilidad del Parlamento, pues parece llevar envuelta el ejercicio de esa prerogativa la suposición de que aquél no ha obrado con el aplomo y la discreción que eran de desear.

Las consecuencias de atribuir al jefe del Estado estas facultades, se han mostrado bien claramente en la última crisis; puesto que, arguyendo una y otra la posibilidad y hasta la necesidad de que aquel tenga pensamiento propio, los conservadores le arrastraron á ponerse frente á frente del otro poder, con quien, en cierto modo, viene á compartir la soberanía; mientras que, del otro lado, los republicanos incurrieron en la inconsecuencia de considerarle tan sólo como jefe del Poder ejecutivo, al mismo tiempo que admitían, respecto de él, la posibilidad de continuar en su puesto que rechazaban respecto al duque de Broglie. ¿Por qué la célebre frase de M. Gambetta, *se soumettre ou se démettre*, cuadraba al mariscal Mac-Mahon y no al presidente del Consejo de Ministros, puesto que éste no podía hacer otra cosa que *dimitir*? Porque, al paso que el último representaba una política, y vencida ésta en los comicios, él debía darse también por vencido y retirarse, el primero ejerce una función permanente, sobre la cual aquellos no iban á resolver; tanto que, si el Presidente de la República se hubiese mantenido en la única actitud que cuadra á su carácter, la frase no se habría pronunciado ni tenía razón de ser, puesto que entonces, como no se había opuesto á la que pudiera ser la voluntad del país, no habría tenido necesidad de *someterse* á ella, y menos tenido que *dimitir*, cuando el resultado de las

elecciones no habría de influir ni poco ni mucho en el ejercicio de su propia función.

En cambio, carece en Francia el jefe del Estado de una facultad que le es absolutamente necesaria: la de disolver el Parlamento, en cuanto no puede hacerlo sino con la aprobación del Senado. Esta limitación, verdaderamente incomprensible, es debida á otro grave defecto de aquella Constitución, cual es el ser indisoluble la Cámara alta. Que esto suceda, es llano cuando los senadores son hereditarios ó vitalicios, pero siendo electivos, como lo son en Francia, salvo una cuarta parte de ellos que son inamovibles, lo lógico es que, según se hace en Bélgica, Holanda, Suecia, Noruega, etc., pueda ser disuelta lo mismo una Cámara que otra. ¿No reciben ambas su fuerza y su autoridad de la opinión pública de que son representación? Pues entonces, ¿cómo atarse de manos de tal suerte que los cambios de aquella no puedan reflejarse en ambas secciones del Parlamento? Esta contradicción condujo á los franceses á conceder al Senado la prerogativa de autorizar ó negar la disolución del Congreso de diputados, y la razón es obvia. Mientras haya acuerdo entre ambas Cámaras, si el Presidente disolviera la baja creyendo que no correspondía á las aspiraciones del país, y en efecto, éste enviaba representantes de otra tendencia, surgiría inevitablemente un conflicto, puesto que el Senado seguiría inspirándose en las mismas ideas que antes, las cuales eran las de la Cámara disuelta. Así que, procediendo con lógica, aquél no puede conceder la autorización sino cuando está en disidencia con el Congreso y tiene la esperanza de que estará en armonía con el que le suceda. Ahora bien, yo comprendo que, tomando en cuenta lo delicado de esta prerogativa y temiendo la facilidad del abuso, se dé una organización colegiada á la jefatura del Estado, como en Suiza, ó que se establezca un cuerpo ó consejo especial sólo para este fin, pero me parece incomprensible que se haga depender la vida de una Cámara electiva del acuerdo de otra Cámara, que es también electiva en casi su totalidad y al mismo tiempo indisoluble. Quizá se dirá que se ha puesto esta traba inspirándose en una justa desconfianza, puesto que la prerogativa es harto grave para concederla sin limitaciones al jefe del Estado. Ahí ya es tiempo que nos desengañemos de la eficacia de semejante espíritu de desconfianza, principal móvil de todas las concepciones políticas del doctrinarismo. Hay un límite infranqueable, más allá del cual hay que fiarlo todo á la sinceridad de los depositarios del poder y á la intervención viva, enérgica y constante de la opinión pública. Cuando esto falta, son inútiles todas las garantías y todas las precauciones. Pues qué, ¿no se ha visto lo que ha estado á punto de suceder en Francia? Presentaban muchos, como solución de la crisis, la disolución de la nueva Cámara de diputados, y la única razón que encontraban los más para rechazarla, era la de que conducía á la ilegalidad en materia de presupuestos. Pues bien, yo afirmo que, aun cuando no hubiese habido este inconveniente, y aunque el Senado la hubiera autorizado, no obstante ser perfectamente legal, habría sido una falta y una falta grave; porque, por encima de las leyes escritas, hay otras que no se escriben porque son de sentido común y hasta de sentido moral, y según ellas, no es lícito desnaturalizar y falsear una función, haciéndola servir á un fin contrario del suyo propio; y esto se habría hecho, si, después de apelar del Parlamento al país y de resolver éste, se apelara de él... ¿ante quién? Invocar en caso semejante la facultad constitucional de disolver el Congreso, es lo mismo que si un propietario encomendara á un guarda la custodia de su bosque, dándole un arma para que se hiciera respetar, y al día siguiente penetrara el amo en el monte, y aquél le descerrajara un tiro, diciéndole: «Usted me dijo que no dejara á nadie cazar aquí, y como Vd. estaba cazando...» De igual modo el mariscal Mac-Mahon habría vuelto *contra* el país una prerogativa que se le ha conferido para que él se rija á sí propio, es decir, en su favor.

Sin embargo, bien puede decirse que está presentada la sustantividad del poder del jefe del Estado en la distinción de la responsabilidad de los ministros y la irresponsabilidad de aquél, salvo el caso de alta traición; y más aun ha resultado de las contiendas y debates á que ha dado lugar la última crisis; puesto que, por encima de las pretensiones de los conservadores, empeñados en convertir al presidente de la República en un rey constitucional al modo doctrinario, y de la preocupación de los republicanos, aferrados todavía á la idea de considerarlo como jefe del Poder ejecutivo, ha resultado en el hecho, que es, como los demás funcionarios, un servidor de la nación, y que algo distinto y propio debe representar cuando no ha corrido la suerte de los ministros, y cuando se ha pedido su alejamiento de las luchas de los partidos en nombre de la pureza del *régimen parlamentario*.

Viniendo ahora á Inglaterra, es preciso, cuando se quiere estudiar la organización política de este país, distinguir la apariencia de la realidad. «Cuando una monarquía se transforma poco á poco en república, ha dicho Tocqueville, el Poder ejecutivo conserva en ella los títulos, el respeto, los honores, y hasta el sueldo, mucho tiempo después de haber perdido la realidad del poder. Los ingleses habían decapitado á uno de sus reyes y expulsado á otro del trono, y seguían arrodillándose

para hablar á los sucesores de estos príncipes.» En Inglaterra, no por virtud de un principio reflexivamente descubierto, sino por el desarrollo sucesivo de los acontecimientos, y principalmente por el desenvolvimiento incesante de las consecuencias que lleva consigo el régimen parlamentario, la verdad es que los poderes han ido deslindándose más, y que merced, en primer término, á la aparición del Gabinete, depositario del Poder ejecutivo, el del jefe del Estado ha llegado á encerrarse en su función propia, experimentando á nuestra vista, durante el actual reinado, una última transformación á que ha consagrado M. Gladstone un interesantísimo trabajo.

Porque, en realidad de verdad, mientras las más de las prerogativas de la Corona las ejerce el Gabinete bajo la vigilancia é inspiración directa del Parlamento, las relativas á la disolución de éste y al nombramiento de ministros, las ejercita aquella por sí, puesto que no es fácil sostener la paradoja de que el ministro saliente sea autor y responsable de la entrada del que le sucede, ni se puede imponer al jefe del Estado la disolución de las Cámaras cuando fácilmente la evita, si la estima improcedente, cambiando el poder ejecutivo. Me dirán: pero allí es todavía por completo irresponsable, no ya sólo por lo que hacen los ministros, punto en que es llano que lo sea, si que también respecto del ejercicio de esas funciones propias y privativas. Es verdad, es irresponsable ante la ley, pero no lo es ante el que es primer tribunal en un pueblo libre, la opinión pública, la cual á todos alcanza y á todos juzga, y cuyo poder llega hasta la posibilidad de deponer al jefe del Estado, esto es, de imponerle la pena más adecuada al género de faltas que puede cometer este funcionario.

En los Estados-Unidos, el poder del jefe del Estado, como tal, es desconocido en absoluto, puesto que la Constitución declara, según hemos visto, que aquél está investido con el ejecutivo. Además, inspirándose en un principio de desconfianza y en la supremacía del Poder legislativo, no sólo no se concede al Presidente la iniciativa, ni la sanción, lo cual está muy en su lugar, sino que se niega á aquél y á los ministros la facultad de asistir á las Cámaras y de tomar parte en sus deliberaciones; por donde se hace imposible la intervención que aquellas deben tener en la marcha del Poder ejecutivo, lo cual se verifica dentro del régimen parlamentario por medio de las preguntas é interpelaciones y de los votos de confianza y de censura, cosas todas muy buenas y necesarias, aunque de ellas se haya abusado y se abuse del modo más lamentable.

Y, sin embargo, un escritor norte-americano aseguraba que el Presidente fácilmente podía hacerse rey; y el célebre ministro M. Sewart, decía: «elegimos un rey por cuatro años, y le damos un poder absoluto dentro de ciertos límites, los cuales, después de todo, él mismo los interpreta.» Esto se explica, porque, pretendiendo los norte-americanos hacer al jefe del Estado completamente extraño al Poder legislativo, han venido á darle participación en el mismo por el *veto suspensivo* y por la facultad de enviar mensajes al Parlamento. Por aquél, por que no consintiendo, como debía, en apelar en las Cámaras al país, sino, en obligar á una segunda discusión de los proyectos de ley, siendo preciso para que sea ineficaz el veto, que sean aprobados la segunda vez por dos terceras partes de votos, es claro que el Presidente lo interpone, inspirándose en sus propias ideas, esto es, cuando él juzga que una decisión del poder legislativo es injusta ó inoportuna, pudiéndose dar el caso de que no llegue á ser ley, no obstante tener en su favor la mayoría de las Cámaras y ser esta representación verdadera del país.

Por los mensajes, porque es visto que, al proponer en ellos las medidas que estima justas ó inconvenientes, no puede hacerlo sino pidiendo consejo á su propio criterio. Es verdad que no tiene medios directos de hacer que éste triunfe, pero la experiencia demuestra que le sobran los indirectos, pues si bien los ministros no están facultados para asistir al Parlamento y sostener allí la política del Presidente, los partidarios de éste lo hacen, resultando así que aquella es aprobada ó desaprobada, aceptada ó rechazada. Y como el jefe del Estado no tiene el derecho de disolución, cuando falta la armonía entre él y el Parlamento, se origina una situación sin salida, porque no hay medio de consultar al país para que resuelva el conflicto.

De ello es testimonio lo sucedido en tiempo de Johnson, quien, lejos de considerarse como un mero magistrado del Poder legislativo, se atribuía una supremacía que podía deducir del *derecho escrito*; pero que los acontecimientos demostraron que estaba poco conforme con otro *no escrito*, según el cual el pueblo decide en último término, y por eso al fin hubo de ceder y sucumbir. Y que, al mismo tiempo, el fin que al parecer se propusieron los norte-americanos, no se logra, sino que, por el contrario, el Presidente puede tener una política propia en vez de limitarse á hacer que prevalezca la del país, lo demuestra la importancia que se da á sus discursos y mensajes. Recientemente M. Hayes hablaba en sus excursiones de los problemas puestos al presente á discusión: los referentes á los Estados del Sur, al papel moneda y á la intervención de los empleados en la política. ¿Y qué ha sucedido luego? Que á seguida se comenzó á discutir, en vista de la actitud de los partidos, si el Presidente cedía ó no cedía, si podría ó no conti-

nuar el camino emprendido, lo cual no tiene inconveniente alguno cuando es un ministro quien tal hace, porque si su política es derrotada, se sustituye con otro que mantenga la que la haya vencido; pero las tiene manifiestas, cuando quien así obra, es un Presidente que es inamovible, siquiera no sea más que por cuatro años.

Y cuenta con que la organización de los poderes en los Estados-Unidos estorba el que vaya haciéndose entre el jefe del Estado y los ministros el deslinde de facultades que se ha operado en Inglaterra entre aquél y el Gabinete; porque en la República norte-americana el Presidente desempeña la función ejecutiva por sí, pudiendo tomar acuerdos sin contar para nada con los ministros, los cuales, lejos de tener el carácter político que en otros países, parecen más bien tan sólo unos altos funcionarios administrativos. Y sin embargo, sucede, de un lado, que, estando alejados por la Constitución del Parlamento, en el hecho tienen, como el Presidente, una política que sostienen en las Cámaras sus parciales, y por esto recientemente el de Hacienda pronunciaba, sobre la cuestión del papel-moneda, discursos á que se daba la natural importancia; y de otro, en 1867, Johnson escribía á M. Stanton, ministro de la Guerra: «graves consideraciones políticas me obligan á pedirlos que dimitais vuestro cargo,» y se le contestaba en estos términos: «graves consideraciones políticas me obligan á continuar en este cargo hasta la próxima reunión del Congreso.»

Pues todas estas contradicciones y anomalías proceden de no reconocer que el jefe del Estado tiene una función sustantiva, propia y distinta de la legislativa, de la ejecutiva y de la judicial. Si se reconociera, no se negaría al Presidente y al Gobierno toda iniciativa, para poner luego en sus manos el poder que dan el veto suspensivo y la facultad de enviar mensajes; no se pondrían trabas al derecho de aquél á nombrar libremente los ministros, para autorizarle luego á que obre por sí y sin contar con ellos; no se daría lugar, con la indisolubilidad de las Cámaras, á que ellas y el Presidente marchen por distintos caminos, y quizá aquellas y éste por uno que el país no estima oportuno ni justo; no sucedería, en fin, que pareciendo que el jefe del Estado no puede nada, luego resulta que, según algunos, lo puede todo.

¿Qué enseñanza se desprende de todo lo dicho? Una, que lo mismo deben aprovechar los monárquicos que los republicanos, porque no se trata de la organización de la jefatura del Estado, sino de la naturaleza de su función y de su poder: dedúcese, que este es un poder sustantivo, porque es distinto de los tres incluidos en la clasificación tradicional; que no debe, por tanto, intervenir en el legislativo por medio de la iniciativa, de la sanción ó del veto absoluto; ni en el ejecutivo, autorizando la ficción de que él lo hace todo por medio de los ministros, ó haciéndolo realmente por sí; ni en el judicial, administrándose la justicia en su nombre y recibiendo de él los magistrados su autoridad; que, en cambio, consistiendo su función propia en mantener la armonía entre los poderes oficiales y entre estos y la sociedad, debe estar facultado para interponer el veto suspensivo, á fin de que el país resuelva, para disolver el Parlamento, y para nombrar los ministros; y que el jefe del Estado, debiendo ser responsable, como todo funcionario, pero de lo que él propiamente hace y no de lo que hacen los demás, no puede responder sino de lo que lleva á cabo en el ejercicio de su peculiar función.

De lo contrario, se corre el grave riesgo de ir á parar al *gobierno personal*; peligro que es más de temer naturalmente en una monarquía que en una república, y más en una república unitaria y centralizada que en otra federal ó descentralizada. Si Johnson se hubiese encontrado al frente de un Estado como Francia, quizá hubiera sido vencedor y no vencido en la lucha que con tanta terquedad sostuvo. Si el mariscal Mac-Mahon se hubiese hallado al frente de un Estado como el anglo-americano, habría sido ménos angustiosa la crisis por que ha atravesado la nación vecina, y habría sido ménos preciso para vaticinar su solución, tomar en cuenta los sentimientos personales del Presidente. En cambio, la reina Victoria, aunque lo quisiera, no podría hoy en Inglaterra colocarse en una actitud parecida á aquella en que se colocaron Johnson en los Estados-Unidos en 1867 y el mariscal Mac-Mahon en Francia en 1877. Pues esto consiste en que allí se han deducido las últimas consecuencias del principio del *self-government*, se ha desenvuelto por entero el *régimen parlamentario*, y, como consecuencia, se han ido encerrando la función y el poder del jefe del Estado dentro de sus límites propios, dentro de aquellos que debe hoy encerrarse, así en las monarquías como en las repúblicas.

GUMERSINDO AZCÁRATE.

RUSIA. (1).

Kurik fundó la monarquía rusa, que comprendía las provincias de San Petersburgo, Estonia, Novgorod y Pskot, á último del siglo IX. Oleg, que le sucedió como regente del hijo de Kurik, tendió un pérfido lazo á los príncipes de Kieff, y les dió la muerte. Estendió sus Estados, y se hizo

(1) Véase nuestro número anterior.

dueño de la Podolia y de la Vochinia, y de algunas tierras anexas á la Galitzia y saqueó los alrededores de Bizancio. Sus barcos cubrieron el Dnieper, y la caballería costeaba el río.

Olga, regente de su hijo Sviatoslat, tomó á Kerosthene por astucia. Sus habitantes, seducidos por las promesas de Olga, le ofrecieron un tributo de miel y de pieles. La pérfida princesa fingió clemencia, y se contentó con tres gorriones y un pichon por casa, y habiéndolos soltado despues de haber pegado á estos pájaros una yesca encendida, prendieron fuego á la ciudad que cayó en poder de Olga. Partió á Constantinopla, donde la instruyó el patriarca y se hizo cristiana. Fué bautizada en el siglo X y la tradición le dá el nombre de artificiosa, y la iglesia griega de santa.

Sviatoslat, su hijo, cometió la imprudencia de trasladar la silla del imperio de la pacífica residencia de Kieff, á las orillas del Danubio, rodeado de los Petchenegues que poseían la Besarabia, la Moldavia y la Valaquia. Pagó cara su temeridad, porque arrollado por todas partes, pereció casi con todos los suyos en un combate, y el jefe de los enemigos, Houria, le cortó la cabeza é hizo una copa de su cráneo. Antes estableció la costumbre funesta que siguieron los príncipes de dar á sus hijos patrimonios particulares, porque cedió á uno de sus hijos el Gobierno de Novgorod.

Vladimiro reinaba en Novgorod y su hermano en Yaropolk en Kieff. Se declaró la guerra entre los dos hermanos; la bella Rogneda estaba apalabrada para casarse con Yaropolk; la pretende Vladimiro, á quien Rogneda rechaza con desden; irritado con esta negativa, se apodera de Dolotsk que obedecía á Yaropolk, mata al padre y á los hermanos de Rogneda y se casa con ella, avanza contra la ciudad de Kieff, que le entrega por traición el que poseía la confianza de Yaropolk, y el mismo traidor le aconseja que se pusiera á merced de su hermano, y demasiado crédulo consintió en ello, y fué asesinado por los emisarios de Vladimiro. Este, devorado por los remordimientos, regó con sangre humana los ídolos entregado á la voluptuosidad más desenfranaada, y si se cree á las crónicas, tuvo más de 800 concubinas.

Levantó un fuerte ejército, y fué por mar á la ciudad griega de Kherson, que se le rindió, por haber arruinado los conductos de agua, de que se proveía. Orgulloso con esta victoria, pidió á los Emperadores Constantino y Basilio la mano de su hermana, declarándoles que si se la rehusaban, atacaría á Constantinopla, y destruido el imperio por sediciones, fué preciso acceder á las pretensiones de Vladimiro, de quien esperaban hacer los emperadores un aliado poderoso, pero le impusieron la condición de hacerse cristiano, siguiendo el ejemplo de su abuela Olga. Cuenta la crónica que Vladimiro curó de una oftalmía en el momento que el arzobispo le impuso las manos, y que los boyardos, testigos de tan maravillosa cura, se hicieron bautizar todos; despues se celebraron los esponsales. Vladimiro socorrió á Basilio renunció á su conquista, y sólo se llevó de Kherson, donde hizo edificar una iglesia, algunos sacerdotes, vasos sagrados y reliquias. De regreso á Kieff, destruyó los ídolos, y ordenó al pueblo que se bautizara; mandó venir arquitectos de Constantinopla, que erigieron un templo á la Virgen. El paganismo, sin embargo, subsistió en algunas provincias, hasta el siglo XII. Dividió, según la costumbre, sus Estados entre sus doce hijos, y uno de estos se le rebeló, declarándose independiente y al marcharse á castigarle murió Vladimiro en edad muy avanzada.

¿Cuántos crímenes manchan la historia de Rusia! Sus páginas están empapadas de sangre. Sviatopolk, proclamado soberano, asegura de su amistad al príncipe Boris, y envía al mismo tiempo sus sicarios, que penetran en la tienda donde estaba orando y le asesinan vilmente. Para librarse de la tutela de su suegro, que le había ayudado en sus crueldades, hizo asesinar á los polacos, y el mismo suegro, Roleslao, que era rey de Polonia, derrotó completamente á los rusos en las orillas del Rug, que, con motivo de este desastre, fué llamado el río Negro. Sviatopolk, arrojado de Kieff, fué á espirar en los desiertos de Bohemia.

En el siglo XII Andrés pereció asesinado por sus privados.

Los grandes príncipes, desmembrando la Rusia en patrimonios particulares, causaron los más terribles desastres á su país.

En el siglo XIII la Rusia fué invadida por los mongoles, de igual origen que los turcos de Oriente, que iban errantes por la Tartaria china, é independiente de los tártaros, el gran Khan envió sus hordas, que cubrieron las costas occidentales del mar Cáspio, siguieron luego hasta el mar de Azof, donde nada pudo resistir á su número y valor. Reinó la consternación en el Sur de la Rusia, devastada por los bárbaros, y cansados de matar y de no hallar resistencia, partieron á unirse con el gran Khan, y volvieron á empezar las guerras civiles entre los príncipes rusos.

Tres años despues aparece el jefe tártaro Batí en las orillas del Volga, en 1237, entrega á las llamas la gran ciudad, capital de los búlgaros, é intima á los rusos la orden de entregarle la décima parte de sus bienes.—*Cuando ninguno de nosotros quede con vida*,—respondieron los príncipes,—*podreis tomarlos por entero*. Batí arruina á su paso las ciudades más florecientes, tomando catorce en el espacio de tres semanas; sus habitantes fueron degollados ó condenados á la esclavitud.

Batí, que sabía apreciar el valor, concedió la vida al boyardo Dmitri, que defendió la ciudad de Kíef, cuyas ruinas nadaron en sangre muchos días; templos, monumentos, sepulcros, todo fué destruido, y se eclipsó para siempre el esplendor de la antigua capital de Oleg.

Los tártaros fueron dueños del imperio, exigieron homenaje de los príncipes, y favorecían á su antojo á los que se les humillan, contra sus rivales. Las discordias entre los príncipes rusos eran el más poderoso auxiliar de los mongoles, que les daban la investidura, árbitros de sus querrelas, y percibían los tributos que les habían impuesto.

Simeon fué el primero que tomó el título de gran príncipe de todas las Rusias, que le dió la horda de los tártaros, á pesar de los otros príncipes celosos de la supremacía de Moscow.

Los khanes se derriban unos á los otros, los tártaros se degüellan entre sí, y los príncipes rusos, desmembradas las provincias, no saben ya á quién rendir el homenaje y pagar el tributo, y sin embargo, la costumbre los había amoldado al yugo de aquellos tártaros debilitados.

Juan III Vasilievitch, adoptó las armas imperiales, el águila con dos cabezas, que añadió á las armas de Moscow representadas por un águila y un ginete hollando un dragon, con esta leyenda: *El gran príncipe por la gracia de Dios soberano de toda la Rusia*; casó con Sofía, princesa griega, vinieron con ella griegos, que se hicieron útiles por sus conocimientos en las artes y las letras; arquitectos italianos, que reemplazaron las construcciones de madera con iglesias y palacios de piedra; defendió á Moscow con una fortaleza imponente, y estableció una nueva fundición de cañones y de moneda. La magnificencia y la pompa del culto bizantino pasaron en esta época al rito de la Iglesia rusa.

La princesa Sofía sufría con impaciencia la humillación del yugo tártaro: *¡hasta cuando, decía á Juan, seré la esclava del Kan de los tártaros!*

La casi independencia de Novgorod, que conservaba la forma de República, ofuscaba el poder de Juan, que bajo la apariencia de una benévola protección, le nombró árbitro de sus disensiones, cargó de cadenas á todos los que eran amantes de la libertad, bajo el falaz pretesto que están en convivencia con los lituanenses, exige que los novgorodienses renuncien á sus privilegios antiguos, á su consejo nacional; manda que todos los acusados de cualquier delito comparezcan delante de su trono, declara que su voluntad es que Novgorod no reconozca otra soberanía que la suya, y que renuncie á sus instituciones, ofreciendo que respetará las propiedades particulares, las formas jurisdiccionales y que ningún ciudadano será expatriado. Pero trasportó á otras provincias gran parte de su población. Así los déspotas cumplen sus promesas. Poblada de oficiales extranjeros, desapareció para siempre la gloria que durante seis siglos había ilustrado su independencia.

Consolidó su poder por medio de alianzas y con el decaimiento de la aristocracia, concluyó un tratado de paz con Dinamarca: los reyes de Zagatai y de Georgia, por el lado de Asia, solicitaron la alianza moscovita. Las hostilidades contra los suecos cesaron con el advenimiento del rey de Dinamarca al trono de Suecia. Juan empezó á vislumbrar el peso que la Rusia tendría algún día en la balanza política de Europa. Adquirió algunas provincias de la Lituania, engrandeció la Rusia más que ninguno de sus predecesores, estrechó el poder de los turcos, se dedicó á organizar la disciplina militar, hizo reglamentos civiles, administrativos y canónicos, se ocupó del comercio y de la explotación de las minas, y se consagró con esmero á reformar la aspereza de las costumbres, tan rudas por su contacto con los tártaros, y por la barbarie de aquellos tiempos.

A mediados del siglo XVI aparece sentado en el trono de Rusia un precoz monstruo, que inauguró su reinado condenando á morir de hambre en la cárcel á su tío; hizo devorar por los perros á Andrés Schuiski, mandó cortar la lengua á Buterkin, y se complacía á la edad de trece años en derramar la sangre de los animales, y se entretenía en hacer embestir por un caballo á los ancianos y á las mujeres con aplauso de sus viles cortesanos.

Este tigre armado fué Juan IV apellidado el Terrible. A los diez y siete años tuvo el capricho de hacerse ungir y de casarse con una joven de oscuro linaje, pero rica de virtud y de belleza, que tenía el nombre de Anastasia. Tomó el título de Czar, que después heredaron los soberanos de Rusia. A sus crueldades y expoliaciones, se agregó el incendio de Moscow que destruyó casi toda la ciudad, que abandonó el tiranuelo feroz, é hizo la farsa ridícula, que á nadie embaucó, de querer abdicar la corona, porque decía que le obligaban á ello los motines de los boyardos y la oposición que el clero mostraba á la ejecución de sus voluntades. A una astucia contestaron con otra los grandes, el clero y el pueblo, que le enviaron una embajada para que conservase la corona; miserable humillación de un pueblo esclavo que no se atrevía á destronar al verdugo que odiaba. Este se ablandó, rodeando su persona de una guardia privilegiada, declaró que un gran número de ciudades las dependencias y rentas de Moscow constituirían su propiedad particular, mandó construir un nuevo palacio rodeado de murallas y confió á los boyardos la administración del resto del imperio.

La sangre volvió á correr á torrentes. El príncipe Alejandro Gorbati Schuiski fué decapitado con su hijo de edad diez y siete años. Este valeroso joven quería ser ejecutado antes que su padre, pero éste le suplicó que no le atormentase con el dolor de verle morir primero, aguardó con valor, y cubierto de sangre, tomó entre sus manos la cabeza de su padre, cubrióla de besos y subió al suplicio con firmeza.

Juan mandaba también empalar á sus víctimas. Su guardia pretoriana llevaba atados al arzon de la silla, cabezas de perros y escobas, indicando que su misión era morder y barrer. Deshonró el cetro y la Iglesia. Destinó uno de sus palacios á monasterio, del que se constituyó prior, y distribuyó entre sus favoritos los empleos de tesorero, sacristán, etc. Por la mañana se entregaba al ejercicio de una grotesca piedad, y por la tarde se convertía en pantera. Mandó asar vivo en una estufa al príncipe Tcheniatet, cortaron á pedazos al tesorero Tubin y á cuatro de sus hijos; eran robadas las doncellas y mujeres que tenían la desgracia de ser hermosas, espoliados los ricós, encarcelados los metropolitanos que se atrevían á condenar tantos horrores; obligó al príncipe Vladimiro, á su mujer y á sus hijos á tomar un veneno; hizo pasar por las armas á las damas de la princesa después de haberlas desnudado de sus vestidos; entregó cuatro días al pillaje á Novgorod, cuna del comercio ruso, y degolló á los que no podían pagar una multa.

Fuerza es renunciar á describir todas sus maldades; á la crueldad añadía la mofa. Habíase hecho fraile el voievodo Golokhvantof para librarse de la proscripción; el monstruo le hizo sentar en un barril de pólvora, y poniéndole fuego, dijo: *Los cenovitas son ángeles que deben volar al cielo.* Una mujer joven y hermosa fué violada y ahorcada en presencia de su marido. Soltaba los osos á los ciudadanos.

En medio del luto del imperio resolvió casarse por tercera vez, y se le presentaron dos mil jóvenes elegidas de todas las provincias, por su hermosura; veinticuatro, las más notables, sufrieron un exámen vergonzoso por médicos, y Juan destinó para su tálamo á la hija de un mercader, que cayó enferma, quizá envenenada, y se casó con ella para oponerse la voluntad de la naturaleza. Revivió la ferocidad del Czar, hizo empalar á un cuñado y un médico extranjero; inventó un veneno, cuyo efecto podía calcularse de un modo tan cabal, que el reo espiraba en el instante mismo fijado por el tirano. Este era tan cobarde como cruel; huyó ante la invasión de los tártaros y dejó su capital expuesta á todos los horrores. El Khan incendió á Moscow el día de la Asunción de 1571. La pérdida total, incluidas las poblaciones cercanas que habían ido á refugiarse en Moscow, fué valuada en ochocientos mil almas.

El Czar no se sonrojó de recurrir á las súplicas con los tártaros, que le exigieron la restitución de Kazan y de Astrakan, como con los suecos, que derrotaron á los rusos, y les hizo propuestas de paz con palabras sumisas. Mientras se negociaba la paz, colmó la medida de sus crímenes, hiriendo con un palo acerado, que ocasionó la muerte de su hijo, tan depravado como su padre, pero que quería reanimar el valor de los rusos, marchando en persona al socorro de Pikorf, y Juan creyó que su hijo quería destronarle. Juan abandonó á la Polonia una parte importante de sus posesiones occidentales, mientras algunos aventureros agregaban á la Rusia la Siberia, rica de metales preciosos, de animales de preciosa piel, de lagos llenos de pesca y de rios navegables.

Una consunción minaba lentamente el temperamento robusto del Czar, que mandó venir á su corte magos y astrólogos que le predijeron su fin cercano. Murió el tirano más feroz que ha oprimido á la humanidad. Sólo puso trabas á la codicia del clero; le prohibió la compra de bienes sin su sanción soberana, fundó algunas escuelas y completó el Código civil promulgado por su abuelo.

Foedor, su hijo, indolente, se entregó á la dominación omnívota de Godounot, hermano de la virtuosa Irene, esposa del Czar. Godounot envió colonos á Siberia para desmontar las tierras y promover el cultivo; mantuvo relaciones comerciales con Inglaterra, y salvó á Moscow del asedio formidable de los tártaros. El Czar recompensó tan señalado servicio dándole el título honorífico de *Servidor*, dignidad superior á la de boyardo.

El estado enfermizo del Czar asustaba á Godounot: si moría, Irene pasaba del trono al convento, y la corona recaía en Dmitri, hijo de Juan el Terrible, y resolvió hacer desaparecer el obstáculo que se interponía entre él y el trono. Dmitri fué asesinado por servidores de Godounot, que quisieron persuadir al pueblo que Dmitri se había muerto con un cuchillo en un parosismo epiléptico; pero la impostura no pudo convencer á la multitud exasperada, que mató á los asesinos y á otras personas que juzgó sus cómplices. Foedor lloró sinceramente la muerte de su hermano, y para salvar las apariencias, se mandó hacer una sumaria, y los que debían dirigirla fueron elegidos por Godounot, que estendieron su informe según las instrucciones recibidas. Se dió tormento á la ama de Dmitri y á un supuesto astrólogo, sin que pudiese arrancárseles la falsa confesión del suicidio; fueron desterrados á ciudades lejanas; la madre de Dmitri tuvo que tomar el velo, 200 habitantes de Uglitch murieron en el suplicio, se cortó la lengua á varios y otros fueron desterrados.

El 7 de Enero del año 1596 murió Foedor, que hizo testamento en virtud del cual el trono pertenecía á Irene, sumida en el más profundo dolor, y Godounot, su hermano, convocó á los boyardos y les indujo á que prestáran juramento á la czarina, circunstancia hasta entónces no vista en los anales rusos. Irene repetía con voz dolorida: *«Soy una viuda estéril: en mí perece el trono soberano.»*

Fiel á las amonestaciones de su esposo, antes de morir, ó preparada de antemano por Godounot, la virtuosa Irene rehusó el cetro, y la czarina le servía de escalón, y era el heredero de su hermana, que no fué vencida por los ruegos del clero, de os grandes y del pueblo, y entró en un monasterio bajo el nombre de Alejandra.

Boris Godounot fué elevado al trono por una asamblea nacional, en la que tomaron asiento las altas dignidades eclesiásticas, las autoridades civiles y militares y más de quinientos funcionarios, diputados de todas las provincias de la Rusia. Recibió la bendición de la czarina, ya virgen del Señor, fué coronado con más pompa que sus antepasados, y entre las aclamaciones del pueblo, juró ahorrar la sangre y castigar á los criminales solamente con la deportación. Dispensó de todo derecho é impuesto, por dos años, á los mercaderes y labradores y aun á los salvajes de la Siberia, arregló el tiempo durante el que debían los labradores trabajar para sus señores, fijó el censo que debían estos exigir, dió un suntuoso banquete al ejército, festejó al pueblo doce días seguidos y avanzó á la cabeza de quinientos mil combatientes, hasta el Oka, por que circuló la noticia de que el Khan de Crimea intentaba atacar á Rusia. Godounot quiso hacer alarde del grado de poder á que había llegado la Rusia bajo una administración ilustrada, y los tártaros manifestaron por medio de sus embajadores el deseo de concluir con la Rusia una alianza perpétua.

Estableció definitivamente su dominación en el Asia septentrional y se levantaron nuevas ciudades en estas comarcas lejanas á principios del siglo décimo séptimo.

Envió jóvenes nobles á Francia, Inglaterra, y Alemania, para instruirse en los idiomas extranjeros, realzó el nombre de Rusia en Europa y en Asia; pero el clero y los boyardos rechazaban su inclinación á las costumbres extranjeras y algunas innovaciones que chocaban con las costumbres nacionales, como la de afeitarse la barba.

Murió la virtuosa Irene, y su fin prematuro rompió el último lazo que ligaba á los rusos con Godounot, que murió repentinamente, habiéndose apoderado del imperio un falso Dmitri, el fraile Otrepied. La multitud se apresuró á besar los piés del impostor.

EUSEBIO ASQUERINO.

TRAVESÍA DE LOS PIRINEOS CENTRALES

POR VÍAS DE HIERRO INTERNACIONALES.

El día 2 de Febrero, reinando los conservadores doctrinarios, se dió lectura en las secciones de la Cámara popular del proyecto de los Aldudes, y aunque su señoría el ministro de Fomento, antecesor del actual, no puso muy buena cara á la comisión de diputados por Soria que le rogaba no se opusiese á ello, es lo cierto que ya han logrado algo los castellanos, riojanos y navarros; los vemos dispuestos á hacer, y nos alegraremos que logren su intento, pues su línea ó la del Roncal debe construirse, así como los aragoneses tendremos la de Gavarnie-Torla, en tiempos ménos conservadores que los que corren. Los concesionarios de los estudios de los ferro-carriles del Roncal y del Noguera han terminado estos. Aún no son públicos. De intento notarán los lectores de LA AMÉRICA, que dando preferente lugar en estos artículos á las cuestiones económico-políticas que se derivan de asunto tan vital, dejamos para lo último la cuestión militar y de defensa de ambas naciones, y ya es llegado el momento de tratar esta, mientras esos estudios é informes de las Juntas consultivas se presentan y se aprueban en las Cortes venideras. Hemos retrasado algo expresamente la publicación de estos artículos por ver si esos proyectos é informes se hacían públicos; mas no conociéndolos sino muy poco aun los dos proyectos citados, no podemos, como habíamos dicho, establecer entre ellos y el nuestro de Gavarnie un paralelo matemático, aunque lo dicho basta ya para saber cuál es la mejor línea.

La situación actual de nuestro país, el estado de decadencia, pobreza y marasmo de las provincias agrícolas que sufren un estancamiento en sus productos por no poder utilizar las vías de comunicación escasas del suelo español, atendida la carestía en los trasportes á los mercados limítrofes, así extranjeros como nacionales, debe llamar la atención de todo Gobierno, para mejorar la administración de los servicios públicos, haciendo converger todas sus resoluciones á los progresos económicos, dignos por muchos títulos de la solicitud esmerada de todo Gobierno que sea justo, equitativo y nacional.

El primer presupuesto y mayor de una nación que quiere y se empeña en ser rica, considerada y respetada fuera y dentro, debe ser el de Fomento, y con la marcha que llevan los muchos y malos Gobiernos conservadores que desde hace 50 años rigen á este país, España no será nunca más

que una nación de mendigos y malos trabajadores. El Gobierno actual que de conservador liberal que era, se titula liberal conservador, por más que invierta los términos, dicen los matemáticos que el orden de los factores no altera el producto, pero es lo cierto que es más conciliador y expansivo con la opinión pública, no es tan tiránico é injusto, como el que se fué, y da más esperanzas de que se cumplirán los deseos de los habitantes del otro lado del Ebro.

Como deseamos la publicidad para que intervenga el juicio público en las grandes cuestiones en que se ventilan los grandes intereses de una nación, pues en la prensa deben aparecer el pró y el contra de ellas, diremos con lisura y sin ambages, que por las condiciones naturales de la península, por la diversidad de sus producciones en sus zonas distintas, y por el sobrante que tenemos de artículos de primera necesidad, deseamos la desaparición de todas las barreras que contienen y comprimen esta tierra bendecida por la naturaleza, para que empujando nuestras producciones más allá de la frontera por medio de comunicaciones fáciles, se aumente la riqueza y bienestar material y moral de nuestra patria, y se fijen los capitales y los esfuerzos reunidos al impulso de la inteligencia en la industria y agricultura, retirándose del monopolio artificial que mata la actividad, el bien general de la nación y cuanto anhelan los pueblos.

Ni el Gobierno, ni ninguno de esos señores militares entendidos, que se dicen tan aventajados de la Junta Consultiva de Guerra, quieren comprender la necesidad ni la ventaja para España de abrir nuevos caminos por los Pirineos, pues dicen tan frescamente que las 400 ó 500.000 familias de esas seis ó siete provincias. Navarra, Huesca, Logroño, Soria, Teruel, Zaragoza y Lérida, pueden dar un pequeño rodeo y viajar por Behovia y Bellegarde y llevar á lomo de las caballerías por los pasos francos del Pirineo, el sobrante de sus frutos. Pero es bien seguro que si ellos tuviesen que hacer esas excursiones, ya gritarian bien alto para no favorecer una sola provincia ó dos extremas, con perjuicio de medio millón de familias que saben que querer es poder, y no creen estas que sus enemigos posean sentimientos tan inhumanitarios para quererlos tener como párias relegados al olvido, y proteger solo á Guipúzcoa ó Gerona.

Pasa de 8.000.000 de hectáreas la extensión superficial, comprendida en casi toda la cuenca del Ebro, y en la semi-cuenca transpirenaica meridional de aquellas siete provincias; más de seis millones son tierras labrantías abundantísimas en producciones agrícolas de trigo, aceite, vino, cebada, almendras, algarrobas, higos y hasta naranjas y limones; las demás son montes y pastos buenos, y todos los artículos de primera necesidad ó las primeras materias, mejores que las guipuzcoanas y de Gerona, incluso el ganado lanar, vacuno y caballo.

Por lo expuesto anteriormente en el primer artículo sobre las vías de comunicación que cuentan los franceses en la frontera española, comprenderán los lectores de LA AMÉRICA, que teniendo esos vecinos, no pocos caminos militares y carreteras que á ella llegan y á las aduanas fronterizas de la Hacienda española, de 1.ª, 2.ª y 3.ª clase; y teniendo nosotros además un descubierto de muy cerca de 500 leguas de costas, que si bien abundan en puertos, muelles, calas y fondeaderos para el mejor servicio del comercio interior y exterior de la nación, en muy mediano estado de construcción y no pocos inservibles, no contamos con el desarrollo de esa inmensidad de costas en los dos mares del Océano y Mediterráneo sino con muy pocos tercios navales con dotación de marina de guerra, lo cual comprenderán los señores militares que es un verdadero peligro, y tal vez algo mayor que el de hacer uno ó dos agujeros en territorio internacional por donde tanto temen los mismos que los extranjeros pudieran hacernos daño algún día, valiéndose de las vías férreas construidas con todas las condiciones y precauciones que la ciencia de la guerra previene para estos casos; inclinándonos casi á creer que más bien parece que se publican ciertas ideas por aquellos y se aferran á ellas, por sostener una idea sistemática que por una advertencia de aprecio á la opinión pública, invocando la defensa del territorio, ó por un ciego exclusivismo de los señores de la guerra que pudiera parar en perjuicio del bienestar y felicidad de los pueblos, primer objeto y principal de todos los buenos patriotas.

Hablemos de la independencia de las dos naciones por la construcción de las vías de hierro internacionales.

Apenas hay una cuestión en la que más se debe seducir y llevar á algunos estravíos de imaginación; siendo testigos de ello el entusiasmo con el cual los partidarios de la línea por el valle de Aspe y Canfranc á Pau y Burdeos, nos hablaban hace años del poder grande del fuerte de Urdos, para garantizar la frontera por la parte de los franceses de los peligros del porvenir. Sin duda, olvidaban, que según ese trazado la vía está 300 metros por lo menos más alta que ese fuerte, y además se halla separado por alturas, crestones y murallones que imposibilitan el poder verlo, de suerte que la acción y potencia de los cañones del mismo, es de todo punto ineficaz para resguardar la vía y sus obras de arte en una longitud grande á la que tal vez no alcancen aquellos. Es una verdad que es

muy fácil hacer infranqueable una vía férrea por la destrucción de algunas de sus obras de arte, como por ejemplo, un viaducto: también parece cierto que son más apropiados para una invasión las carreteras que lleguen hasta la frontera pirenaica ó la atraviesen, que los ferro-carriles internacionales; pero hay que advertir que se habla de los ferro-carriles trazados en nuestro territorio español, y que se admita al propio tiempo que esas obras destruidas por nosotros, podría ser muy posible el repararlas para y por el enemigo con objeto de tener un paso provisional con una restauración improvisada y destinada á una éfuga duración; y con tal que se admita que aún para esa restauración efímera, el enemigo podría sacar gran partido de la parte de las vías férreas que quedó sin destruir en su territorio y á su disposición, con objeto de traer aunque sea de lejos, los materiales necesarios cuando no los hallase sobre el emplazamiento mismo de las obras que se tratasen de restaurar; y por estas razones no sería extraño que el génio militar francés y el español, traten de asegurar bien cuál ha de ser el emplazamiento de esos fuertes de defensa en la zona internacional.

Pueril sería negar el recurso como es tan grande para una nación deseosa de invadir el territorio vecino, tener una ó más vías férreas de las que terminan en su frontera, puesto que le permiten acumular en ella de repente grandes fuerzas militares, con las cuales esta puede atravesarse bien pronto, sin que dichas vías, para ser amenazadoras, necesiten atravesar aquella y si solo seguir el pié de esa frontera reuniendo los diversos valles que conducen hasta esta, y no titubeamos en afirmar que esta última es más temible que una línea de ferro-carril que atravesase la frontera solo en un punto. El daño de la invasión ocasionado por una línea férrea, es tanto mayor cuanto más establecida esté ella en un valle que pueda franquearse naturalmente con más facilidad. Si el fondo del valle está cerrado absolutamente por escarpes inabordable, la vía férrea, á pesar de la acumulación de tropas é instrumentos de guerra que vomitara inopinada é incesantemente sobre esa frontera no debe causar mucho cuidado al país situado más allá de esos escarpes: mientras que si, por el contrario, el fondo del valle no es inaccesible, (y Napoleón el grande es un ejemplo pasado, por su travesía del gran San Bernardo en la frontera franco-italiana que prueba todo lo que un gran capitán podía obtener de esfuerzos prodigiosos, cuando era dueño del entusiasmo y confianza de sus soldados) la vía férrea es entonces un auxiliar de los medios de invasión, permitiendo acumular de improviso las provisiones necesarias de boca y guerra de un gran ejército, cuya reunión por las carreteras ordinarias hubiese dado lugar al enemigo á descubrir los proyectos del contrario, y contrariarlos é inutilizarlos revelándolos de antemano, estando aún en el interés defensivo de España y Francia mucho mejor dispuesta con murallas cortadas á pico de 1600 metros de altura, la vía de Gavarnie que la del valle de Aspe y otras, bastando unos pocos millones de pesetas de los 90 economizados en la primera travesía, para fortificar ese tránsito por mano del hombre si necesidad hubiese, á lo cual se prestan admirablemente las cimas blanqueadas de aquellos enormes murallones, guardando cada una de las dos naciones una de las bocas de entrada y salida del túnel internacional.

Felizmente, las vías férreas pueden ser aun más socorribles para la defensa de los territorios invadidos que para la conquista. Porque si sucede que el invasor halla en ellos ferro-carriles en una disposición semejante á la de su país, y un núcleo de fuerzas que los de su propio territorio le permitieron levantar, organizar y tener dispuesto inopinadamente, tendrán que atacarlo los agresores y destruirlo, á fin de sostenerse contra los defensores del suelo invadido en todas las direcciones donde pueden mostrarse con fuerza; guardando para ellos solos no solamente la simpatía de las poblaciones que los rodean, sino también por medio de su propia red de vías férreas, la libertad de presentarse de improviso y sucesivamente sobre cada punto con la totalidad de su potencia militar delante de una parte tan sólo de la del agresor. En efecto, privado éste de estos maravillosos medios de transporte, que, para él desaparecen á medida que avanza, estará condenado á pararse en su invasión y á dividir sus fuerzas para seguir á la vez direcciones opuestas, y paralelamente á la frontera en lugar de penetrar hacia adelante. No son, pues, las vías de hierro que atraviesan la frontera las que deben preocupar más en cuanto al interés defensivo, y los temores que pueden inspirarle quedán muy atenuados por la idea de que habrá siempre bastante tiempo para hacerlas impracticables antes de que la invasión empiece, á no ser que haya una sorpresa, en cuyo caso el fuerte más modesto colocado en un punto difícil de la vía de hierro será suficiente para contener y dar la alarma al cantón de fuerzas más inmediato, siempre que fuera de la vía de hierro el relieve del país rehuse el paso de un material capaz de hacer energicamente el sitio; porque sin esto el invasor guardaría no solamente el poder de anular bien pronto el fortín, sino además la posibilidad de reparar los daños hechos á la vía, si no completamente y para siempre, al menos de manera que le pueda servir á él provisionalmente para su uso y sus servicios en la campaña que inicia.

Puede, pues, ser importante para la seguridad de dos pueblos vecinos que las vías férreas que atraviesen su territorio ó frontera sean puestas en pasos que no dejen fuera de ellas ninguna posibilidad de franquearse, sobre todo por un material de sitio; y bajo este punto de vista no tememos el ser contradichos, cuando afirmamos que no hay en toda la cadena de los montes Pirineos otra travesía que llene esta condición tan bien como la de Gavarnie.

Para asentar esta verdad, no tenemos tan sólo que exhibir el renombre europeo de los gigantescos escarpes llamados de la brecha y salto de Rolland, que tanto admiran los turistas y viajeros atrevidos que se llegan por aquél admirable país, sino que podemos demostrar esta gran potencia defensiva natural, fortificada todavía por otras circunstancias que acuden á aumentar un notable contingente de seguridad. La salida meridional del túnel de Gavarnie y la continuación de la vía de hierro están completamente dominadas por un escarpe montañoso, formando su frente la vertiente meridional del valle de Ordesa y casi aislado de la cadena central. El fortín más sencillo colocado sobre este escarpe, que podría resistir largo tiempo á un sitio en regla, destrozaría tan acabadamente el túnel y el camino de hierro, que ningún recurso podría, durante este largo sitio, venir de Francia á una tropa armada cualquiera, si por lo imposible que es, llegase hasta allí por encima de los montes. Pero hé aquí la situación en que se encontraría ese ejército algunos kilómetros antes de llegar al valle. En ese punto frente á frente está Fiscal, en donde el ferro carril, en lugar de continuar siguiendo la cuenca del río Ara, entra en túnel para desembocar en el valle superior del Guarga, pasando por debajo de la cima de Cancias, que lo dominará tal vez con una altura de 800 metros; los invasores, alejados ya de su suelo nacional y sin comunicaciones con él, en lucha con enormes dificultades topográficas naturales que es imposible vencer, aumentadas todavía por el fuego de punterías diversas de los cañones del fuerte de Ordesa y de las guerrillas ó avanzadas del ejército español, declimos, que rodeados de poblaciones enemigas, teniendo además delante al ejército nacional, fuerte de todo el poder nacional que le llevaría la vía férrea de todos lados para colocarse detrás de esa segunda cadena de montes, y dueño entonces de sus tremendas alturas, los invasores deberían resignarse, ó á trepar por ellas combatiendo en esta deplorable situación, ó á meterse en los profundos desfiladeros del Ara y del Cinca inferiores, sin seguir ninguna vía porque no la hay, siempre bajo el fuego dominante del ejército español, siempre acosado y comprometido sus espaldas.

En los planos que tenemos á la vista á la escala de $\frac{1}{10000}$ que da con detalles por curvas horizontales el relieve de esas alturas, demuestra que su parte culminante es una meseta ó planicie que domina toda la comarca, escarpado del lado de la Francia, y muy próximo á la vertical por el lado del túnel llamado de Fablo, en ese proyecto, tan perfectamente, que un pozo vertical con una galería horizontal en su base, corta, establecería entre esta meseta y el ferro-carril, casi en medio del túnel, una comunicación muy fácil. No se pintaría á propósito, pues, una situación más favorable para un establecimiento militar que dominase toda la comarca y el ferro-carril internacional, reflexionando sobre todo, que ese pozo daría tal vez aguas abundantes subterráneas para el servicio de los fuertes, porque se ven en estado de manantiales perennes á alturas mayores que la del túnel; y que en caso de necesidad, serviría de lugar perfectamente abrigado é inatacable, á las diversas baterías que se quisiesen establecer en la montaña, á alturas diversas para hacerlas más mortíferas contra el invasor.

Podemos asegurar, sin que esto sea darnos por muy entendidos en la ciencia estratégica militar, que jamás las invasiones del porvenir, tanto de España como de Francia, se verificarán por Gavarnie, centro el más próximo de la cordillera pirenaica, aunque esté dotado de vía férrea, por lo menos durante todo el tiempo que los Pirineos occidentales, desde Somport hasta Salinas, permanezcan con sus puertos, pasos, cuellos, ó depresiones rebajadas naturalmente entre los dos ó más dientes de la sierra y sus valles abiertos, aunque estén desprovistos de vías de comunicaciones, y con mucha más razón si por los Aldudes ó el Roncal pasase un ferro-carril algún día, como es muy posible, porque entonces los grandes ejércitos se ladearán hacia estos puntos huyendo de la brecha de Rolland para atravesar los Pirineos. Y no queremos decir con esto que este poderoso medio de prosperidad se deba rehusar á esos puertos, pasos y valles bajos de la cadena pirenaica. Ya están bastante castigadas con ser el camino obligado de los invasores, y no debemos imponerles para siempre otro castigo además, cual sería el de una completa nulidad comercial. Pero deben tener en cuenta los ciudadanos y habitantes de una y de otra nación, que por este lado es por donde ambas deben tomar sus precauciones defensivas más energicas; y en cuanto á la España no podemos indicar á los señores de la Junta consultiva de guerra, por si lo toman en consideración, nada más necesario ni más eficaz contra los pujos de madrastra que de la raza latina le suelen dar á los vecinos que ocupan el centro de Europa, que la construcción de una vía férrea bien hecha que

una á Pamplona con Vitoria y Jaca, estas con Zaragoza, la gran plaza de armas natural de la frontera pirenaica, colocada detrás de su tercera línea de defensa y delante del Ebro, y además esas mismas dos plazas con Laredo y Santander la de Vitoria, y la de Jaca con Barbastro, Monzon, Lérida, Balaguer, Urgel, Puigcerdá, Camprodon, Casté, Figueras y Rosas, línea de ferro-carril eminentemente estratégica y de suma importancia en su pronta construcción para la tranquilidad de los españoles, que ocupa el término medio entre el Ebro, tercera línea defensiva, y los Pirineos la primera. Dicha segunda línea, una vez hecha, forzaría á un ejército invasor que viniese por los departamentos de los Bajos ó Altos Pirineos, por el Ariège ó los Pirineos Orientales, á dividir sus fuerzas para hacer frente á la vez en todas partes, si por todos entraban, á casi toda la potencia militar de España, y si no lo hacían más que por uno ó dos puntos, serviría dicha segunda línea de defensa para concentrar con una buena red telegráfo-telegráfica las fuerzas defensoras en cualquier punto más débil ó conveniente, pudiendo el ejército español, con sus vías férreas y al abrigo de la segunda cortina montañosa que hay paralela á la cadena principal de los Pirineos y que la naturaleza ha querido dotarnos de ella, presentarse inopinadamente y entero casi y sucesivamente sobre todo el frente de batalla que una con esa segunda línea todos los fuertes citados.

La union de Jaca con Zaragoza por el Gállego, tendría sin duda un gran valor defensivo, pero sería más poderosa aún militarmente, y más comercialmente útil, si, yendo á soldarse ó unirse en la cuenca del Guarga ó en la estación de Fablo á la línea internacional, podía llegar á Zaragoza por Huesca, ya sea que se llegase á esa estación por la vertiente septentrional del Guarga, ya que se siguiese la del Bassa, en la cual se penetraría con un túnel que partiese junto á esa estación, la que sería el punto de union de las dos vías subterráneas. Esta combinación última es la que haría el ramal hacia Jaca más corto que por ningún otro lado; abreviaría notablemente además, por el lado de Francia, el trayecto, sin alargarlo sensiblemente por el de España.

En último resultado, el interés defensivo sería el que junto con el comercial, industrial, etc., escogería el más útil bajo todos los puntos de vista entre todos estos ramales, cuya union, que puede operarse en muchos puntos, se aproximara bastante, si es necesario, á la Pardine du Bail para que el trayecto entre Jaca y Zaragoza sea por aquí más corto que por la línea del Gállego. Si, pues, para completar el sistema defensivo y comercial del Norte de España, un ramal á la línea de Barcelona hacia Barbastro y Figueras por donde hemos dicho, uniese también por el camino más corto las fuerzas militares de Cataluña, las alturas y los desfiladeros de Bail y de Cançias, verdaderas horcas caudinas bajo las cuales todo invasor sobre cualquiera punto por el que se hubiese atrevido á atravesar la frontera tenía que pasarlas, ¿no serían esos desfiladeros las verdaderas Termópilas de la Península? El gasto de ese ramal de Jaca hacia Zaragoza por Huesca y la línea de Gavarnie, no llegaría á la quincuésava parte de los noventa millones economizados por esta línea sobre su rival. No serían estos consumidos probablemente en la construcción de la línea eminentemente estratégica desde Santander y Laredo, por Jaca y Pamplona, Lérida, á Figueras y Rosas ya anunciada por nosotros anteriormente, y paralela á la cadena de los montes Pirenaicos.

La travesía por Gavarnie no es un peligro para la independencia española, es un medio de hacer concurrir el interés comercial á su defensa, el cual puede disponer de recursos grandes para la creación de esas vías, base indispensable del sistema defensivo que hemos expuesto. Así la España estaría garantida contra la ambición guerrera de la Francia y sus amenazas á la independencia de aquella, al empujar sus ferro-carriles hasta sus fronteras, ya para atravesarlas, ya para bordearlas siguiéndolas paralelamente, dejando en libertad á cada nación el dotar de esas vías fecundas todas las porciones de su territorio cuya prosperidad reclame su establecimiento, y oponer al peligro la doble precaución de no dejar franquear su frontera por una vía férrea internacional, sino en un paso naturalmente muy inaccesible fuera de la vía férrea: y responder al poder ofensivo de las vías férreas aproximadas á la frontera sobre el territorio del país vecino, con un aumento igual, más grande si se puede, de poder defensivo, évitiendo sobre el territorio nacional á las vías de hierro situadas de la misma manera. La primera precaución se satisface en los Pirineos centrales por la travesía de Gavarnie mejor que por las demás. En cuanto á la segunda, estando la línea del Ebro demasiado lejos de la frontera para responder con las altas barreras montañosas que la separan entre Pamplona y Jaca, al poder ofensivo de la vía férrea que un porvenir próximo asegura al Gave de Pau, nuestra susceptibilidad sombría contra los vecinos exige como salvaguardia contra este porvenir inminente, la gran línea estratégica de Santander por Jaca á Figueras, uniendo alguna de esas plazas con la gran plaza de armas, Zaragoza, de la España del Noroeste, como Toulouse lo es de la Francia del Mediodía.

Pero contra los peligros que pudiesen venirnos por el lado del mar ¿dónde encontraríamos amigos sino es del lado de Francia? Estas dos naciones parecen simpática y necesariamente

unidas por sus diversos climas y producciones que exigen el cambio de las mismas y no la lucha entre ellas; tienen que ser amigas para escapar unidas á los lobos del mar: la España debe estarlo con la Francia para comerciar con el resto del continente; la Francia á la España para llegar pronto y sin peligro á sus posesiones africanas; deben vivir una para otra; no deben comb. tirse: estas dos naciones tan grandes por su carácter resuelto, elevado, inteligente, por su riqueza mineral y por la fecundidad de sus magníficos territorios, deben unirse para desarrollarse y engrandecerse, estableciendo líneas férreas internacionales que escapen á las embestidas de los hijos de Albion, y ninguna está mejor fuera de los alcances de sus baterías flotantes que la línea de Gavarnie.

Así, pues, supongamos que la Francia y la España, desconociendo un instante su destino providencial y verdaderos intereses, se declarasen enemigas buscando alianzas en otros Estados: ¿qué vía, avanzando hacia la frontera, llevará á su independencia recursos más bien que peligros? Una sola, la que se dirige hacia Gavarnie.

Si mejor inspiradas son amigas, ¿qué vías internacionales les quedarán inatacables por sus enemigos? La de Gavarnie que será la más fructuosa al propio tiempo en los de paz. Concluámos, pues, y por los motivos expresados en estos cuatro artículos que reasumimos aquí en uno solo. Considerando que el ferro-carril internacional de Gavarnie central, reúne los más poderosos medios de transacciones agrícolas, industriales y comerciales de las dos naciones unidas por el corazón de sus territorios favoreciendo las relaciones continentales de ella, bajo el punto de vista político, y siendo el más directo, el menos costoso, el más fácil de realizar y el más conveniente, tanto en la paz como en la guerra.

Emítimos aquí el voto y deseo que el Gobierno español y el francés, obrando de consuno, doten lo más pronto posible las dos naciones de una comunicación por vía férrea al través de los Pirineos centrales, y especialmente por el prado de Gavarnie, el valle de Ordesa y Torla.

P. CALVO Y MARTIN.

SOBRE CANCIONES POPULARES.

Entre todos los géneros de poesía que aparecen á nuestra consideración, ninguno se presenta con caracteres tan interesantes, como el que cultiva esa capacidad colectiva que tiene nombre, y por cierto glorioso, que revela por sí solo el poder, la inspiración y la virtud; como que se llama el pueblo español, cuya poesía *sui generis* retrata á maravilla el espíritu nacional de tantas épocas y que espontáneamente crea, de por sí falto de educación intelectual (1), siempre imprimiendo, no obstante, en sus manifestaciones generales el sello más característico y adecuado de sus creencias, usos y costumbres, con aquella fecundidad artística de que solo es capaz un verdadero poeta que siente en su espíritu los impulsos sublimes de la inspiración.

En estas espontáneas, magníficas creaciones, que llamamos coplas, seguidillas, *cantes flamencos* (2), trovos, etc., genuina reproducción de las costumbres populares, graba el pueblo sus múltiples y verdaderas inclinaciones, conservando con pureza su primitivo carácter y rindiendo acendrado culto al amor, primer pensamiento ideal y estético que el alma humana fórjase allá en los espacios vastísimos de la fantasía.

En algunas coplas encontramos tanto diligente esmero como podíamos hallar en el más acabado trozo de poesía lírica; y no parece sino que el que las compuso tenía nociones ó preparaciones suficientes para crear, con solo cuatro versos, un poema de verdadero sentimiento. Verdad es que nadie mejor que el pueblo sabe reflejar en su poesía indígena los caracteres propios que por completo le pertenecen.

Es maravilloso encontrar en las poesías de esa gran masa de hombres, que unos llaman plebe, otros clase inferior, vulgo los más, y algunos asignan con nombres menos caritativos, filosóficas inspiraciones como por instinto ó intuición reveladas; pero no lo es, si consideramos que estas inspiraciones han sido creadas sin conciencia propia, digámoslo así, é improvisadas, ora por un acceso de melancólica desesperación, ora por la memoria de aquellos venturosos lugares que nos vieron nacer, ó bien por los tristísimos recuerdos que nos sugieren los desengaños de la mujer amada.

Los buenos poetas se hacen inolvidables por la elegancia, primor y tersura de las composiciones, que saben retratar con sentimientos virtuosos y hechos heroicos, pero nunca imprimen caracteres tan propios y originales como los que encierra la poesía de nuestro pueblo, oralmente transmitida de padres á hijos.

(1) Es de advertir que la lira de los eruditos solía tener su participación en estas manifestaciones de la musa popular. El Arcipreste de Hita declara «que no cabrían en diez pliegos los cantares festivos y de burlas compuestos por él para ciegos, escolares, romeros, mendigos y juglares.»

(2) Nacidos muchas veces en la taberna, y en ella casi siempre, y por plazas y campos repetidos, son los *cantes flamencos* una mezcla de elementos heterogéneos, aunque afines; un resultado del contacto en que vive la clase baja del pueblo andaluz con el misterioso y desconocido pueblo gitano.

Apenas puede el crítico reparar en tal cual incorrección en estas naturales inspiraciones, porque demás comprende que ellas no han sido debidas á estudios de ninguna clase (1), sino más bien á excesos de imaginación, idealidad soñadora, etcétera: espíritus que, no obstante sus imperfecciones intelectuales, imprimen en sus cantos la verdad íntima de la vida de la nación que los vio nacer, cuyas concepciones se van recogiendo para suplantadas en imperecederas páginas, que van transmitiendo una y otra época.

Los poetas de más ilustración, han bebido y beben sus inspiraciones de la poesía plebeya, abundosa y ricas fuentes de hermosura para todos aquellos que, con felices disposiciones, se dedican á este linaje de trabajos.

Segun todos los indicios, la forma de las coplas populares es de las más antiguas de la poesía, tan antiguas, pudiéramos decir, como el romance (2), que, segun datos que tenemos por fidedignos, se remonta al tiempo de los *cantares de gesta*. «Juglares de boca y tamborete, trompeteros y saltadores, endechederas, cantaderas y danzaderas,» se llamaron en Castilla los primitivos intérpretes de la musa popular.

La historia de las letras, y muy principalmente de la poesía del pueblo andaluz, no puede explicarse, sin tener presente el desarrollo de los demás elementos sociales que constituyen la vida pública de los pueblos, y sin comprobarla á menudo con la historia de las bellas artes.

**

Tenemos un riquísimo tesoro, como quizá ninguna nación podrá vanagloriarse de poseer, de esas bellísimas, concisas y expresivas poesías que con el nombre de coplas corren de boca en boca. De las innumerables que por diferentes conductos hemos llegado á reunir, las cuales, de publicarlas todas, llenarían grueso volumen, hemos dado cabida en el presente imperfectísimo trabajo, únicamente á aquellas que por la belleza de su forma, por su estructura ingeniosa, por su gracejo, etcétera, merecen mencionarse. Sirvan de ejemplo las siguientes, que pertenecen al género amoroso:

Yo tengo que hacer contigo

una cosa sin ejemplo:
te tengo que dar mi alma
para completar tu cuerpo.

Dos besos en este mundo
nunca se apartan de mí:
el último de mi madre,
y el primero que te dí.

Una mora me enamora
y no es mora de nación;
es mora por que ella mora
dentro de mi corazón.

Encimata de tu frente
te lo tengo de escribir:
pondré una *a* y una *m*
y entre las dos una *i*.

Pendiente de un collar negro
llevas al cuello una cruz,
en prueba de que allí he muerto
y que me mataste tú.

No te mires al espejo,
porque si no va á pasar,
que con la luz de tus ojos
tus ojos van á cegar.

En el juicio universal
á tu lado estaré yo,
porque sino, ¿con qué alma
me he de presentar á Dios?

Te quise porque te ví,
y te ví porque Dios quiso,
y al ver cuán poco me quieres,
me pesa de haberte visto.

En el género festivo la musa popular española es superior, pero menos delicada que en la poesía de los amores. Abunda en pensamientos agudos, pero es, en general, picante, hasta el punto de que tenemos que prescindir de mencionar, para no traspasar los límites del decoro, algunas de las coplas que, bajo otros puntos de vista, son dignas de atención y alabanza.

No quiero tomar café,
porque se me quita el sueño;
lo que quiero es tomar té,
que tomando te, me duermo.

El demonio son los hombres,
dicen todas las mujeres;
y luego están deseando
que el demonio se las lleve.

De una costilla de Adán
formó Dios á la mujer,
para dejar á los hombres
ese hueso que roer.

(1) Todos sabemos que las más de las coplas populares han sido improvisadas y cantadas inmediatamente, acompañadas con la guitarra, ateniéndose á decir sus autores lo que sienten, adoptando la forma tradicional que les es más conocida. Generalmente tienen estos improvisadores oído fino y delicado; tanto que son muy pocas las coplas que no tienen el número necesario de sílabas.

(2) Conviene á este respecto apuntar, que han existido poesías populares castellanas muy antiguas, que fueron utilizadas en el poema latino de la conquista de Almería, en la crónica rimada del Cid y en la Historia general de don Alonso el Sábido.

En el género que pudiéramos llamar filosófico-moral, existe abundante número de canciones populares, demostrando así el pueblo que posee aptitud para cultivarlo con fruto. Véase, en comprobación, los siguientes ejemplos:

No niegues tu pan al pobre
que llega á tu puerta y llama,
que puede ser el camino
que tú recorras mañana.

Desde el día que nacemos
á la muerte caminamos;
no hay cosa que más se olvide
y que más cierta tengamos.

Hasta la leña en el bosque
tiene su separación;
una sirve para santos
y otra para hacer carbon.

Celos son unos recelos
de la mente acalorada.
Si son algo, no son celos,
si son celos, no son nada.

Todo el que quiere casarse
ajusta la cuenta alegre;
luego, despues de casado,
la repasa y no la entiende.

Con el corazon te hablo
y dices que no me entiendes;
gota de agua en tierra seca
al punto desaparece.

Anda, vete con el mundo
que el mundo te dará el pago;
que tambien el mundo arregla
al que anda desarreglado.

La tumba es al lecho igual;
pero bien sabido ten,
que en uno se duerme mal
y en otra se duerme bien.

Has hallado mal de mí,
yo de tí no quiero hablar;
siempre suena la campana
enforme tiene el metal.

* *

La seguidilla, más larga y artificiosa que la copla, opone mayores trabas á la imaginación. Así es que la verdaderamente popular consta únicamente de cuatro versos, careciendo de estribillo. La generalidad de las seguidillas de siete versos pertenecen á esfera social, muy diversa de la que produce las coplas. Muchas están evidentemente compuestas por poeta de elevado rango, y nadie podrá atribuir á ingenio inculto estas composiciones:

Pues es fuerza casarme,
chica la quiero;
ya que son malas todas
del mal el ménos;
Dios me la guarde,
que, aunque chica, bien puedes
hacerme grande.

Parece el amor tuyo,
niña, al espejo,
que faltando el azogue
no dá reflejo;
pues para amarme,
es preciso no deje
de platearte.

En el libro precioso
de tu persona
ando yo registrando
hoja por hoja;
y hallo con gusto
que son admiraciones
todos los puntos.

Amor es como el agua
segun se toma,
que á muchos los refresca
y á otros sofoca:
bebe con tiento,
que hay mil enfermedades
por el exceso.

Las mujeres y cuerdas
de la guitarra
es menester talento
para templarlas:
flojas no suenan,
y suelen saltar muchas
si las aprietan.

Si soy fino, tú ingrata;
si amante, esquiva;
si rendido, soberbia;
si humilde, altiva;
si fiel, tú falsa;
si soy tierno, tú dura;
si firme, vária.

Con cuatro letras vivo,
con cinco muero,
con siete me cautivan,
con doce peno;
y son la causa,
amor, celos, finezas,
desconfianza.

Algunas de las seguidillas, que en su principio constaban de siete versos, han pasado al pueblo solamente con los cuatro primeros para acomodarlos fácilmente al canto. Véase como sin estri-

billo, no pierden absolutamente nada en mérito las siguientes:

De día eres morena,
de noche blanca;
ni con tu cara sabes
tener constancia.

Te quiero, pero quiero
que tú no quieras
á quien te quiere, y quiere
que no me quieras.

Hasta el agua que bebes
la tengo envidia:
mira si tendré celos
de quien te mira!

No me mires, que miran
que nos miramos:
miremos la manera
de no mirarnos.

Caminaba la ausencia
por un camino,
y el olvido seguía
sus pasos mismos.

Dí al tiempo lo que callas,
que es el que solo,
cuando no dice nada,
lo dice todo.

En una alforja al hombro
llevo los vicios;
delante los ajenos,
detrás los míos.

Del carro de los locos
todos tiramos;
unos con tiros cortos
y otros con largos.

* *

Bajo la denominación de *cantes flamencos*, conocemos una serie de producciones populares tan interesantes y dignas de estudio como las coplas y seguidillas. Constan ordinariamente de tres versos, y la letra es, por regla general, de carácter triste y abatido. Sirvan de ejemplo:

No sé yo por dónde
el espejito,—donde me miraba—
se le fué el azogue.

Voy como si fuera preso;
detrás camina mi sombra,
delante mi pensamiento.

No siento en el mundo más
que tengas tan mal *sonito*,
siendo de tan buen metal.

Soné que caía muerto
y que al caer, me abrazaba
á la sombra de mi cuerpo.

Fácilmente podríamos aumentar los ejemplos; pero como las dimensiones de este ligero artículo no consienten tal propósito, decidimos terminarlo, pues nuestro ánimo ha sido presentar algunos modelos de esas poesías sencillas y agradabilísimas que el pueblo español recita y seguirá recitando con extremada fruición, sin duda porque vé en ellas expresada con exactitud la fórmula de sus aspiraciones y sentimientos.

ANTONIO M. DUMOVICH.

EMILIO DE GIRARDIN. (1)

Cuando tomo en mis manos un periódico; cuando recorro sus columnas; cuando considero la diversidad de sus materias y la riqueza de sus noticias, no puedo ménos de sentir un raptó de orgullo por mi siglo, y de compasión hácia los siglos que no han conocido este portento de inteligencia humana; la creación más extraordinaria de todas sus creaciones. Todavía comprendo sociedades sin máquinas de vapor, sin telégrafos, sin las mil maravillas que la industria moderna ha sembrado en la vía triunfal del progreso, ornada de tantos monumentos inmortales; pero no comprendo una sociedad sin ese libro inmenso de la prensa diaria, en el cual se registran por una legión de escritores, que debían ser sagrados para los pueblos, nuestras angustias, nuestras vacilaciones, nuestros temores y los grados de perfección que vamos alcanzando en la obra de realizar un ideal de justicia sobre la faz de la tierra.

Yo comprendo hasta la vida monástica, hasta el aislamiento de un hombre que renuncia á la dilatación de la inteligencia en la sociedad y á la dilatación del corazon en la familia, para consagrarse á Dios, á la ciencia, á la caridad, á la meditación, al ocio, si se quiere, en una de esas islas morales que se llaman monasterios. Pero yo no comprendo que ese hombre renuncie á leer un periódico, á pensar diariamente con el cerebro de toda la humanidad, á sentir con el corazon de todos los hombres, á mezclar su vida en el océano de la vida humana, viendo correr sobre sus olas el viento de todas las ideas. Los antiguos chinos tenían una institución portentosa, una institución de historiadores.

(1) Este artículo fué escrito por su ilustre autor durante su permanencia en París. Es una excelente biografía del célebre literato y periodista francés cuya muerte no será nunca bastante llorada, y abrigamos la confianza de que será leído con gusto por nuestros suscritores.

(Nota de la Redacción.)

Encerrados en un palacio, y circuidos de jardines, se consagraban los historiadores chinos en silencio á escribir los hechos diarios, con la severa majestad propia de los jueces del tiempo, de los dispensadores de la inmortalidad. Al lado de la dinastía celeste de emperadores se hallaba esta severa dinastía de tribunales. Eran más que una magistratura, eran un sacerdocio, y todos los acataban como los representantes de la conciencia humana y como los emisarios de la divina justicia. Su ministerio estaba reducido á grabar en páginas inmortales, que debían conservarse como el vínculo de las generaciones, los hechos más importantes del imperio. Jamás pueblo alguno honró á sus sacerdotes como estos primitivos actores de la historia, que despues han vivido en una infancia eterna, honraron á sus historiadores.

Pues bien; yo digo que los pueblos modernos debían de una manera análoga honrar á los periodistas. Por estos excepcionales testigos, saben los rayos de luz que se cruzan en nuestro horizonte; por estos jueces llegan en definitiva á tener formulado el juicio de la conciencia humana sobre todos los hechos. Importa poco la pasión de partido, sin la cual acaso no se comprendiera esta obra portentosa, que como todas las obras humanas, ha menester para moverse el vapor de una gran pasión. Importa poco el silencio calculado en unas ocasiones, la parcialidad en otra, la injusticia hasta la mentira, porque de esa guerra de las fuerzas espirituales resulta la vida total, como de las sombras resulta la armonía de un cuadro. Mejor sería que no hubiese todos estos males, como sería mejor que no hubiese ni enfermedades físicas ni desgracias morales; pero es tan difícil de rectificar la sociedad como la naturaleza, y sus leyes son tan complicadas como las leyes mecánicas del Universo y á veces tan fatales. Y es una fatalidad del organismo social que encuentre el progreso obstáculos en las grandes obras creadas para impulsarlo; que se levante lo pasado con sus errores y se apodere del instrumento forjado para destruirlo; que sirva mucho á formar el mundo caliginoso de la mentira el luminisísimo éther derramado á torrentes para formar el mundo de la verdad. Pero si un día fueran llamadas á juicio todas las instituciones de que tanto se enorgullecen los pueblos, y se presentaran llevando cada cual en una mano los bienes que han hecho, y en la otra los males, acaso ninguna podría levantarse tan pura como la imprenta, y ninguna merecería una bendición más justa de la conciencia humana.

Obra maravillosísima es esta de un periódico, obra de ciencia y de arte. Seis siglos no han podido rematar aun la catedral de Colonia, y un día basta para rematar la obra inmensa de un periódico. No se puede medir los grados de vida, de luz, de progreso, que hay en cada hoja del libro inmortal que forma la prensa. En él, desde las insignificantes noticias relativas á los seres más desconocidos hasta el discurso que resuena en la más alta tribuna y conmueve todas las inteligencias; en él, desde las sensaciones fugaces de un baile, hasta las obras de arte que entran serenas en la región de la inmortalidad. Esa hoja maravillosa es la enciclopedia de nuestro tiempo; enciclopedia que necesita una ciencia incalculable; una ciencia cuya fuerza no puede medir hoy nuestra generación; una ciencia que es como la condensación del espíritu de todo un siglo.

Cuando yo me figuro á Atenas, me la figuro espléndida, con sus legiones de escultores y de poetas; con sus asambleas donde cada discurso era un himno; con sus cantores; con aquel teatro que tenía por fondo las hondas del Mediterráneo; con aquellas procesiones en que iban las vírgenes griegas, coronadas de flores, danzando al son de las cítaras; con aquellas estatuas que realizaban el bello ideal de la hermosura plástica; con aquellos juegos olímpicos donde los blancos caballos arrastraban en el carro de oro los jugadores armados de su lanza, como Júpiter del rayo; con sus escuelas en que se aprendía á un mismo tiempo la metafísica, la gimnasia, la música y la geometría; con toda su vida, que era el culto divino de la hermosura y del arte. Pero ¡ah! me entristece aquella civilización, me entristece horriblemente el que no tuviera periódicos, pues por el periódico dejamos de ser miembros de una ciudad para ser ciudadanos del mundo.

Obreros de la imprenta, escritores modestos y oscuros, no habeis podido nunca medir toda la importancia de vuestra obra, porque habiendo nacido en medio de ella la considerais como una parte de vuestro mismo ser. Pero ¡ah! sin vosotros, los hombres más ilustres se perderían, las glorias mayores serían como campanas sonando en lo vacío. Vosotros llevais á cada uno los dolores de todos. Vosotros llevais á los doloridos las esperanzas de todos. Vuestras plumas son como los hilos eléctricos que unen las regiones del planeta. Vuestras ideas son como los átomos de aire en que respiran nuestras almas, son como la atmósfera moral del globo. Es necesario medir toda la dignidad de este ministerio para poder ejercerlo con toda su majestad y con toda su grandeza. Es uno de los más sublimes que puede ejercer el entendimiento humano. Hablemos de uno de los soldados de la prensa.

Cerca del Arco de la Estrella, en la avenida del Rey de Roma, se levanta un magnífico hotel donde habita uno de los primeros periodistas del mundo. Es Emilio Girardin, del cual vamos á trazar un bosquejo en estos retratos que toscamente dibuja-

mos. Después que hayamos descrito su vida, describiremos el escritor á quien hemos conocido y hemos tratado en esta capital del mundo, en que sus artículos son aplaudidos por unos, condenados por otros, pero interesantes siempre para todos. Emilio Girardin ha tenido maravillosamente dos artes muy difíciles; llamar sobre sí la atención pública, y después de llamarla con un grande atractivo, fijarla sobre sí con una grande constancia. Narremos su vida.

Su nacimiento fué novelesco. El mismo no sabe el año, ni por consiguiente el día en que vino al mundo. Es hijo de unos amores ilegítimos. Cuando en los combates diarios le han echado en cara esta desgracia, en la que no tiene ciertamente ninguna culpa, ha dicho á los periódicos imperialistas: «no fué en verdad mi madre la única gran señora que en tiempo del primer imperio tuvo hijos de otro que no fuera su marido.» Así es que ha disputado él mismo, sobre si nació en 1805 ó en 1802; sobre si se llama Emilio Girardin, ó Emilio Delamothé. Francia tiene un gran interés por todos sus hombres ilustres. Pero este interés no deja de serles un poco incómodo, ya que, mediante él, salen todos los días á la plaza las más pequeñas minuciosidades de su vida privada. Proudhon echaba muy de ménos en su país no solamente una ley de *Habeas corpus* que pusiera el hogar lejos del alcance de los esbirros, sino también una ley de *Habeas animam*, que pusiera la vida lejos del alcance de los biógrafos.

Ahora tiene Girardin sesenta y seis años, y como Thiers en la tribuna, este hombre infatigable ha conservado en la prensa toda su constancia, todo su fuego, todo su mérito para la improvisación, todo su empeño en el trabajo.

Su educación se ha resentido de la desgracia de su origen. Uno de los mayores males que tiene el amor ilegítimo es la necesidad de ocultar los hijos, el grande orgullo del corazón, el premio mayor de los amores legítimos y santos. Un hijo, la gloria y la virtud de una madre, se convierte por la culpa en remordimiento para la conciencia, en deshonra ante la sociedad.

Los padres de Girardin ocultaron el fruto de sus amores en una casa modesta del boulevard de los Inválidos, que entonces era un arrabal exterior de París. Allí se educó, á las orillas del Sena, entre las bellas alamedas que esmaltan los alrededores de esta ciudad y los sombríos, pero majestuosos monumentos que recuerdan la historia de Francia.

Era bien extraño el colegio donde corrieron sus primeros días. Podía llamarse una casa de pequeños huéspedes. Una buena mujer, madama de Choisel, criaba niños confiados por ricas familias. Los había legítimos, lo cual no es de extrañar en el hábito detestable que las madres han contraído en Francia de diferir en ajenos lugares el santo ministerio de la educación de sus hijos. Jamás admitió madama Choisel más de diez colegiales. En la misma casa tenía un niño y una niña, la célebre Teresa Cabarrús, aquella mujer de hermosura extraordinaria, que tanto influjo tuvo, por su gracia, en los acontecimientos de principios del siglo, y que tanto contribuyó por sus artes á la caída de la República.

La vida del niño Emilio era á la sazón espléndida. Sus padres le procuraban cuanto podía halagar sus infantiles instintos. Visitábanle á menudo, mostrándole un gran cariño, aunque le ocultaban su habitación y su nombre. Ya iba á verle en coche forrado de raso color de rosa, una jóven de rara hermosura, que se deshacía en caricias, muchas veces mezcladas de lágrimas; ya un jóven militar de alta graduación, apuesto de figura, duro de carácter, que recomendaba el niño á los jefes de la pensión solícitamente, si bien con aire de protección imperiosa.

Madame Choisel y su esposo deseaban conocer el misterio que rodeaba la cuna de aquel niño. Esta ciudad es muy grande; la investigación de un nombre muy difícil. Y todavía no estaba fundada una sociedad que hoy existe, con organización propia, con oficinas montadas, con anuncios en los periódicos, y cuya industria consiste en averiguar las vidas ajenas, en pagar agentes para seguir á las personas que algun amigo ó algun enemigo tiene interés en recelar.

La noble pareja que tanta solicitud tenía por Girardin, echaba oro en sus manos, pero también sombras en su inocente alma. La buena de madama Choisel se consumía de impaciencia por averiguar el nombre y la vida de tan misteriosos personajes. Pero no hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague, ni misterio que no se descubra en esta sociedad, donde la justicia es, al cabo, como la mecánica en la bien montada máquina del universo.

Un día la dama desapareció completamente. Emilio se quedó sin el rayo de aquella mirada que hacia brotar esperanzas en su alma, sin el beso de aquellos labios que depositaban en sus labios la miel del amor maternal, tan necesaria en la infancia. Este eclipse moral entristeció sus primeros días. Así, cuando ya los misterios de la vida se fueron esclareciendo á sus ojos, sospechó que nuevas culpas habían retraído á la madre de visitar y atender al hijo de sus culpas anteriores. En cuanto al militar, si bien iba alguna vez á visitar á su hijo, iba de tarde en tarde, sin hablarle jamás ni una palabra de la desaparición de la dama.

¿Quién era este militar de tan alta graduación que tenía aires de príncipe? Girardin lo ignoraba,

y lo ignoraban también los dueños de la casa en que Girardin residía.

Pero al fin se descubrió el misterio. Hay en los alrededores de París un sitio real que se levanta sobre una colina sembrada de bosques, á orillas del Sena, el cual parece allí por sus graciosos recodos, por sus quebrados bordes, por sus verdes aguas, un río de Suiza. María Antonietta compró esta bella casa de campo. Y la compra de St. Cloud fué tan fatal á su dinastía como la compra del célebre collar de la reina. Napoleon I gustaba, como gusta Napoleon III, de este sitio de St. Cloud, que reúne, por su proximidad á París, las ventajas de la capital á los placeres del campo.

Un día que M. Choisel paseaba por las umbrosas alamedas de St. Cloud, vió venir el coche del emperador. Es natural en todo el mundo la curiosidad de ver al jefe de un Estado, al que tiene en sus manos los derechos de los hombres y la fortuna de los pueblos. Es mas natural todavía detenerse á contemplar aquel génio extraordinario que por montañas de cadáveres habia escalado las rotas gradas del trono francés, y se habia sentado en su cima, con el águila de Júpiter sobre la frente, el laurel de César en las sienes, el manto de Carlo Magno en los hombros, la dictadura en las manos, el mundo por presa, los reyes por lacayos y por esclava la victoria. A la portezuela del coche de Napoleon I iba el protector misterioso de Emilio, el protector desconocido, que era un general y representaba el aparatoso papel de Gran Cazador en aquellas dignidades bizantinas de que Napoleon I habia llenado su lujosísima corte. Desde entonces los señores de Choisel llamaron barón á su jóven pupilo.

Pero la proximidad de su padre á Napoleon I debía ser fatal, muy fatal para el futuro periodista. Napoleon, que así trataba de las fuerzas de una batalla, como del corte de un vestido; y que así arreglaba tratados diplomáticos entre las naciones como tratados matrimoniales entre las familias de sus amigos, decidió casar á su Gran Cazador. Esta fué la desgracia mayor de Girardin. El matrimonio hizo que el Gran Cazador olvidara al hijo de sus primeros amores. El colegio rico se convirtió en la casa de un veterano de Egipto, los cuidados antiguos en crueldad, el lujo en pobreza; y á los catorce años, encerrado en una bohardilla, sin libertad ninguna, se moría de palidez, de tristeza, el nervioso escritor, como las aves sin aire, como las plantas sin sol. Le salvó de la muerte un viaje á la ruda Normandía. Le dió robustez la vida agreste en la cabaña de un campesino. Vistió el traje de los trabajadores del campo, se encallecieron aquellas manos destinadas á manejar una de las plumas indudablemente más ligeras, más flexibles, más finas de toda la literatura moderna.

Cuatro años llevó Girardin la vida de campesino, esta vida de trabajos, ruda, pobre, más conveniente á su salud. Cuando tiraba la azada, recogía el libro. Y en los ratos de ocio se daba á vagar leyendo por los prados. Su educación era su propia obra. De aquí dos cualidades que no le han abandonado nunca; la independencia llevada hasta el capricho, y la satisfacción de sí propio llevada hasta el egoísmo.

Rompió de pronto con esta servidumbre, porque hombre de verdadera vocación, sentíase débil para trabajar en el campo, y fuerte para trabajar en la opinión. A los diez y ocho años abandonó la Normandía y se vino á París. El campesino se iba á convertir por un milagro de su insondable voluntad en escritor. París es un océano donde muchos se ahogan; pero donde también los hábiles marinos sociales bogan mejor entre el grande oleaje recogiendo los impetuosos vientos. Su primer idea fué buscar á su padre. Se presentó en su primer colegio. Madame Choisel no le dió ninguna luz. Fué á ver después al veterano que tanto le habia maltratado, al militar de las Pirámides; y éste le aconsejó que no armara escándalos. Redújose, después de una série de amargos desengaños, á cultivar las facultades verdaderamente excepcionales con que le dotara la naturaleza para las artes de la palabra escrita, facultades de una gran tensión y de una fecundidad infinita.

En aquellos tiempos, en 1824, reinaba la restauración. ese semi-absolutismo y ese semi-parlamentarismo. Y en tiempos de la restauración el Palais-Royal era el centro de París. Inmenso edificio henchido siempre de gentes, lleno de tiendas, de cafés, de garitos y de mancebas; era una especie de Babilonia del trabajo y también del vicio. Entre estas inmundicias morales se anidaban gabinetes de lectura, bibliotecas donde se reunía una gran parte de la juventud literaria. En estos centros de ideas comenzó Girardin á desplegar sus facultades propias para las batallas de la inteligencia.

Por fin encontró á su padre, un tanto oscurecido por las adversidades del Imperio. Aunque tan cruelmente habia procedido con él después de su matrimonio, no fué desoído el llamamiento del jóven al corazón del padre. La naturaleza recobrabá su voz y sus derechos. El antiguo general le buscó un cargo burocrático en uno de los ministerios de la Restauración. Entonces Emilio Girardin escribió un libro que era en parte la historia de su vida. El libro tenía por título su propio nombre; se llamaba *Emilio*. Hay en todo él un acento de amargura, un espticismo burlon, una atrabilis, un desprecio á las máximas y principios más corrientes y más admitidos, que debían dar mala idea de su autor, tanto más cuanto que éste pre-

sentaba todo aquel conjunto de ideas como el código de reglas de conducta en su vida practica.

Para combatir una ciudad tan materializada y tan egoísta como la sociedad de su tiempo, necesitaba fortuna. Para tener fortuna, y fortuna espléndida, como él soñaba, no basta el trabajo de un escritor, se necesita el cálculo de un comerciante. El templo del oro es la Bolsa; el cielo de donde baja la argentada lluvia de la fortuna improvisada es la Bolsa. Girardin recogió unos pocos ahorros que su padre le destinara para la época de su mayor edad, dejó el ministerio por desgracia de su protector, entró en casa de un agente de Bolsa, tocó orgulloso con sus manos la puerta del templo de la fortuna. Pero fué mal recibido: la fortuna le volvió la espalda. Se encontró arruinado. Entonces volvió á llamar al corazón de su padre. Este le rechazó friamente. Quiso sentar plaza. Los cirujanos militares declararon que su complexión era muy débil para el servicio militar. Entonces, sin nombre, sin protección, sin fortuna, sin familia, sin amigos; imposibilitado de consagrarse hasta el honrado, pero penoso ejercicio de las armas, desencantado de sus ilusiones más caras, desengañado de sus más queridas esperanzas; herido en el corazón y en la frente; abandonado á todos los combates de la fortuna en este inmenso París, donde la soledad en medio del tumulto es más triste que la soledad en el desierto, cruzó por su mente como la nube que podía contener todo su porvenir, la idea tempestuosa y siniestra del suicidio.

Para combatir con un gran ejemplo la resolución desesperada del suicidio; para comprender en una gran enseñanza los milagros de la voluntad, no hay como acordarse del pobre jóven próximo á naufragar el año veinticuatro, y que hoy fulmina sobre París los rayos de su elocuencia y consume mil veces á Europa entera con sus artículos.

Su primera resolución fué tener un nombre. Se decidió á tenerlo, y firmó: Emilio Girardin. Su segunda resolución fué grabar este nombre en la prensa: formó un libro. Su tercera resolución fué conquistarse una posición oficial, que en estos pueblos burocráticos son como un escalon para alcanzar todas las ventajas del renombre y de la fortuna.

Entonces tuvo la idea de fundar un periódico, sin dinero, sin redactores; un periódico destinado á reproducir todo cuanto se escribía en los demás periódicos. A este semanario le puso por título *El Ladrón*. De resultados de sus primeros ensayos en la prensa, tuvo dos duelos. En uno salió herido. En el otro tiró el sable, dió satisfacciones cumplidas á su adversario en el campo mismo: era su hermano. A pesar de tener los dos la misma sangre y ser hijos de una misma madre, no se conocían por la diversidad de su origen. Entonces renunció á la dirección de su primer periódico.

Mas habia nacido para la prensa, y no pudo nunca abandonar su campo de batalla. La Restauración se perdía cada vez más en las sombras reaccionarias, y Girardin fundó un periódico de oposición, que tenia altos patrocinadores en la corte, entre aquellos individuos de la familia real que veían el poder de la dinastía estrellándose en los escollos de una política aventurera y de retroceso. El periódico de Girardin, con su fuerte oposición, contribuyó á precipitar la catástrofe. Nadie se salvó de la antigua monarquía. Uno de los individuos de la familia real llegó al trono saludado por los tambores de la Milicia nacional y reconociendo el dogma de la soberanía de los pueblos, escrito en las barricadas con sangre republicana.

La era inaugurada por la revolución de 1830 puede llamarse la era del mercantilismo. Arruinado el derecho antiguo, y no victorioso todavía el nuevo derecho, se sentó en el trono de la soberanía y profanó el ara de la justicia. Todos los derechos fueron comprados y vendidos como en almoneda vil. El franco fué el número y la medida y el ideal de todas las cosas. El dinero fué el único soberano de aquella sociedad utilitaria. Para ser elector, oro; para ser diputado, oro; para ser senador, oro; para jurado, oro; y el oro, que es por su naturaleza incorruptible, es socialmente corruptor, cuando ocupa el lugar de la conciencia, cuando se erige en el dispensador único del derecho. Girardin formó entonces un periódico de conocimientos útiles, á cuatro francos al año, periódico que fué el germen de la prensa mercantil á fuerza de barata, que más tarde y en mayor escala debia inventar el mismo publicista. En esta época demostró sus grandes aptitudes económicas, fundando sociedades de socorro entre los trabajadores, cajas de crédito agrícola y hasta escuelas profesionales para los pobres. Convenció á los numerosos suscriptores de su revista, de que añadiendo un franco á los cuatro pagados anualmente, podían obrar estas maravillas por el poder nunca vencido de la asociación que Jouvier elevaba hasta el extremo de afirmar que si el mundo dejara el aislamiento entre individuos, entre clases, entre naciones, entre razas, que es hoy su principio de guerra, su ley de odio, y entrara francamente en las armonías de la asociación, podría pagarse con el producto de los huevos de las gallinas toda la deuda de Inglaterra.

Pero pronto se desencantó Girardin de estos sueños humanitarios. Su idea capital fué fundar una colosal fortuna que le diera una colosal influencia. Entonces armó, digámoslo así, una soci-

dad para fundar otro periódico más grande; el *Museo de las Familias*. El fué el inventor de esos anuncios monstruos con letras colosales de abigarradas viñetas, con admiraciones é interrogaciones revesadas, que llenan las esquinas de la capital del mundo, que todas las industrias han copiado en mayor ó menor escala y que le ha valido el título de hombre-cartel, de hombre-anuncio. Con estos medios publicó un almanaque titulado *Almanaque de Francia*, que le reportó grande lucro. Entonces tuvo su tercer duelo con un periodista que le acusó de haberse vendido al Gobierno.

Corrían los años de 1836. Girardin fundó *La Presse*, un periódico puramente mercantil, aunque bajo la advocación de una idea política. Por la mitad del precio que los otros periódicos daba la mitad más de lectura. La prensa entera podía destruirse en esta mortal concurrencia. No se provoca la ira de los periódicos sin suscitarse enemigos. No se suscitan enemigos tan formidables sin exponerse á luchar peligrosamente. Los periódicos comenzaron á lanzar dardos contra Girardin. Había entre estos periódicos uno que se levantaba sobre todos por su limpia fama, por su carácter estóico, dirigido por aquel ilustre Carrel, nunca bastante llorado, que había consumido su vida entera en defensa de la libertad, lo mismo con la pluma que con la espada. Girardin y Carrel tuvieron un duelo. Girardin mató al tribuno más popular de Francia. Esta muerte ha estendido una sombra tristísima sobre su vida.

Después no ha vuelto á tener duelos. Un día llamó al escritor Bergeron regicida. Este fué al teatro donde el director de *La Presse* se hallaba con su mujer, la hermosa é inspirada Delfina Gay: entró á mitad de la representación en el palco vecino, que estaba desocupado, y llamando la atención de todo el público por un gran grito, le descargó una terrible bofetada, aguardando con los brazos cruzados y el ademán amenazador las represalias. Girardin se levantó indiferente de su asiento, se fué á la mitad del palco, lejos del alcance de su adversario, y se sentó como si nada hubiera sucedido, viendo hasta el final de la función. Al día siguiente se querelló ante los tribunales.

La Presse no tuvo nunca un color bastante fijo, nunca una idea definida; giró á todos los vientos por una idea falsa, por una concepción falsa que tiene de la vida, y otra idea falsa, otra concepción falsa que tiene de la política. Girardin olvidó que los escritores, los oradores, los publicistas, solo son grandes, cuando se convierten por toda su vida en astros que giran al rededor de una idea. De ella reciben su luz, de ella su fuerza, de ella su vida; porque esa idea es el sol. Pero cuando los escritores, cuando los oradores se convierten en el centro del Universo, cuando se valen de la política sólo para que los realce, y de las ideas solamente para que los ilumine, entonces los escritores pierden el don de la propaganda y dejan de servir á la humanidad, único título de gloria, única prenda de inmortalidad.

¿Para qué se quiere una gran palabra? ¿Para enseñarla como enseña una cortesana un collar de perlas y diamantes? ¿Para qué se quiere una pluma? ¿Para procurarse con ella una posición que es más fácil encontrar en el comercio de cualquier mal oliente estiércol? ¡Oh! No. La pluma y la palabra deben servir para la humanidad, para llevar un rayo de luz más al foco de la conciencia humana, para llevar un arroyo más al océano de las ideas.

La falsa concepción política tiene un doble aspecto; es de conducta y es de doctrina. Girardin quiere ser tan independiente, que ni siquiera puedan los partidos deberle nada, ni él deber nada á los partidos. Error, funesto error. En política no podemos hacer nada solos, abandonados; necesitamos la legión sagrada de los que creen lo que nosotros creemos, de los que piensan como nosotros pensamos. La filosofía es una ciencia más especulativa que práctica. Y sin embargo, los grandes filósofos han fundado siempre escuela. Pues bien: las escuelas políticas son los partidos, son esos ejércitos que necesitan disciplina, abnegación, sacrificios, todo por una idea. Solo así pueden brotar estos árboles de nueva vida que tan difícilmente se aclimatan en el mundo.

Su concepción de esa idea política, no es menos errónea que su concepción de conducta política. Dice que ama la libertad y lo creo. Pero ha olvidado que no se puede pedir la libertad á poderes que solo pueden fundarse en su derrota y solo pueden sostenerse en sus ruinas. Si Girardin hubiera sabido que la libertad tiene su propia forma, su idea propia, no hubiera apoyado la candidatura de Napoleón Bonaparte á la presidencia, ni hubiera pedido la libertad al imperio. Los Bonapartes no tienen tradiciones de libertad sino tradiciones de dictadura. ¿Cómo un hombre que se precia de predictor no comprendió esta sencilla verdad?

Pocos hombres han tenido más brillantes cualidades, pocos han ocupado una posición más alta. Redactor de *La Presse* durante la monarquía de Julio y la República; redactor de *La Presse* también y de *La Liberté* durante el imperio, su pluma ha gritado tan fuertemente sobre el papel, que se ha oído entre el fragor de las tempestades, entre el bramido de los combates, como una de las limas indubablemente más vivas de esta inmensa maquinaria de la sociedad moderna. Pero no basta esto, no basta. Para hacer algo estable, se necesita, antes que todo, la inspiración de la fé; para llegar al

coro de los inmortales, se necesita, sobre todo, el heroísmo de la fé.

EMILIO CASTELAR.

París, Agosto, 1868.

RECUERDOS DE LA PÁTRIA

DEL POETA COLERIDGE.

(Conclusion.)

III

Las alegrías reparadoras, ganadas en aquellas excursiones tan libres como piadosamente respetadas por los míos, curándome á tiempo de la especie de panofobia que en mí, como en otros muchos de mis contemporáneos, había engendrado la dosis de barbarie antigua que vino á saturar nuestra última revolución; hallaron su complemento digno, de sanas se hicieron santas, con la lectura de libros viejos que me eran perfectamente nuevos. La poesía de los llamados *lakistas* ó *laquistas*, me fué revelada como el primer hogar de la literatura moderna. Una noche de luna,—y allí como en todas partes la luna siempre es reina, ó bruja de Lancashire,—después de haber estudiado por largas horas el cielo en las páginas de plata de mis lagos, volví á mi cuarto de Claybáram para encontrarme sobre la mesa otros libros, otras páginas no menos sorprendentes, que reflejaban con doble hechizo firmamentos más profundos y constelados. Eran volúmenes abultados, leídos, muy leídos y enriquecidos de notas manuscritas en sus márgenes por casi todos los individuos de mi nueva familia. Contienen principalmente las obras poéticas de Southey, de Wordsworth y de Coleridge. Estos géneos de tan distintos caracteres y circunstancias, habían venido no obstante árrastrados por el mismo impulso á habitar las orillas de los mismos lagos, á templar la lira y ennoblecer á la Musa en santuarios de familia, perfectamente íntegros, que los cataclismos revolucionarios de dos siglos en Inglaterra no habían podido menoscabar. La casita del collado de Claybáram fué muchas veces favorecida por tan ilustres huéspedes: allí fueron con frecuencia á celebrar las agapes de la amistad y á ejercitarse en la improvisación reanimados por el vino posprandial. La familia conserva preciosos autógrafos, estensos manuscritos de los tres amigos con otros no menos interesantes del inolvidable Lytton-Boulwer, en donde aprenden á deletrear séres queridísimos llamados á perpetuar las generosas tradiciones de la familia G. de M.—Wordsworth residía habitualmente en Grasmere, pueblecillo del Westmoreland; Southey en Gretha, grandioso palacio donjonado que domina la ciudad de Keswick y apenas dista cuatro leguas de Grasmere; Coleridge, por lo regular, en nuestro Claybáram.

Estos tres poetas que los críticos estudian siempre juntos, como una trinidad inseparable, ni estudiados en sus biografías respectivas, ni en pacientes paralelos de sus obras, ofrecen al que prescinde de esa crítica autoritaria, grandes puntos de semejanza, ninguno de contacto fuera de la vocación con que cada uno de ellos siguió su rumbo, y del acierto que tuvieron en escapar á la atmósfera de Londres para ir á refrescar la mente en un centro de vida superior, más libre y racional. Coincidieron así en lo más importante sin haberse concertado previamente para ello; aunque, al fin, los vemos atraídos irresistiblemente al concierto amistoso de las almas, á la consagración de las afinidades electivas, á la realización en su parnaso de aquella independencia individual y aquella libertad soberana, que hallaron anidadas en el seno de la familia modelo, en el más privilegiado *hom* de la Inglaterra patriarcal. El ideal de fraternidad realizado por ellos en el santuario de la poesía, desmintió por excepción sublime la sentencia vergonzosa que califica las inconsecuencias de los vates y de los artistas de todos los tiempos:—*gens irritabile*!

Mi asombro subió de punto al descubrir allí en aquellos libros tan de veras originales, los gérmenes puros de innumerables obras literarias, filosóficas y poéticas, orgullo del génio francés, que habían exaltado mi primera juventud. De la familia laquista, efectivamente, aprendieron los hermanos Guerin á expresar en un lenguaje más del alma que el de las cartas de la Sevigné, el misticismo del hogar y la dulzura balsámica de los efectos ántes sororales que fraternos. Allí recogió Moutalembert sus acentos más penetrantes para ser digno campeón de las tradiciones del pasado que las revoluciones habían dejado usables y singularmente de aquellas que los ingleses revolucionarios de la poesía habían probado ser al mismo tiempo que principios generadores de la inspiración fecunda, esenciales condiciones del hogar materno.

Laly Craven realizó en su *Recit d'une sceur* el poema que Moutalembert, ya laquista había soñado después que terminó su leyenda épica de *Isabel de Ungría*. Lamartine se inspiró para su *Graciella* y sus *Confidencias*, en los poemas deliciosos en que Coleridge había iniciado la revelación de los interiores amados, la gran poesía íntima, como florecencia é irradiación de la familia cristiana.—Pero el primer *lakista* francés, el plagiario más discreto en este ramo del arte renovado, fué desde luego Sainte-Beuve. Pensamientos completos de Coleridge, y á veces no flores aisladas solamente sino la planta entera, el rosal

de Pestum arrancado de raíz del jardín original, aparecen todavía con sus aromas virginales en las querellas de *Josef Delorme*, y en las páginas más místicas de *Volupté*, y en los poemitas que dicen haberse inspirado en el lago Lemán, y en la prosa serena y tranquila de la apología de *Port-Royal*, del claustro con espíritu, no ya de secta, sino de familia, y que Sainte-Beuve admiró por esto, como un inmenso *hom* abierto á las almas creyentes pero ya desconfiadas, tráfugas de los claustros, ya sin virtudes maternas.

Expatriado en Inglaterra fué cuando halló Víctor Hugo los acentos de ternura de que había carecido hasta entonces su lira hiperdante-ca; como si le hubiera sido urgente á su génio, que necesitaba ya de nuevos focos de vida, enagenarse momentáneamente de su glorioso pasado, perder de vista la Francia que vitoreó sus soberbias egoístas de *Olympio*, para sentir en otra parte las influencias penetrantes del *chez-soi* independiente, del *hom* soberano en el estado libre. Aquí, en esta cuna de renovaciones á la continúa, fué cuando recogió el idólatra de París los amores puros, que París desconocía, indulgentes, pacíficos y redentores, de la gran trilogía de los *lakistas*. En los últimos y más amables poemas del abuelo de *Jeannete* hallamos delicadezas cordiales, caricias angélicas que ya nos habían sorprendido, compenetrado, en las efusiones de Coleridge y de sus colegas. Pero más clara evidente que V. Hugo, más sensible y quizás más pensador, fue otro de los fundadores de la escuela romántica, Alejandro Manzoni, quien supo hacer lo más difícil en los períodos de innovación, negarse á los extravíos de la invasión exuberante de las últimas doctrinas para recoger los mejores únicamente, consagrándolos con el contacto y comunión de los principios imperecederos de revoluciones anteriores. A la intrepidez y osadía del romanticismo naciente unió Manzoni los secretos de la literatura sacerdotal de los laquistas ingleses. Harto lo acreditó la novela sin par entre los italianos, el modelo aún para los alemanes, de lo que Goethe apellidó *epopeya doméstica*, el primer libro ameno de la familia contemporánea, el mejor regalo de muchas bodas, el aguinaldo más cristiano de nuestras *Navidades*.—*I Promesi Sposi*.—Este monumento literario hizo más simpática la patria de Alfieri, Silvio Pellico y Manzoni á la patria de Goldsmith, autor de *El Vicario de Wakefield*, monumento equivalente.

Los mal llamados *lakistas* fueron por lo tanto los verdaderos fundadores de la literatura íntima, apasionada, psicológica, trascendental, eminentemente verídica. Pero ellos la iniciaron mucho más noble y más útil que como apareció muy luego en la mayor parte de los imitadores, los cuales, para ocultar el plagio, si no para amoldarla á las exigencias y caprichos de otras sociedades menos sólidamente constituidas que la inglesa, acabaron por hacerla menos púdica y perderla en intimidades ilícitas. Para los *lakistas* la poesía y el arte que nacían de la necesidad de reposo, del deseo de paz reparadora, después de las luchas prolongadas de la reforma político-religiosa, debían ser una fuerza más de restauración que amalgamase lo mejor del pasado vencido con las conquistas más vitales del último progreso: la poesía singularmente debía ser el reposo encantador de la obra laboriosa de la vida, la vivificación de los afectos, el paracleto del trabajo cotidiano. Se dieron por misión el arte de transfigurar los hechos cansados, comunes, monótonos del hogar; dar un sentido más alto al dolor humano, exaltar los entusiasmos y las grandes ambiciones pero reduciéndolas á modestos heroísmos dentro de la sociedad limitada, púdica y secreta de la casa. La vida es un don celeste, un privilegio divino; sean para ella en adelante los cantos sagrados del moderno *Kinnor*, y para el trabajo los acentos guerreros de nuestra *paramesia* y de las otras cuerdas de oro destinadas á despertar el valor. Tal fué la última palabra de los nuevos vates. Pero sus imitadores, los que aparecieron en Francia con la revolución del 30, entre los apóstoles del romanticismo, con menos fé y esperanza en el bien que en el mal, más seguros del dolor que de la vida, más cansados de todo trabajo al empezar lo que los ingleses al concluirlo; se propusieron que la poesía renaciente no fuese sino—«una dolencia más, suprema, sutil, contagiosa,—en frase de uno de ellos, el más creyente acaso, Sainte-Beuve;—«una nueva desventura, que no un don ni un privilegio; un rocío amargo y venenoso para frentes abrasadas por la fiebre.»

Los unos y los otros, sin embargo, fundaban sus opiniones tan distintas en el espectáculo que ofrecía tanto en Francia como en Inglaterra y Alemania, la muerte del régimen antiguo; y el soplo del escepticismo secando hasta en sus raíces más recónditas la fé que había creado las maravillas de la Edad Media; y las ilusiones y las confianzas marchitándose desde su primera hora miserablemente. Pero los que primero lamentaron tantas ruinas no lo hicieron sin apresurarse á sustituir lo perdido con elementos nuevos de esperanza. La poesía heroica, la clásica pura, era ya imposible. Aquella en cuyos cantos revivía el espíritu de una raza y palpitaba la historia de una generación ó de una dinastía y daba formas á los sueños é ideales de una patria naciente, como las epopeyas de Homero y los dramas de Shakespeare; había tenido por elemento inicial de inspiración las misteriosas oscuridades del templo con sus tradiciones. Destruída ó menoscabada es-

ta cuna de ideas generadoras, pasó á sustituirle como foco de vida universal, con su atmósfera no ménos sagrada, con sus misterios no ménos religiosos y augustos, el domicilio, el templo de la familia. La familia, emancipada por los esfuerzos de hace tres siglos, de la autoridad del templo y de la tutela del claustro, del despotismo militar y de los exigencias de la guerra; de todas las intrusiones, en fin, que la habian atrofiado, anulado mejor dicho, con mil diversas evirilaciones; con el exceso de anacoretismo y sus atumias, con la horrenda misopsiquia de los fanatismos martirizantes, con los votos eternos en unos pueblos, con la poligamia en otros, custodiada por la integridad vigilante de los eunucos; apareció, despues de los cambios y disturbios de la Reforma, como el fin providencial y el puerto de reposo de aquella guerra y de aquella evolucion. De la familia, ya en posesion de sí propia, debieron salir como salieron, cada una á su tiempo, todas las libertades públicas renovadas, empezando por las del Municipio; y todas las libertades individuales hasta allí desconocidas, empezando por las de la conciencia y las esenciales á la inspiracion creadora. Estas fueron al ménos las consideraciones de Coleridge al pulsar la lira por primera vez.

Muy otras son las que alientan la poesía íntima de algunos de sus continuadores hasta hoy, tanto en Inglaterra como en el continente. Estos se desinteresaron y se desinteresan cada día más, de la obra comun de sus conciudadanos, del combate serio de la vida, del culto de las libertades domésticas y públicas, para concentrarse en sí mismos, en el yo céntrico é infecundo, y pedir exclusivamente á la inspiracion solitaria lo que al principio habian demandado al foco de las inspiraciones generosas y á los ideales de sus respectivos pueblos.

Southey, Wordsworth y Coleridge, se mantuvieron consecuentes con su doctrina, creyendo siempre que para crear es indispensable que el poeta salga de sí mismo, se difunda en cierto número de seres, anime la realidad que le rodea y limita, con excesos de vida propia que extrae de lo íntimo de su corazón en repetidos holocaustos. Y llegaron á prever además que toda literatura, toda poesía, todo arte, como se encierran sistemáticamente en la personalidad del génio creador, quedan inhábiles para las creaciones de larga vida, y condenadas á perpétua esterilidad.

IV

La poesía de los lakistas en toda su pureza primitiva, fué la aplicacion al culto debido á la familia, de las graciosas teofanías de aquel establo mesiánico, arquetipo del hogar libre, adorado por tres reyes que abdicaban en nombre de todas las monarquías ante el dintel más sagrado. Fué para esto la fundacion de un misticismo eficaz, muy superior al estéril misticismo del cenobio que á veces no significaba sino deísmo y angelismo hebreos, sutilmente escondidos en el seno del cristianismo de la Edad Media; y otras veces acusaba una especie de fé morbífica, devocion tocada de budismo, huyendo de la vida presente para excusarse de las grandes pruebas de la caridad. Y fué en resumen la lírica que alabamos la consagracion de una mística valiente, sororal, sociable, que reconociese como la primera de las obras comprobantes de una fé viva, los trabajos y dolores bien sufridos del hogar doméstico.

El mérito distintivo de esta poesía por su índole más personal es el acento de emocion verdadera, profunda, apasionado llamamiento á los corazones simpáticos.

Southey se complace en reproducir las formas exteriores, los contornos precisos, las imágenes palpables, las realidades más vividas. Wordsworth embellece, transfigura las cosas más vulgares y comunes de la vida; hace princesa á la Cenicienta, pone en el relato más sencillo, en la relacion más infantil las intenciones soberbias de un épos ímplexo, reviste y engalana con púdica misericordia las indigencias más desnudas de la realidad con todos los ropajes y estolas del pudor virginal y de la dignidad imponente, desde el manto régio y la falda caudal hasta el velo de la desposada y los cendales de la cuna, sin apelar nunca á la hoja de parra de las hipocresías, ni al sudario del cinismo sobre las esperanzas, las ilusiones, las creencias y los pensamientos inocentes. Coleridge lleva las compasiones respetuosas de Wordsworth á existencias y regiones ideales en donde trata de favorecer indigencias de otra índole: emplea su caudal poético en hacer vivir y palpar las sombras del mundo fantástico, introduciéndolas en la atmósfera de nuestros interiores. Sus versos son de una armonía magnética que se apodera irresistiblemente de las almas ávidas de fraternidad. Su génio munerabundo comunica una existencia comprensible, popular, casera, á los sueños más alambicados. Southey habita la tierra sin inquietud; Wordsworth gira en derredor de la belleza en que Southey reposa, mientras Coleridge tiende á reposar en donde las estrellas giran. Valiéndonos de sus comparaciones más familiares, podemos decir que Southey es la golondrina segura de honrar con su nido, sus alas y su canto, las cornisas suntuosas, las torres y los altares lo mismo que los establos. Wordsworth es la alondra amiga de volar mucho, y que necesita volar subiendo para poder cantar sus alegrías y sentirse las alas; pero en perfecta vertical, siempre sobre

el nido que yace en el fondo de un surco; y por el ritmo lento de la ascension parece que lo lleva pendiente de sus alas con una hebra sutilísima como la que extraen de sus entrañas las arañas. Coleridge es el águila en continua *excelsior*, entre el *hom* elevado sobre la colina y el sol. La hipercritica francesa, ó sea el gnosticismo moderno que todo lo simplifica, en apariencia por desden, y realmente por pobreza de ingenio exegético, no se ha detenido nunca á es udiar aisladamente la originalidad de cada uno de estos vates. A los tres los confunde invariablemente en las mismas apreciaciones, y bajo la denominacion arbitraria, absurda de *escuela y pléyade lakista*.

De los tres el más simpático y el más mirífico es Wordsworth. El más mirífico porque es el más original, y el más simpático porque es el que procura más ahincadamente humanar su poesía. Su génio pindárico le asemeja al panorama que le rodea, no emite una sola idea sin rodearla tambien de infinitos detalles de suma delicadeza. Sus poemas ofrecen un millon de variedades miserocópicas que sorprenden sobre las profundas oscuridades de su metafísica. Los pensamientos de Southey, gran filósofo tambien, aunque más prendado de la forma que de la poesía de Horacio, es medio pagano todavía en sus mejores inspiraciones. Vivos resplandores orientales las coronan, y los ojos, habituados á las penumbras cristianas del hogar, se cierran y lloran ante aquella poesía demasiado libre. El pensamiento de Coleridge es el que de veras posee las propiedades especulares de los lagos, enseña como ellos cielos y visiones gloriosas, prontas á desaparecer al menor capricho de los vientos. Es á veces impenetrable, incoexible, recóndito: sus estanzas más sonoras pudieran juzgarse á la primera impresion como puros fragmentos musicales, como poemas de Beethoven á los cuales no es fácil ajustar palabras, aunque sí pensamientos, porque exaltan el espíritu más apático á las ardientes aspiraciones de la plegaria ó á la conversacion con los amores que perdimos. Y así como la frase melódica es la perla escondida en lo profundo de las armonías plenisonantes de Wagner, incitando al alma á sumergirse, á manera de búzaco, para dar con ella en los abismos: así el pensamiento original y revelador de Coleridge impone el vuelo de los arrobamientos en los que intentan compenetrar su alto sentido. Sus poesías melancólicas son como horizontes llenos de clamores lejanos, de llamadas que no dicen claramente lo que piden ni lo que prometen, ni lo que lamentan, con cuyo prestigio de lontananzas crepusculares resulta que Coleridge, siendo el más rústico de los lakistas en el sentido de su escuela, es el más alemán de todos los poetas ingleses, sin exceptuar á Shelley, por el estilo ondulante y circunfuso. Muchos de sus poemitas recuerdan aquellos vapores cuya masa sube de los lagos á acumularse sobre las cimas altas para que más pronto los compenetre el primer rayo de la mañana, y desaparecer en la luz, morir en la vida.

¡Con qué delicia inefable, con qué ardor de amante leía yo al último bardo osiánico de Albion, en sus márgenes predilectas y perseguía el sentido de aquellas elevaciones, subiendo así del lago de lágrimas de mis pesares ya tranquilos, al pílagro de llamas en donde es dulce y santo naufragar!

¿Pero merecen de cierto los poetas lakistas que se los distinga como en escuela aparte, sin relacion alguna con otras, contemporáneas y posteriores de aquel mismo país, y que se los dé un título tan singular tomado de la naturaleza sensible? ¿Basta para justificarlo, que la impresion general de sus obras en todo espíritu cogitabundo sea el extremar su tendencia á las abstracciones, sea ese sentimiento de melancolia tan invencible como el que surge de la mansedumbre de los grandes lagos, como los desmayos del día, como las penumbras é indecisiones de la tarde en aquellos contornos pacíficos, como los rieles y temblores de la luz allí, que no parece sino que el sol en tales comarcas muere de veras y se sepulta en el cristal de aquellas aguas?

¿Quiéren decir los críticos conformes con la opinion de Taine que la inspiracion está fatalmente sujeta á las condiciones de los medios sensibles en que el poeta vive? Pero no es verdad que la inspiracion sea tan panteísta.—Acá en el corazón de Europa tenemos además los lagos más bellos y con más alma, de todo el orbe, que no han inspirado, sin embargo, ninguna poesía original. Ningun vate de las Helvecias de Calvino ó de Juan Svinglio ha podido abandonar su musa con amor decidido á los encantos del Leman majestuoso del Zürich siempre risueño, del Constanza aljofarado del patético lago lucernense. Verdad es que ni tan grandiosos depósitos de rocío de vida, bastan á fecundar almas que desecaron el simún calvinista ó el esvingliano.—Ginebra no ha dejado nunca de ser Calvinópolis.—Los poetas valdenses, empezando por Justo Olivier, viven tomando prestada la lengua y la inspiracion á los franceses para decir que no son franceses. Alejandro Vinet, que hubiera podido ser el primer vate de la moderna Suiza, lo mismo que gran poeta francés, si hubiera adoptado la patria de Lamartine, se perdió en los tormentosos fanatismos de sus conciudadanos. Como tantos otros espíritus, aptos para renovar las grandes cosas é iniciar épocas de esperanzas, el autor de la más completa *I Cristomatia* francesa, no sacó del sol del Evangelio más que el tabardillo

del Evangelismo. Para que el Leman tuviese cantores divinos, para que sus aguas al chocar con los muros de Chillon significaran lamentos del mártir Bonivar, fué necesario que Byron y otros vates ingleses viniesen á pagar algunos días de hospedaje en las fondas de Losana ó de Montreux.

Lo que primeramente revelan las obras clásicas, orféricas, de Coleridge y sus hermanos, es un estado moral de serenidad sostenida en los vates, una placidez de conciencia imperturbable, una regularizacion de la vida en cauces anchurosos, fiel y caballeresca devocion á la sagrada musa; todo lo cual coincidía por muchos aspectos con la significacion general de la belleza panorámica que contemplaban continuamente sus ojos. Pero el contacto y comunión con el alma de los lugares, el sentimiento de la naturaleza no habia influido sino accidentalmente y en corta proporcion en aquellas almas que buscaron el primer secreto de su habilidad y la unidad de carácter y destino, en virtudes superiores de otro orden, en una mision preconcebida con fé, y en la consagracion de la vida al triunfo de aquella idea soberana, muriendo á todo lo demás que retardara el supremo fin. Para prepararse á la inspiracion y merecerla, empezaron por el primer esfuerzo de un alma heroica, el de tomar posesion de sí, lo que no es factible sino practicando la vida de concentracion. Homero debe á la muerte del sentido que más rápidamente y en portentosa totalidad abarca y absorbe los infinitos detalles de la naturaleza, aquella intensidad sin igual de su génio creador. Si Milton no hubiere perdido tambien la vista no hubiera visto la luz lejana del Paraíso perdido.

Emersson, jefe de la escuela trascendentalista americana, ha sentado por principio condicional de su doctrina innovadora esta verdad inconcusa: *The hero is he who is immovably centred. El verdadero héroe*,—cierto, en medio de la naturaleza y de la vida vertiginosa de nuestras ciudades,—*es el que vive su vida propia inmutablemente concentrada*. En otro lugar dá una sancion terminante á su virtud:—*The one prudence in life is concentration, the one evil is dissipation*. La disipacion anula nuestro carácter y nuestro destino individual seguramente. Claro es que no se trata de la concentracion en el yo exclusivo é inexorable, ni en la idea fija que exalta hasta la demencia, sino del recogimiento de esto que cada uno puede llamar *vida suya* en un horizonte escogido de la vida general. Johnson aconseja precauciones escrupulosas al ponerse el vate en contacto con la naturaleza sensible, y profundo desden á las imposiciones ajenas, á la opinion pública sobre todo, miedo á la atmósfera moral nefítica de las muchedumbres, al despotismo eucaliario de los partidos, á las exigencias de la voga, á los reclamos de la popularidad.—Emersson, por consiguiente, se inspiró en los consejos y en el ejemplo perseverante de Johnson.

Los ejemplos de procedimientos contrarios abundan en el Parnaso de Inglaterra. Chatterton que escribió á los doce años poesías superiores á las de Pope y Cowley, considerados como los más puristas de aquella literatura nacional; pudiendo haber sido un astro de superior magnitud, pereció por haberse inspirado en la mentira á que le arrastraron los aplausos de la lisonja. Keats, el autor de *Endimion*, poema que prometia un Homero, pereció por miedo á la crítica. Shelly se suicidó en la flor de la edad, por haber renegado del hogar paterno. Byron hubiera sido más homérico si la inconformidad con sus defectos físicos, si el rencor vengativo contra la misma familia que habia fundado, y el odio inútil á la hipocresía bíblica de una mayoría de sus conciudadanos, no le hubieran vedado los impulsos generosos del génio paciente. Collins, que sorprendió á todos sus coetáneos, siendo aún muy niño, con su ditirambo de *Las pasiones* y su poema de *El crepúsculo*, murió como poeta por haberse alejado del retiro de su aldea para lanzarse al torbellido de Londres y, Salomon caído, someterse al imperio de aquellas mismas pasiones, que habia definido con prestigio profético en su adolescencia.

Pero Cowper, muy al contrario, buscó la inspiracion en una fé, en la fé religiosa con perseverancia, y sin encerrarse en el claustro, ni enamorarse de las ruinas, aislándose de los amores y de los medios que esclavizan, ha dejado páginas imperecederas en donde la posteridad que le estudia descubre la estructura de monumentos arquitectónicos venerables: tan sorprendente es la semejanza de su poesía con las creaciones de piedra edificadas de los siglos medios, y el aspecto de maciza sinceridad de sus estrofas, unido á las elevaciones, sinuosidades, transparencias etéreas y filigranas juguetonas de una catedral gótica!

Coleridge, Wordsworth y Southey buscaron lo condicional á la práctica de su fé, concentrándose en la atmósfera mesurada, rítmica, ya más favorable á la libertad del corazón y del génio, la familia. Familias modelos del Cumberland y del Lancashire salvaron y protegieron con su indeleble consagracion aquellas perseverantes vocaciones. Los que hemos sentido allí, en aquellos centros donde se ama mucho y se perdona más, el calor igual que las almas piden, la incubacion de ideas sin odio bajo la sombra de alas maternas, sabemos que no hay medio más propicio al desarrollo de la vida intelectual, ni poder más alto de ennoblecimiento. La purificacion de las democracias, la aristocratizacion de la libertad moderna está en el hogar, en la misma fuente de las tradiciones pa-

triarcales que fué también garantía de las nobiliarias.

La familia, como la comprendieron Wordsworth y Coleridge, es un *nescio quid* absoluto en la corriente disipada y fugitiva de la vida exterior, un centro inmóvil dentro del torbellino de las sociedades. Es el fondo, la sustancia de la vida intensa. La cuna convertida en barca de salvamento. En este oleaje que nos empuja á los arrecifes y alternativamente nos abandona á la atracción de los vórtices, sucede, es verdad, que la barca bendita pelagra por las mismas borrascas que nos amenazan, pero nunca perece ella del todo, para seguir ofreciéndonos algún sosten y á la vez adormecer nuestras alarmas haciendo de sus vaivenes sobre las olas tormentosas, recuerdos de sus columpios cuando era solamente cuna. Con frecuencia sucede que si la barca se hunde al fin antes que nosotros, no cede al abismo sin dejarnos algún resto de su riqueza ó un despojo de su armazón, un mástil flotante para el mísero naufrago, una madre doliente, un niño sin madre, una hermana sin porvenir, un criado fiel hasta la muerte; y mientras aquello nos dura, dado nos es seguir saboreando las esperanzas serenas de un hogar, de una barca propia, de un soporte inmóvil sobre la perpétua movilidad de las ondas. Así persevera en evitarnos los peligros del yo aislado, de este yo que no posee por sí solo bastante superficie para sostenerse y flotar y resistir; y menos ahora que el elemento religioso y su fuerza nos faltan por que se van á cumplir otros fines que no nos interesan. El yo, sin los auxilios de una Iglesia, ó sin los apoyos de una familia, es en resolución otro mar, un Mediterráneo con el inconveniente de los arrecifes y la proximidad inevitable de las costas.

La familia, pues, nos ha quedado como el único bautismo y salvación de la libertad individual. Aquí nadie está esclavizado por la palabra de ayer, ni por la situación penosa de hoy, ni por promesas indiscretas, ni por la necesidad de complacer y adular. Aquí nuestros errores se compadecen, son considerados como enfermedades. Se curan, si es posible; no se condenan, porque esto es imposible. Aquí no hay más cadalso que el lecho de dolor-mullido por consideraciones providentes. Nuestro espíritu conserva incólumes sus derechos; los de ser sincero sin peligro, inocente sin hipocresía, ignorante sin mengua, expansivo ó concentrado como lo exijan los impulsos é incertidumbres inmodificables del corazón. En este mundo concentrado abundan, sin embargo, los momentos de inspiración santa, en que el alma puede surgir altiva, intrépida, soberana, sin que aparezca el yo mundanal compuesto, vestido, artizado, disfrazado, artificial en parte; no: sino el yo con desnudeces del Paraíso, con su vida espontánea, viril; activo sin esfuerzo; arrebatado por lo hermoso de la abnegación, lo saludable de la energía, lo santo del trabajo. En la familia es en donde se conocen los dolores más tremendos, para los cuales está de más (ó de menos) el mundo que nos rodea, la sociedad que nos llama con sus atractivos y sus promesas. Esta es la gimnástica de las almas libres, esta de los dolores domésticos angustiosos que en ninguna prueba de las sociedades, que en ninguna abnegación de las soledades del claustro se encuentran. En estas grandes crisis de la vida del hogar, nadie puede ayudarnos ni á vivir ni á morir: la necesidad de ser independiente y bastarnos á nosotros mismos se nos impone.

Aquí está la escuela del verdadero valor personal, aquí el campo de batalla de la libertad contra la fatalidad-legión, el estadio de los heroísmos desinteresados que convierten su bandera en velo pudoroso, para que nadie se entere, nadie nos admire, nadie se intruse á premiarnos. Aquí está, en resumen, el Parnaso de los lakistas. ¡Quién pudiera contar las bellezas, las estrofas, ramilletes de ellas, los infinitos secretos de edificación y de paz idílica, de ternura bien sentida, de gracias ingenuas, que atesoran aquellos libros escritos, y algunos de ellos, hasta impresos en el *hom* de la Inglaterra pensadora! ¡Quién pudiera analizar las canciones aladas que semejantes á bandadas de palomas con una fresca rama de olivo en el pico de coral, se ve que han salido del arca santa de las libertades salvadoras!

La *Oda á la libertad*, de Coleridge, escrita cuando las inconsecuencias asesinas de toda revolución vinieron á burlar las ilusiones del amable utopista de la *Pantisocracia*, ilusiones que debió á la primera República francesa, y al ciclo filosófico que la había preparado, es el poema típico de los Teócritos y Tibulos, de los Ovidios y los *Tristium* de la Cumberlandia. Hugo Fóscolo se inspiró en la incesante lectura de aquél himno de lágrimas incomparable, protesta de la buena fé y de la equidad contra las tiranías de la plebe en revolución, para escribir las páginas más conmovedoras de su *Jacobo Dórtis*, el Werther patriota, el adalid dantesco de la moderna Italia.

TRISTAN MEDINA.

APUNTES

PARA UN LIBRO DE FIESTAS Y COSTUMBRES POPULARES

La Virgen del Valle.

Hay fuera de los muros de Toledo y á la otra parte del río, unida á ella por los puentes de Al-

cántara y San Martín, una pequeña ermita, objeto de la particular predilección de los toledanos, que acuden casi en masa á su fiesta el día 1.º de Mayo, día que abre con su tyrzo florido la puerta de ese mes tan hermoso en que la naturaleza, tendida sobre lecho de rosas tempranas y claveles á medio abrir, parece reclinarse sobre ellos, embriagada por su perfume, para absorberse en su felicidad: esa ermita es la *Virgen del Valle*.

El primer año que pasé en Toledo, desconocía yo hasta su existencia, y al salir de mi casa el día de su fiesta, observé con asombro que todas las tiendas estaban cerradas y nadie transitaba por las calles. La población había emigrado de sus casas, y bien temprano era cuando emprendí con ella la marcha hacia la festejada ermita. Pasé por el hospital de enagenados, reconstruido en el siglo XVIII merced al ardiente celo y caridad de Lorenzana; dejé á un lado la histórica puerta del Cambrón, prisión de Estado en los sombríos tiempos del sombrero Felipe II, y el derruido alcázar que la tradición hace palacio famoso de D. Rodrigo, el rey desgraciado de la rota del Guadalete, y pasando por una puerta en que yo no sé quién ha querido imitar la arquitectura antigua, consiguiendo tan sólo erigir un verdadero padrón de ignominia para el gusto artístico del siglo XIX, crucé el puente de San Martín, teatro tantas veces de luchas fratricidas entre Don Pedro I y Don Enrique II, y en cuya nave central se apoya el busto en piedra de la animosa mujer que, haciendo gala de valor é ingenio, logró salvar de la deshonra á su marido, el arquitecto del mal calculado puente. Una vez fuera de él respiré con más libertad. Me hallaba en pleno campo, en plena luz y, sobre todo, en plena primavera.

El día era radiante; uno de esos días en que la creación parece recogerse y regocijarse en su hermosura. El sol subía espléndido al zénit semejante á un globo de fuego suspendido por lazos invisibles en la inmensidad y envuelto en la roja melena de sus rayos, vertiendo como polvo de oro sobre la florida tierra. El cielo era azul, y en toda su extensión no mostraba la más ligera nube.

El camino es libre y despejado, y la naturaleza lo adorna con sus galas, y los viñedos con sus cepas, cuajadas de racimos, y los albaricoqueros con sus ramas cargadas de fruto, y las olivas con sus blancos botones. A la izquierda está el río, cuya tersa superficie riza el menor soplo de viento; á la derecha los frondosos cigarrales entre cuyas ramas espesas embota el sol sus rayos. Por un lado, suena el murmullo eterno de las aguas que corren sin cesar por su estrecho cauce chocando contra las peñas que, á lo mejor, encuentra en su camino; por el otro, gorjeos de pájaros ocultos entre el follaje y zumbidos de insectos colgados de las hojas de los arbustos.

Y no faltan, durante el trayecto, recuerdos que ocupen el pensamiento del viajero y pongan en actividad su imaginación, sobre todo si es uno de esos seres soñadores que todo lo ven como á través de un velo, túnica leve de que viste al mundo su fantasía. Sálenle al encuentro esbeltas cruces de piedra que se alzan como centinelas á ambos lados del camino, extendiendo sus pequeños brazos en que crecen la hiedra y el musgo, como si también el musgo y la hiedra quisieran desprenderse de la tierra y tuvieran más altas aspiraciones que á arrastrarse por el suelo; y la Edad Media, descuartizando á los bandidos y colgando de éstas cruces sus despedazados restos para escarmiento de ladrones y asesinos, aparece á sus ojos, y pronto su misma imaginación puebla de cuadrilleros y figuras de tiempos que pasaron las retorcidas sendas, las alturas próximas, los montes lejanos. Y recuerda los tiempos heroicos de la epopeya de la Reconquista, y vé por donde quiera árabes gallardos que montan briosos corceles, envueltos como en una nube en su jaique ahuecado por el viento y entusiastas caballeros cristianos seguidos de sus pajés y sus mesnadas, que corren á la ciudad ansiosos de clavar sobre sus muros el estandarte de Castilla. Llama á su memoria las horas de turbación de la historia en las discordias civiles, y vé á Don Enrique de Trastámara que huye vergonzosamente de Toledo por el puente de San Martín, mientras su rey y hermano entra en ella por el de Alcántara, cuya puerta le facilitan los judíos; ó aquel cortejo reducido de tres hidalgos, séquito, sin embargo, grande para su imbécil persona y su impotente monarquía, que acompañó á Enrique IV en aquella *noche toledana*, como la llama el pueblo todavía, en que á no haber sido por Doña María de Silva, esposa de Don Pedro López de Ayala, el rey, degradado en Avila, hubiera hallado muerte oscura, digna de su reinado, en una calle de Toledo, á manos, quizá, del último de sus vasallos.

Estos pensamientos desaparecen y se borran cuando se llega á un punto del camino en que, á la izquierda de él, se alza una pequeña cruz de madera pintada de verde, clavada en tierra por una mano desconocida en memoria de un sér querido. La yerba crece á su alrededor y silvestres florecillas brotan espontáneamente, como si fueran las oraciones que al pasar por aquel sitio murmuraban en voz baja los labios de los creyentes. Sobre ambos brazos de la cruz una porción de piedras alineadas indica el número de *padres-nuestros* que se han rezado allí por el alma del sér, cuyo recuerdo evoca; en el frente se vé escrita esta leyenda:

Aquí asesinaron á Sinforiana Torres,
natural de Ajofrin
á los 21 años de edad
el día 8 de Mayo de 1868.
R. I. P.

Grande es el efecto que producen en el alma estos recuerdos perdidos á lo largo de los caminos, ocultos en las laderas de los montes, tristes memorias, que parecen el alma del muerto sentada eternamente en el lugar del crimen para pedir una plegaria á los creyentes y un saludo respetuoso á los incrédulos; pero este efecto es más grande todavía cuando, como sucede en la que nos ocupa, se conocen los detalles todos del crimen. La historia no tiene, sin embargo, nada de particular; es una de tantas que llaman á los ojos enjutos una lágrima rebelde; es el drama de una jóven hermosa que, perseguida por un hombre á quien no ama, le rechaza sin cesar, y de un hombre á quien su pasión arrastra hasta la locura, de tal suerte, que cuando sabe que aquella á quien él adora con frenesí vá á casarse con otro, cruza de un salto el espacio que media entre las cumbres de la virtud y los abismos del asesinato. Una noche pura y serena del mes de Mayo cuajada de estrellas y saturada de perfumes; un camino solitario, sembrado de flores; una jóven que se retira á su casa cantando como cantan los pájaros cuando se acercan á su nido, y un hombre, jóven también, que la sale al encuentro y la pide un poco de amor, aunque sea mentido, porque en su situación basta la mentira para hacerle feliz; la luna en el espacio bañando el cielo con su pálida claridad que dá apariencia fantástica á los objetos, y la madre á lo lejos en una ventana, impaciente ya por la tardanza desusada de su hija; de pronto se oye un grito de agonía que suena lúgubre en el silencio de la noche y despierta á los pájaros dormidos que se agitan en las ramas, y la jóven cae bañada en sangre, herida por su amante, que se aleja despavorido y como loco, mientras la madre, que ha visto caer á su hija, exhala otro grito más angustioso todavía y saliendo de su casa echa á correr hacia la jóven que no respira ya. Una nube oculta la luna, que no puede permanecer indiferente á aquel dolor, y queda envuelto entre tinieblas el grupo que forma aquella madre abrazando contra su pecho, loca de espanto y de dolor, el cuerpo inanimado de su hija. Las sombras del crimen pueblan el espacio y se extienden sobre la conciencia del extraviado criminal.

Esta es la historia y estos los recuerdos que despierta en el alma la vista de aquella pequeña cruz, surgiendo de pronto á un lado del camino y como si brotase de la tierra. Corre á su pié un arroyo que rueda eternamente sobre su lecho de guijarros, murmurando con sán triste como si quisiera narrar el desgraciado suceso. Cuando la impresión que su relato produce ha pasado, el viajero se detiene absorto: la ermita de la *Virgen del Valle* se levanta delante de él.

Nada más poético que la situación de la pequeña iglesia, que se halla como empotrada en las peñas, alerta sobre su lecho de granito, alzando al cielo su cruz de hierro que parece proteger las rocas sobre que asienta y refleja en las ondas del Tajo, que al deslizarse junto á ella tiene su cauce más profundo, como si saludase á su paso la memoria del santo Redentor. Enormes peñascos en todas partes y hacia todas direcciones; en pié, figurando gigantes de granito, sentados, como en actitud pensativa ó apoyados los unos contra los otros, como borrachos que se tambalean. Todas las formas geométricas, regulares é irregulares tienen su representación en aquel vasto paisaje que parece un mundo petrificado y recuerda mitológicos castigos; ciudad inmensa en que los séres y los objetos, sorprendidos por la cólera de Dios, se han tornado instantáneamente en piedra. ¿Cómo explicarse si no las posiciones de esas rocas que se mantienen eternamente inmóviles, sostenidas por algo extraño, por algo que no se vé, pues nada hay á la vista que pueda mantener el equilibrio en que están? ¿Cómo explicarse aquella unión de grandes masas apoyándose en un punto único, en un punto débil que la lluvia y el viento desmoronan sin acabar de destruirle? ¿Cómo han venido allí esas grandes masas?

Sí; aquello es una ciudad muerta, el osario de un pueblo en que los esqueletos de piedra se hacían por todas partes. Allí hay rocas que conservan la forma de un hombre de talla gigantesca apoyándose en otra larga y delgada á manera de lanza de combate; rocas esbeltas y de contornos delicados que parecen mujeres en actitud de mirar á lo lejos como si esperasen la vuelta de un amante ó de un esposo; rocas que forman grandes asientos naturales, vastas planicies como mesas dispuestas para el banquete; rocas, en fin, que apoyándose sobre otras más corpulentas, figuran la tienda primitiva: un pabellón colgado á dos árboles brindando sombra y formando en un alto el hogar de las edades prehistóricas.

Y para que la ilusión sea completa, enormes masas graníticas, fuertemente adheridas á la tierra, remedan rios caudalosos petrificados en su curso, torrentes que corrian desbordados y han sido heridos de pronto por la misma maldición que ha solidificado instantáneamente sus aguas; fieras antediluvianas en actitud de atacar al hombre... A lo lejos, en las alturas sembradas de árboles y vestidas de la verdura de los cigarrales, lindas casas de campo se destacan de trecho en

trecho sobre el paisaje pedregoso, centinelas avanzadas que guardan el sueño eterno de la ciudad petrificada y exploran el espacio con sus pequeñas ventanitas que semejan la cuenca de los ojos en su semblante blanqueado.

Así trascurre el tiempo sobre la ciudad muerta sentada frente a frente de la ciudad viva; inmutable aquella á través de los siglos; cambiando esta de edad en edad. La primera, expresa la calma, la profunda serenidad del no ser; de la última, sale un eco, un murmullo, que es el suspiro de la vida que brota de ella como un himno de amor y reconocimiento.

Algunos pasos más y el viajero llega á la cima; un nuevo esfuerzo y unos cuantos resbalones en las peñas escurrilizadas, y podrá admirar el magnífico panorama que á su vista se desarrolla como en un gigantesco kaleidóscopo. Y verá la catedral, alzando al cielo sus agujas góticas, el alcázar ceñido de pararrayos, las torrecillas árabes, coronadas por la cruz y las viejas casuchas, agrupadas á sus pies; San Juan de los Reyes en un extremo del paisaje, y sobre todo él, el sol radiante envolviendo el conjunto con sus rayos y vertiendo con ellos á torrentes la animación y la alegría.

Una casita blanca que parece de lejos una paloma que ha detenido su vuelo en un peñasco para tomar fuerzas y proseguir su aérea carrera á través del espacio, tal es la *Virgen del Valle*, empotrada en aquel grupo de piedras enormes, puestas las unas sobre las otras como para que sirvieran de escala á los Titanes, cuando quisieron escalar el trono de Júpiter los vencidos hermanos de Saturno.

Nada tiene de particular dentro de sus muros. Un pequeño recinto blanqueado, y en su frente un único altar, que consiste en una hornacina abierta en la pared, sustentando una talla de la *Virgen*, á cuyo pié arde siempre la cera en abundancia, clara prueba de la devoción de los toledanos. En el risco en que asienta mana un caño de agua que dá frescura á los alrededores de la ermita. Tal es el estado que ofrecen de ordinario aquellos lugares casi siempre solitarios.

Pero el día 1.º de Mayo falta sitio para la población de Toledo que acude en romería á la pequeña ermita, y que desde antes de amanecer corre al *barco del pasaje* y cruza en él el río, estrechándose y animándose continuamente para llegar en mayor número y más pronto; cruza después las encontradas sendas que recorren las faldas de la montaña, y ascienden por fin á la cumbre, desparramándose enseguida por las colinas inmediatas.

Y el paisaje que el valle presenta entonces es verdaderamente digno de los pinceles de un maestro.

Los vestidos de varios colores, los pañuelos de diferentes tintas sobre el verde césped forman un conjunto abigarrado, paleta gigantesca en que se mezclan los colores del iris, sufriendo combinaciones sin número; pasa de mano en mano la bota y sale al aire la merienda, y es más grato al paladar el vino y son más sabrosos los manjares porque los condimentos la alegría, allí donde el césped hace de mantel, donde el agua no brilla á través del cristal sino sobre las piedras que forman el breve cauce del arroyo; allí donde se dilatan los pulmones al respirar el aire puro de los campos perfumados con el aroma de las flores, y no la atmósfera viciada de las viviendas en que la humanidad se empaqueta para vivir. Fórmase á un lado y otro grupos numerosos en que la gente joven baila alegremente en honor de la humilde patrona del valle, y sale de enmedio de aquellos grupos el son alegre y melancólico á la vez de la guitarra, que dá al viento los aires nacionales. Y los gritos entusiastas de los que bailan, y las escitaciones de los que, menos diestros, los ven bailar con envidia, se interrumpen de pronto cuando la voz cascada de los ciegos canta la copla popular que hace animar el baile con sus sencillos conceptos llenos de encantadora poesía.

Siguen la zambra y la bulla y siguen todavía largo rato; todo el tiempo en que el sol está sobre el horizonte. La barca continúa su movimiento incesante de una á otra orilla; sale de la ribera izquierda vacía, y solo se dibuja en ella la tosca figura del barquero que modula al compás de los remos en el agua sencilla barcarola, no aprendida quizás, con un ritmo que no se parece á ningún ritmo, y una letra que no se parece á ninguna letra; cuando vuelve no canta ya: necesita todas sus fuerzas para guiar la barca cargada de gente que quiere subir al valle. En la orilla derecha, sentándose en las faldas de los cerros sobre que Toledo asienta, inmensa muchedumbre, que aun no ha podido cruzar el Tajo, sigue con impaciente mirada el camino del *barco del pasaje*. Por ambos puentes de San Martín y Alcántara llegan sin trégua ni descanso gentes que quisieron recorrer el camino por su pié, y que vistas desde la cumbre semejan serpientes que alargan su retorcido cuerpo para trepar á lo alto de la montaña.

Y los que llegan ocupan enseguida un lugar y su alegría es más ruidosa, como si quisieran desquitarse del tiempo perdido en la larga caminata; y se forman nuevos grupos, y se arman nuevos bailes, y suenan nuevas canciones, y se oyen nuevas guitarras y los pañuelos multicolores de las mujeres del pueblo, las blusas azules de los artesanos, los pantalones rojos de los soldados, las levitas moradas de los polizontes se funden en

nuevas combinaciones y dan nuevas notas á aquella orgía de colores que saltan, bailan, se mezclan y se cruzan en el valle iluminado ya por los fulgores del crepúsculo.

La gente que consume sus meriendas, se levanta después, y mientras unos recojen los restos del campestre festín, fórmanse los demás en desordenado grupo y se lanzan á recorrer la montaña en todas direcciones, para ver mejor la ciudad á su frente, los cigarrales á su izquierda, los montes de Toledo á su espalda y á su derecha el camino de Madrid, San Servando y los palacios de Galiana.

Uno de los puntos más visitados por todos, es la *Peña del Moro*, enorme masa de granito, horadada en su centro á manera de sepultura romana ó céltica, según unos, prehistórica, según otros, que se levanta erguida sobre otras dos en que se apoya, destacando su ahorquillada silueta sobre el fondo azulado del horizonte. Ella es el punto culminante desde el cual pueden apreciarse mejor las bellezas del panorama, y á ella acude la multitud, refiriéndose de paso la tradición imaginada por el pueblo-linda leyenda que yo he contado en otra parte.—narrada por todas las generaciones, al calor del fuego del hogar, en las largas veladas del invierno. Remóntase al siglo xi de nuestra Era y á la conquista de Toledo por Don Alfonso VI. Se hallaba la ciudad sitiada por este rey, que dos veces al año talaba sus campiñas para que el hambre hiciera en sus muros lo que la fuerza de las armas no podía, y el rey moro Yahia Alkadir Billah, hijo del magnánimo Almamun, veía poco á poco aproximarse el momento en que habría de sucumbir á los golpes de su enemigo. En medio de su desgracia, hizo un llamamiento á todos los reyes árabes de España, pero nadie le respondió; solo Abul Wallid vino de allende el Estrecho á ofrecerle el concurso de su alfanje y las fuerzas de su reino, ofrecimientos que fueron aceptados por Yahia, y el rey africano regresó á su abrasada patria para volver á poco al frente de su ejército, dejando, como prenda segura de su vuelta, preso su corazón en los ojos encantadores de Sobeyha, la hermana del de Toledo. Pero Allah estaba sin duda airado contra su pueblo y contra Abul. Mas allá del Estrecho la rebelión y la enfermedad le esperaban, y mientras lograba vencer á una y otra, Sobeyha se moría y la ciudad capitulaba.

Cuando el joven rey pudo regresar, supo, ya cerca de Toledo, que la cruz ondeaba sobre los muros de esta; pero creyéndose empeñado en su socorro por la memoria de la virgen sarracena á quien tanto había amado, siguió adelante y acampó con su ejército en las alturas donde hoy se alza la *Virgen del Valle*, y mirando á la antigua ciudad morisca desde la elevada peña á que después dió su nombre, juró por el santo profeta no retirarse de allí hasta que Toledo cayese en su poder. Una noche, sin embargo, una salida de los cristianos, que por una estratagemata sorprendieron su campo, le hizo morir sin gloria, cayendo atravesado de una saeta sobre aquella misma peña de su juramento, pronunciando al espirar el dulce nombre de Sobeyha, y sus tropas, á quienes nada retenía ya en aquellos lugares, levantaron el campo al otro día labrando en la roca el sepulcro del joven monarca, á quien Allah quitó sucesivamente el amor, la vida y la gloria, enterrándole en ella antes de partir. Aún se ven, cerca de la peña, las otras dos, que puestas una sobre otra parecen miradas desde lejos, la cabeza de un moro ceñida de un turbante y que, según el pueblo, son el alma de Abul Wallid á quien Dios, compadecido de su duelo; metamorfoseó en piedra para que día y noche pudiese contemplar la ciudad de su amada. Ya que conoce la tradición y la respete, le parece que, en efecto, algo impalpable flota sobre la abierta sepultura, y algo de vida se estiende por la gigantesca mole tallada en extraña estatura por el cincel de la naturaleza, y acuden enseguida á su memoria los recuerdos de Abul y Sobeyha.

La tarde, en tanto, vá cayendo. El sol, cuyos rayos se debilitan poco á poco al herir más oblicuamente la parte iluminada de la tierra, camina con rapidez hacia el ocaso, y grandes nubes festoneadas de púrpura se agolpan en el horizonte como vírgenes enamoradas que quieren recoger en sus brazos al mancebo de su amor para abrasarse en sus últimas miradas y recibir sus últimas caricias. Empiezan las primeras sombras de la noche á oscurecer el extremo opuesto del cielo y el lucero de la tarde á estender á lo lejos su deslumbrante claridad. Entonces es cuando la campana de la ermita suena alegremente anunciando en sus ecos metálicos la ceremonia principal de la romería. Y al escuchar el canto, porque el tañido de las campanas es un canto que tiene también armonías, las conversaciones se cortan, los bailes se interrumpen, las voces de los que gritan dejan de oírse, y en medio de un profundo silencio la multitud se precipita en tropel hacia la puerta de la ermita. Es que la *Virgen* vá á salir en procesion por la montaña, á visitar los lugares queridos en que la há levantado un trono la piedad de los toledanos.

Ya las sombras se han estendido más y más; ya las nieblas, que se levantan del río envueltas en sus aéreas túnicas transparentes, velan los contornos de las montañas lejanas, y flotan como leve gasa que lleva el sueño ante sus pliegues, sobre la arábica Toledo: la oscuridad empieza á reinar en el *Valle*. De pronto la campana, que ha callado un instante, dá tres toques y empiezan luego

á voltear rápidamente, moviendo con rapidez vertiginosa su pesada mole en el estrecho hueco del campanario, y estalla en un himno inmenso de alegría, orquesta á que se unen los gritos y los vivas de la multitud y el silbido de los cohetes que se escapan de las manos que los sostienen y surcan rápidamente el espacio, al aparecer la *Virgen del Valle*.

Humilde procesion que he presenciado muchas veces conmovido, porque en ella se unen el arte, pero el arte natural, sin artificio, y la belleza pura, sencilla; y de este consorcio nace la poesía, sencilla también, sin galas, sin atavíos; esa poesía que se inspira en las flores del campo, y vive junto á la orilla del río, y se lava en la fuente y se mira en el arroyo; esa poesía que canta á Dios, al amor y á la naturaleza, y que vive de un rayo de sol y de una gota de rocío en el misterio de los bosques, arrullada por la música deliciosa que forman al estallar entre sus ramas los besos de las aves en el nido!

Es necesario ver la procesion para sentir todo el encanto que encierra; es necesario verla deslizarse por las veredas de la montaña en medio de las últimas sombras del crepúsculo, entre las filas apretadas de la multitud que se postra de hinojos á su paso; es necesario aspirar aquel viento embalsamado, oír el volteo de las campanas, los gritos de los muchachos, los cantos de los sacerdotes y el estallido de los cohetes. Van primero los cofrades en dos filas con hachas encendidas, cuyo vago resplandor brilla fantásticamente por lo avanzado de la hora; sigue detrás el estandarte de la cofradía, y tras él aparece, por fin, en humilde pedestal, la hermosa *Virgen del Valle*, rodeada de flores como si la primavera tendiese á sus pies todas las galas de sus campos, ceñida por blanco velo que cae en pliegues caprichosos sobre las escuetas andas. Y sigue el pueblo detrás, en número muchedumbre, formando el cortejo vistoso de su patrona, que tiene un altar en todos los corazones. El sol se há hundido ya tras el horizonte como si á la vista de la imágen él también hubiera caído de rodillas para adorarla y en la ciudad las campanas de sus cien torres tañen melancólicamente entonando el *Angelus*, salutación misteriosa de la tarde á la *Virgen galilea*.

La noche ha cerrado completamente, y la luna se levanta en el cielo vistiendo el paisaje con su pálida claridad, que brilla con fuerza en la bóveda azul que las estrellas abrillantan. La población, que en masa ha acudido al *Valle*, emprende el camino que ha de volverla á Toledo, y todos marchan lentamente, los ancianos preguntándose con tristeza si vivirán el año próximo; los jóvenes, deseando que pase pronto el tiempo y vuelva á salir de su ermita la imágen de la *Virgen*.

Yo fui uno de los últimos que bajaron de la montaña. Apoyado en la barandilla de hierro que rodea la plazoleta de la ermita, presencié el inmenso desfile del pueblo. Cuando á mi vez bajé y volví á Toledo, todo cuanto en el *Valle* había visto vivía y palpaba ante mis ojos.

EUGENIO DE OLAVARRIA Y HUARTE.

UN GÉNIO DE LA LITERATURA.

Así como todo planeta tiene dos polos, y toda especie dos sexos antitéticos, que se repelen al parecer, pero que en realidad se buscan, se completan, se armonizan, manteniendo así el equilibrio de la vida, de la misma manera existen en el mundo del espíritu dos leyes de diferente naturaleza pero de comun destino, que siguen rumbos opuestos pero que se influyen recíprocamente, y cuyo acompasado desarrollo y concertado movimiento y perfecta armonía, constituyen el ideal de la historia humana. Estas leyes son la razón y la fantasía que determinándose engendran la Ciencia y el Arte.

Mas si los fueros de la razón, tras porfiadas luchas y repetidos triunfos se hallan hoy generalmente reconocidos, no cabe igual fortuna á la facultad creadora que llamamos fantasía. Considerada como repulsiva á toda ciencia, de ningún valor en la moral é inútil para la vida, menospreciase en nombre de la filosofía, por ser la *loca de la casa*, como la llamó un filósofo, y condénase en nombre de la razón por creerla obstáculo á todo progreso. ¡Como si no tomara una parte importantísima en la formación de las hipótesis que han de dar vida á la ciencia; como si no influyera en nuestros actos creando tipos ideales que amados por la conciencia nos mueven á ajustar á ellos la conducta; como si muchas construcciones filosóficas no debieran á esa poderosa palanca su grandeza; y como si los más fecundos pasos dados por la humanidad en su carrera no fueran debidos á los sistemas religiosos, que si bien tienen todos un fundamento de verdad, la fuerza revolucionaria que los ha hecho abrir los grandes ciclos en la historia, pertenece de derecho á la forma adecuada que le prestó la fantasía.

Pero aparte de esto, la fantasía tiene una esfera más amplia y propia, la esfera de la belleza, cuya expresión fiel es el arte.

Es cosa tan grande el Arte, que un autor ha dicho, que haciendo la historia del Arte se hace la mejor historia de la humanidad. Y es porque en la obra artística, el hombre como el pueblo, quiéranlo ó no, se ponen tales como son, con una fidelidad que jamás dá entrada á la hipocresía.

El hombre vive de la ciencia; pero vive también del arte, y así como moriría el amante sincero del estudio y de las investigaciones si le privaran de todo medio para buscar la verdad, moriría el artista si le privaran de ver y realizar la belleza.

Si pensamos un momento en el lugar donde vivimos, y como vivimos, veremos esta verdad.

Amamos la naturaleza en esta nuestra morada, porque con sus mares y sus continentes, sus altas montañas, cuyos picos se pierden en el cielo, y sus hondos barrancos, que se esconden en el centro de la tierra, sus llanuras pedregosas y secas y sus valles de verdes bosques y risueños lagos, sus mansos ríos y sus alborotados arroyos, sus árboles y sus arbustos, sus azucenas y sus amapolas, sus contrastes sorprendentes, su variedad infinita dentro de una unidad armónica, constituyen una obra bella, una obra del arte divino. Amamos la vida, porque todo hombre con sus luchas y sus triunfos, sus caídas y sus rehabilitaciones, sus horas de regocijo y sus días de tristeza, sus ilusiones desvanecidas y sus esperanzas realizadas, va creando una obra artística, en la que figura, á la vez, como autor y como protagonista; y ama el hombre á la mujer y se une á ella en matrimonio, más que por dictarle la razón que debe realizar este estado superior, buscando en este ser su complemento, porque la mujer es la forma más bella con que se ha manifestado en este mundo la vida.

De modo que vivimos rodeados por todas partes de una atmósfera de belleza y de arte, que sin nosotros y á veces contra nosotros influye en nuestra existencia. Pudiendo concluir de aquí, que el hombre ha nacido para comprender el bien y realizarlo en obras morales, para descubrir la verdad y presentarla en la ciencia, para sentir la belleza y darla vida real en el arte.

¿Queremos una prueba? Tres grandes naciones guarda la antigüedad en su seno, y cada una de ellas representa una determinación del espíritu. Lo Judea lo santo; Roma lo justo; Grecia lo bello. Esta dice un pensador de nuestros días. Pues bien; la primera nos dió el código eterno de la moral; la segunda el código eterno del derecho; la tercera nos legó el imperecedero código del Arte. En la primera beberá el hombre profundamente religioso; en la segunda el político que aspire á dirigir las sociedades; en la tercera todo el que sienta latir en su alma el fuego sagrado de la inspiración. Ante la cruz se arrodillarán los pueblos de todos los tiempos; ante las doce Tablas se descubrirán los juriconsultos de todas las épocas; pero también ante las ruinas del Parthenon, y la Venus de Fidiás, y la lira de Safo, y los dulces cantos de Anacreonte, los descendientes de Rómulo que han paseado sus enseñanzas victoriosas por el mundo conocido se detendrán con respeto, caerán las lanzas de manos de los guerreros y el pueblo rey quedará cautivo al suave contacto de la risueña Atica. Y la Europa, que al despertar en el Renacimiento y saludar alborozada los encantados lugares de la Grecia, pensará oír todavía, al rozar la brisa las columnas de sus templos, el eco de las Sibilas interpretando el porvenir ó las notas lanzadas al viento por la lira de algun rapsoda en las encrucijadas de Atenas, y que creará ver al cruzar un río, al trasponer una colina ó al descansar en el borde de una fuente, el coro de las Náyades ó de las Nereidas cantando con su lira en la mano la salida del sol ó la venida de las sombras, imitará, copiará á Grecia, é insaciable, desenterrará las mejores joyas del arte clásico para que sirvan de fuente de inspiración á los géneos y de recreo y orgullo á las generaciones venideras.

Más si todas las artes en que el universal arte se divide tienen un gran valor, y cada una en la esfera que le es peculiar reina con exclusivo dominio, hay todavía una que por servirse de un medio de expresión superior, por ser más libre, cual es la palabra, contiene á todas las artes particulares y es apta, más que ninguna, para elevar la cultura del espíritu. Este arte es la Literatura.

Con efecto; la literatura es música en la cadencia rítmica del verso y en la acertada combinación de los acentos y palabras; pintura en los dibujos y descripciones de personas y paisajes; escultura en los retratos que modela; y hasta puede exponer la más alta de las ciencias, la Filosofía, como podemos ver en el *Reruns natura* del inmortal Lucrecio.

Y á esta universalidad del arte literario para expresar toda la realidad, débense grandes victorias en la existencia de los pueblos y grandes triunfos en la vida moral de las naciones. Tirteo con sus cantos heroicos reanima el abatido espíritu de sus mermadas huestes, que se lanzan como electrizadas en pos de la victoria: Esquilo en su tragedia *Prometeo*, lanza la protesta más elocuente que ha salido de la humanidad contra el antiguo fatalismo que la encadena; mientras Walmik, Homero y Dante reflejan con maravillosa exactitud en sus grandiosas epopeyas el ideal filosófico, religioso, político, artístico; y la historia, costumbres, sentimientos y pasiones de sus respectivos pueblos.

Por eso tienen casi todos los países ciertos hombres, que se hallan tan indisolublemente unidos al pueblo que los vió nacer, que aun cuando el hábito del tiempo haya volado sus cenizas, se mantienen vivos en el corazón de las generaciones que se suceden, su nombre queda grabado con indelebles caracteres en la mente de la posteridad y á su memoria es consagrado un altar en la conciencia de todos los amantes de lo bello. Estos hombres

son los géneos del arte literario, de los cuales España tiene la dicha inapreciable de poseer dos de los más ilustres que han producido las edades; Calderon y Cervantes. Al primero pronto lo cantarán todas las lenguas de Europa y la trompa de la fama llevará su nombre á ambos emisferios. Hablemos, pues, solo del segundo. ¿Por qué éste ha logrado ser uno de los ídolos de su nación, ocupando las plumas más elocuentes en hablar de su vida y de sus producciones, y siendo celebrado por el sabio como por el ignorante, por el rico como por el pobre? Pues es porque Cervantes no es sólo un novelista más ó menos hábil, un escritor elegante, ni solo un buen hablador; sino que es la síntesis de su nación á la cual dibuja con diestro pincel en su nunca bastante elogiada obra *Don Quijote*.

Géneo colosal, representando en su tipo el valor, la caballerosidad, la filantropía, la generosidad y el amor, retrató en su obra el carácter moral de la raza hispana; al paso que él, estudiante, soldado, cautivo, poeta y filósofo, simboliza la historia agitada de esta nación activa y laboriosa, que al mismo tiempo se ocupa en celebrar certámenes literarios, en castigar á los que se atreven á mancillar su honra y en plantar su bandera en ignotas regiones para instruir y educar á pueblos sumidos antes en el abismo de la barbarie.

Y entre las cosas que han contribuido á que en nuestros días se le rinda tan fervoroso culto, es una las adversidades que experimentó de parte de la fortuna. Y en verdad, ¿qué corazón que haya latido una vez siquiera á impulsos del sentimiento no se extremeció al recordar el abandono en que vivió el que había de ser el más preclaro timbre de la patria?

Si su mísera existencia, que llegó hasta el extremo horrible del hambre; la pérdida de uno de sus más preciosos miembros, debida al brío con que peleara en la terrible contienda contra los sectarios del Koran; su penoso y prolongado cautiverio, cuando pensaba restañar sus heridas al dulce calor de su querido hogar; la resignación con que sufrió toda clase de vejámenes, por no haber, en una nación inundada entonces por rios de oro que venían del nuevo mundo, quien prestara ¡oh mengua! un puñado de vil metal para romper sus cadenas; la indiferencia con que sus contemporáneos lo vieron descender al frío lecho del sepulcro, han hecho, en parte, que la edad presente, para vengarlo de los desdenes de aquella en que vivió, le levante por todas partes monumentos para perpetuarlo en el espacio, y que vuele su nombre á las regiones de la gloria para perpetuarlo en el tiempo.

Pero quizá intervenía la Providencia en estos sufrimientos para que á los laureles de su inspiración sublime fuera también unida la inmarcesible aureola del dolor, y para que al mismo tiempo que se eleven himnos de alabanza y se entonen cánticos sonoros en loor de tan grande ingenio, pueda toda alma virtuosa y tierna derramar una lágrima de conmiseración sobre la tumba del mártir.

Sí, honremos el Arte, pues así honramos cuanto hay de más grande en la naturaleza humana, el poder creador que nos coloca á inmensa distancia de los demás seres y nos asemeja á Dios. Honremos también á los artistas, á esos seres privilegiados que parecen tener, como decía Ovidio, alguna partícula de la divinidad. Y nosotros, que vemos que si Portugal tiene sus *Lusiadas*, Inglaterra su *Paraiso perdido* é Italia su *Divina Comedia*, tenemos el *Quijote*; nosotros, que vivimos bajo el mismo cielo que cobijó la cuna de su insigne autor; que poseemos las campiñas que hizo recorrer á su héroe inmortal; que aprendemos á deletrear en el aula, en las páginas de aquella obra, debemos honrar más aún al divino artista y la nación rendirle un tributo de eterno conocimiento, porque si, en mal hora, por nuestras tenaces discordias, España desapareciera del concierto de las naciones ó por alguno de los grandes cataclismos geológicos se hundiera en el fondo de los mares, merced á su gigantesca creación, quedaria perenne en la memoria de los hombres el recuerdo de la patria de Cervantes.

ANTONIO DE LARA Y PEDRAJAS.

EL TIEMPO.

(CARTA Á UN AMIGO.)

Para ver son necesarias tres condiciones coexistentes ó simultáneas: objeto, luz é instrumento visual.

Si una cualquiera de estas tres condiciones falta, el fenómeno *vision* es imposible.

Cuando los objetos están muy distantes no los vemos bien, ó no los vemos, por dos razones: por la debilitación de los rayos luminosos y por falta de potencia del ojo.

Entonces tenemos necesidad de acudir á los anteojos de larga vista, los cuales nos producen dos singulares ilusiones: nos hacen creer que los objetos se acercan, porque los vemos inmensamente grandes; y cuando aplicamos el antejo en sentido inverso, creemos que los objetos se han alejado inmensamente, porque los vemos infinitamente pequeños.

Nada hay comparable al tiempo.

Y pídele á alguien que te lo defina, y te quedará á oscuras, casi tan á oscuras como si quisieras darte cuenta de la esencia íntima de la luz.

La luz, es la cosa más oscura en el estudio de la física.

¿Quiéres convencerte de ello?

Toma á Ganot, el eminente físico, en la mano, abre por allí en la página 391 de la edición española de 1871, y lee:

«Luz é hipótesis acerca de su naturaleza.»

Y te preguntará desalentado, casi desengañado de los mentidos progresos de la ciencia, con que tan ufano se muestra nuestro siglo.

¿Qué! ¿No hay más que hipótesis acerca de la esencia de este fluido imponderable, vida del universo, primera etapa de la creación, sin el cual viviríamos en perpétuas tinieblas y en eterna noche?

Y el sabio te dirá:

«¡Nada más!»

Pues así sucede con el tiempo: trata de definirlo, de penetrar su esencia, de darte cuenta de su naturaleza íntima; y no lo lograrás, por más esfuerzos intelectuales que hagas.

Y, sin embargo, el tiempo es un océano en cuyas aguas estamos sumergidos; es una atmósfera que nos rodea y penetra por todas partes; es, valiéndome de la expresión que M. Chevalier les atribuye á los yankees, la tela de que está hecha la vida, tela sutilísima, invisible é impalpable.

Por él tenemos recuerdos y esperanzas; ilusiones y desengaños; es decir, pasado y porvenir.

El tiempo es el elemento indispensable de la vida del hombre y de todos los seres que lo rodean.

El hace germinar la simiente, desarrolla la planta, matiza las flores, madura los frutos.

Por él ó en él se cumplen todos los fenómenos de la existencia animal: la gestación y el nacimiento del hombre, que preceden á esos días sin noches, que llamamos la infancia.

Por él ó en él llegamos á la juventud, tomamos posesión de la vida, nos dejamos seducir por quiméricas falaces ilusiones, deslumbrar por celajes de púrpura y grana, arco iris del cielo del corazón; ó extraviar por tormentosas pasiones, yendo á veces hasta las fétidas sentinas del vicio, hasta los antros tenebrosos del crimen.

Por él, ó en él, llegamos á la edad madura, á la plenitud, al zénit de la existencia; y luego declinamos, bajamos, con la cerviz encorvada, á la tarde de la vida, y nos hundimos en el ocaso eterno y misteriosa de la tumba!

El tiempo! Hé aquí el amigo leal y el enemigo implacable, por extraña que te parezca esta antítesis.

Cuando amamos, cuando el corazón siente ese deliquio inefable, deseamos que el tiempo pase con rapidez para que llegue la hora ansiosamente esperada, acaso la hora de la tarde en que tenemos la dulcísima ilusión ó la gratísima esperanza de ver á la mujer amada.

Cuando estamos al lado de este ángel (para los enamorados es siempre un ángel la mujer amada) deseamos que el tiempo páse su vuelo misterioso, su andar eterno, para prolongar esas dulces quimeras, esas mil mentiras de que vive el corazón!

El tiempo nos arranca las ilusiones y nos muestra la falacia de nuestras esperanzas.

El es el gran ministro de la Providencia, que les quita la careta á los hipócritas, y desvanece las brumas con que la mentira y la calumnia eclipsan los vívidos resplandores de la verdad!

El tiempo simboliza para el desgraciado la esperanza, es decir, el consuelo. Mañana, dice, no será lo mismo!

Y ese mañana suele ser para él algo tan falaz como el límite del horizonte.

Los afortunados lo temen, porque trae de continuo en sus senos oscuros, en sus pliegues misteriosos, insólitas mudanzas y espantosos cataclismos.

El dolor mismo se gasta con el tiempo, y las aguas del Leteo no son más que una alegoría del tiempo. Las olas de este mar eterno, borran del libro de la vida los recuerdos, esos tormentos que consuelan y entristecen.

Cuando la muerte nos arrebatara una persona querida; cuando la eterna separación enlutece el hogar y amarga la existencia, el tiempo viene á curar estos crueles dolores, que si no perdieran á tan benéfico influjo su acerba intensidad, acabarian por romper el corazón!

Pero ¿qué es el tiempo?

Un gran filósofo lo ha definido diciendo:

«Es la sucesión de las cosas, considerada en abstracto.»

¿Qué misterios tan pavorosos, qué arcanos tan profundos nos rodean por todas partes! Ellos nos muestran que «la ciencia humana es un punto luminoso en un infinito de tinieblas.»

Más de una vez habréis lamentado el tiempo que te quito con obligarte á leer esta larga é insustancial misiva; pues tú eres de la escuela mercantil que profesa y ha popularizado el apotegma: «el tiempo vale dinero.»

DEMETRIO VIANA.

Medellin, (Nueva Granada.)

¡SIEMPRE DUDANDO!

DOLORA DEDICADA A MI QUERIDA AMIGA LA INSIGNE ESCRITORA DOÑA CONCEPCION ARENAL.

Sonreíase el niño en la cuna y el anciano decía:—«Un sér nuevo. ¡Cuántas penas le aguarda el destino! Aprender cuando guste de juegos; trabajar cuando agiten su alma del amor los ardientes deseos; y al correr de los días y años ver pasar de su vida los términos contemplando su propio cadáver, muerto el niño y el jóven... y luego... la vejez y la muerte del alma cuando el viejo se torna en decrepito.» El destino, quizá compasivo, del anciano escuchará el lamento, y aceróse la muerte á la cuna, y la madre, con férvido anhelo, hasta Dios elevó su plegaria la salud de su hijo pidiendo. Murió el niño, la madre gemía, y el anciano guardaba silencio y nublaba su frente la duda, á que llega el audaz pensamiento, cuando mira llorar al creyente por el niño que sube á los cielos.

LUIS VIDART.

EL PECADO ORIGINAL.

Quando Dios á averiguar llegó lo del Paraíso, quiso el crimen castigar, que no es lícito pecar si no se tiene permiso.

El, sin lograr comprender que había de suceder eso, por necesidad, condenó á la humanidad á pecar y á padecer.

Al padre Adán lanzó luego del Eden una mañana, y Adán, tras inútil ruego, tomó las de Villadiego maldiciendo la manzana.

Eva, su fiel compañera, se puso al punto en viaje, y echó por la carretera estrenando fresco traje de verdes hojas de higuera.

Traje que ostenta á la vista su vegetal gentileza; y, permitiéndome que insista, en él la Naturaleza sustituye á la modista.

Ya no fué el sosiego eterno ni perdurable el jolgorio.— Porque Adán fué dulce y tierno se construyó el Purgatorio y se fabricó el Infierno.

Cumplióse al fin la sentencia, y hoy purga un gremio inocente la primera inconveniencia, ganando la subsistencia con el sudor de su frente.

Mas cuando Dios promulgó la ley del trabajo allí, por donde quiera se oyó á los chicos decir—Sí, á los grandes gritar—¡No!

Contra la sábia sentencia protestaron mando y cuna; no siendo igual la obediencia pronto surgió la fortuna y apareció la indigencia.

El tal desconcierto trajo con la opulencia del ocio la miseria del andrajo; juntos, pobreza y trabajo; juntos, riqueza y negocio.

Desde esa fecha remota del trabajo es la derrota, que siempre el jornal en baja es más pobre el que trabaja cuanto más rico el que explota.

Los que corren con afán del rudo trabajo en pos, consiguen comerse un pan, y otros que quietos se están lo ménos se comen dos.

Mi voluntad soberana me arrancó á esa ley tirana, y mejor me vá en la fiesta, ya escribiendo una tirana, ya roncando en larga siesta.

Al trabajo en mi canción no he de entonar alabanza, que de Dios fué maldición, y es yugo, no redención; es tristeza, no esperanza.

Para engañar al dolor dicen que hay gloria y honor

del trabajo en los afanes; pero es un nécio rumor que esparcen los holgazanes.

Sé que es manantial fecundo de bienestar y progreso; pero sostengo, y me fundo, que es preciso, para eso, que trabaje todo el mundo.

No acreciente su cau-lal el zángano en la colmena y término tendrá el mal del que vislumbra en su pena la cama de un hospital.

Reglamentos infinitos, dando al trabajo mil páutas le imponen trabas y ritos, y el dinero se vá en pitos cuando no se gasta en flautas.

Por eso eludir procuro esas hipócritas leyes que á nadie sacan de apuro; para trabajar... los bueyes, que tienen el cuero duro.

MARIANO RAMIRO.

Habana, 1881.

LA CARTUJA.

Al pié de la alta ojiva, en cuyas corvas puntas la perezosa yedra el pórtico dibuja, oyendo el eco sordo del viento que murmura por entre los calados de góticas agujas, de la ancha gradería sobre las piedras duras, tras la cerrada verja viendo la nave oscura, los ojos en el cielo y el alma absorta y muda, las noches me sorprenden al pié de la Cartuja.

Allí donde el silencio ni un sólo instante turba la magestad solemne de las marmóreas urnas, viendo del átrio extenso las góticas columnas, por entre cuyos arcos el aire sordo zumba, mientras que entre los olmos con sin igual canturia parece que las hojas plegarias mil murmuran, paréceme oír quejas de voces mil confusas con que la paz me brindan las hondas sepulturas.

¡Oh, santo monasterio de soledad augusta! ¡Quién en tu seno hiciera la humilde vida oscura, de quien del mundo lejos ni envidia ni calcula! Mañana mi destino, que á pelear me empuja, me llevará de nuevo donde la vida es lucha: y en la corriente airada de la mundana furia, iré tras de la dicha sin encontrarla nunca. El sórdido deseo de efímera fortuna, las esperanzas locas de la ambición ilusa, el ódio con la envidia, la rábía con la duda, se llevarán mis horas con insensata furia.

Del alto campanario las góticas agujas festonan las palomas que en derredor pululan; y en las desiertas naves de la ojival clausura la atmósfera serena que á meditar ayuda del corazón disipa las tormentosas dudas. ¡Oh claustro solitario!... Junto á tus régias tumbas donde en calado mármol yacentes las figuras la imagen de la muerte hacen que al alma acuda, cansado peregrino rendido á humanas luchas, besar tu santo suelo quiero en la tarde oscura.

Ya el viento no resuena, ya el rojo sol no alumbrá, ya toman á los muros las aves errabundas. Destácase en la sombra la secular Cartuja; la tímida campana ya la oración anuncia.

Gime en la torre el viento, las nubes ráudas cruzan, la sombra envuelve el campo y el aire manso zumba. ¡Espíritu ignorado que en paz el alma inundas, mi paz perdida lloro; infúndeme la tuya!

EUSEBIO BLASCO.

Cartuja de Miraflores.—Julio de 1878.

EL BIEN.

I

Siento una voz lastimera que sale no sé de dónde, soplo que de esta manera á mis preguntas responde: —¿Existe el bien? —Puede ser. —¿En la tierra? —¿Por qué no! —¿Para alcanzarlo? —Querer. —¿Y dónde está? —Búscalo.

II

Bajo los ojos pensando que estas respuestas no entiendo. Despues sigo preguntando, la voz sigue respondiendo: —¿Es la gloria? —Vanidad. —¿Es la hermosura? —Ilusion. —¿La juventud? —Loca edad. —¿Los placeres? —Humo son.

III

Nuevas sombras, nueva duda encuentro en cada respuesta. La voz permanece muda, mas pregunto y me contesta: —¿Está en el poder? —Jamás. —¿En la riqueza? —¡Qué horror! —¿En la ciencia? —Loco estás. —¿En el amor? —¡En qué amor!

IV

El misterio de este asunto oscuras sombras le presta. Nuevamente yo pregunto, de nuevo la voz contesta: —No es riqueza, ni esplendor, ni hermosura, ni poder, ni ciencia, gloria, ni amor; entonces, ¿qué puede ser? —Tus pensamientos no van por el camino del bien, es luz que enciende tu afán y que tus ojos no ven. —Raro bien, pues que segun las respuestas que me das, huye de mí, más aún cuando yo lo busco más. —Muy mal discurras así: tu ceguedad es cruel, no es él el que huye de tí, eres tú quien huye de él. —¿Quién lo ha visto? —Quien lo halló. —¿Quién lo ocultó? —Quien lo dá. —No existe el bien. —Búscalo. —¿Pero dónde? —Donde está.

V

Bien que existe y no se alcanza, que lo busco y no lo veo, es dogal de mi esperanza, fatiga de mi deseo. Si es mentira, ¿cómo existe? Si es verdad, ¿por qué se esconde? Vuelvo á preguntar, y triste así la voz me responde: —¿Es un sueño? —Es realidad. —¿Es el génio? —Raro don. —¿La fortuna? —Ceguedad. —¿La razon? —¡Pobre razon!

VI

—Por lo que mis ojos ven, en las respuestas que das, bien triste cosa es un bien que no se alcanza jamás. Bajo la sombra pesada de este pensamiento fijo

doblé la frente cansada y entonces la voz me dijo:

—Ciega, con falso barniz te pinta el bien tu inquietud: sobre la tierra, ¡infeliz! no hay más bien que la virtud.

JOSÉ SELGAS.

EL BRILLANTE Y EL GUSANO DE LUZ.

FÁBULA.

Cruzando una selva umbría por la noche un caminante, perdió el hermoso brillante que su sortija tenia.

Y cuentan que entre el tomillo hirió á la piedra preciosa la luz ténue y vagarosa de un humilde gusanillo.

—Aparta, vil animal,— dijo el brillante orgulloso,— y no empañes el hermoso resplandor de mi cristal.

¡Cuán opuesto es nuestro sino! yo brillo como una estrella en el seno de una bella... tú en el lodo del camino.

—Observe su señoría,— le contestó el gusanito,— que esa luz es un reflejo tan solo de la luz mia.—

Dijo el gusano verdad, que alejándose ligero dejó al brillante altanero sumido en la oscuridad.

Dirán que falto de vena hago fábulas, lectores, pero esta, aunque nada buena, la dedico á los autores que brillan con luz agena.

RAMIRO BLANCO.

A LA PATRIA.

¡Oh pátria, pátria mia! deja que estalle un corazón ardiente de sagrado entusiasmo; que la mente vierta hermoso raudal de poesía admirando tu espíritu eminente. ¡Oh pátria! Yo quisiera que tuviese por lienzo tu bandera ese grandioso y azulado velo que tapiza la bóveda del cielo; que como al gladiador ya moribundo pisaba su contrario la garganta, pusieras tú la vencedora planta sobre el cuello del mundo; que tus sagradas leyes fueran lema de todas las naciones y ver rodar los extranjereros reyes al pié de los bridones. Mas, ¡ay! te miro herida; la túnica flotante, desgarrada; la pupila sin luz, la faz sin vida, como bacante, impura y desgreñada. Dime, matrona insigne y desgraciada, ¿por qué tu nombre, un tiempo tan temido y respetado, hoy yace en el olvido de las demás naciones? ¿Por qué, por qué, si en los hispanos pechos alientan indomables corazones? Pátria, recuerda tus preclaros hechos; viste la cota de brillantes mallas y apresta con fiereza y heroísmo el hierro vencedor en cien batallas; recuerda que del mundo en las murallas has grabado con sangre en la epopeya de tu valor y grande patriotismo. Levántate, recoge el férreo escudo, prueba al mundo admirado que en la lucha sangrienta, hay en cada español un buen soldado y que en cada soldado un Cid alienta. Tu corazón recobre la esperanza y abandone el marasmo que la azota, y caiga una nación al suelo rota á cada golpe de tu fuerte lanza. ¡Oh! tu nombre sagrado, pátria del Cid, de Lope y de Cervantes, debiera estar grabado en la mente inmortal del universo, con ricos caracteres de brillantes. Suene, suene tu nombre, pátria mia, en el redoble del tambor airado, en la sublime y bella poesía del pueblo entusiasmado; en el grito de noble valentía de un corazón inmenso y esforzado; en el combate enérgico y sangriento y en el bronce, el clarín, la mar y el viento. De tu nombre adorado siempre esclavo será mi pensamiento, y donde quiera que contemple alzada la española bandera, allí estará mi lira, allí mi espada, mi corcel de batalla y mi alma entera!

MANUEL REINA.

ANUNCIOS.

Les annonces étrangères sont reçues a Paris, Agence Havas, 8 Place de la Bourse et a Madrid Agence Havas-Fabra, calle de la Bolsa, 12.—es agences ont la regie exclusive des dites annonces.

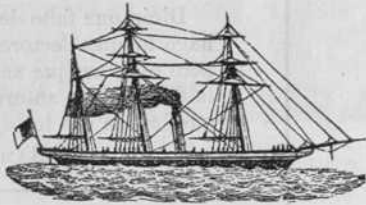
GUERLAIN DE PARIS

15, Rue de la Paix—ARTÍCULOS RECOMENDADOS

HOTEL SAN GEORGES Y DE AMÉRICA
 Paris, 10, Rue St. Georges
 Cerca de la nueva ópera y de los Boulevares.
BERNARDO FERRAS, PROPIETARIO.
 Mesa redonda y a la carta. Cocina española y francesa.
 Esta casa se recomienda por sus precios módicos y esmerado servicio.

CASA GENERAL DE TRASPORTES
 DE
JULIAN MORENO
 CONTRATISTA DE LOS FERRO-CARRILES
 DE MADRID A ZARAGOZA Y ALICANTE,
 Y
 ÚNICO CONSIGNATARIO DE LOS VAPORES-CORREOS DE

A. LOPEZ Y COMP.ª
 MADRID.—ALCALÁ, 28.
PALACIOS Y GOYOAGA
 SASTRES.
 3. PUERTA DEL SOL PRAL. 3.



VAPORES-CORREOS TRASATLÁNTICOS DE A. LOPEZ Y COMPAÑIA.
 NUEVO SERVICIO PARA EL AÑO 1881.
 PARA PUERTO-RICO Y HABANA.

Salen de Cádiz los días 10 y 30 de cada mes, y de Santander y Coruña los días 20 y 21 respectivamente, admitiendo pasajeros y carga. Se expenden tambien billetes directos vía de Cádiz, para **SANTIAGO DE CUBA, GIBARA Y NUEVITAS**, con trasbordo en Puerto-Rico á otro vapor de la empresa, ó con trasbordo en la Habana, si se desea. Rebajas á las familias, y en el precio de las literas retenidas por los pasajeros, para su mayor comodidad, además de las que ocupen. Más informes en Cádiz, A. Lopez y compañía.—Barcelona, D. Ripoll y compañía.—Coruña, E. da Guarda.—Valencia, Dart y compañía.—Málaga, Luis Duarte.—Sevilla, Julian Gomez.—Madrid, Moreno y Caja, Alcalá, 28.

CÁPSULAS y GRAGEAS
 De Bromuro de Alcanfor
del Doctor CLIN
 Laureado de la Facultad de Medicina de Paris. — PREMIO MONTYON.
 Las Cápsulas y las Grageas del Dr. Clin se emplean con el mayor éxito en las *Enfermedades Nerviosas* y del *Cerebro*, las *Afecciones del Corazon* y de las *Vías respiratorias* y en los casos siguientes: *Ásma, Insomnio, Tos nerviosa, Espasmos, Palpitaciones, Coqueluche, Epilepsia, Histerico, Convulsiones, Vertigos, Vahidos, Alucinaciones, Jaquecas, Enfermedades de la Vejiga* y de las *Vías urinarias*, y para calmar las excitaciones de todas clases. Desconfiar de las falsificaciones y exigir como garantía en cada frasco la *Marca de Fábrica* (depositada) con la firma de **CLIN y C.ª** y la **MEDALLA del PREMIO MONTYON.**

CÁPSULAS MATHEY-CAYLUS
 Preparadas por el Doctor CLIN. — PREMIO MONTYON.
 Las *Cápsulas Mathey-Caylus*, con tenue envoltura de *Glúten*, no fatigan el estómago y estan recomendadas por los Profesores de la Facultad de Medicina y los Médicos de los Hospitales de Paris, para curar rápidamente las *Pérdidas antiguas ó recientes, la Honorrea, la Hlenorragia, la Cistitis del Cuello, el Catarro* y las *Enfermedades de la Vejiga* y de los *Organos genito-urinarios*. DEBEN TOMARSE DE 9 A 12 CÁPSULAS AL DIA. Acompaña á cada frasco una *instruccion detallada*. Las *Verdaderas Cápsulas Mathey-Caylus* se encuentran en las principales *Droguerías y Farmacias*, pero debe desconfiarse de las falsificaciones y exigirse en cada frasco la *Marca de Fábrica* (depositada) con la firma **CLIN y C.ª** y la *Medalla del PREMIO MONTYON.*

GRAGEAS, ELIXIR y JARABE
 DE
Hierro del Dr Rabuteau
 Laureado del Instituto de Francia.
 Los numerosos estudios hechos por los sabios mas distinguidos de nuestra época, han demostrado que las *Preparaciones de Hierro del Dr Rabuteau* son superiores á todos los demas *Ferruginos* en los casos de *Clorosis, Anemia, Palidez, Pérdidas, Debilidad, Estenuacion, Convalecencia, Debilidad de los Niños*, y las enfermedades causadas por el *Empobrecimiento y la alteracion de la Sangre* a consecuencia de las fatigas y excesos de todas clases. LAS *GRAGEAS DE HIERRO RABUTEAU* no ennegrecen los dientes y las digieren los estómagos mas débiles sin la menor molestia: se toman dos grageas por la mañana y dos por la tarde antes de cada comida. EL *ELIXIR DE HIERRO RABUTEAU* está recomendado a las personas cuyas fuerzas digestivas estan debilitadas: una copa de licor mañana y tarde despues de cada comida. *JARABE DE HIERRO RABUTEAU* especialmente destinado á los niños. El *tratamiento ferruginoso por las Grageas Rabuteau es muy económico.* ACOMPAÑA A CADA FRASCO UNA INSTRUCCION DETALLADA. Desconfiar de las falsificaciones y sobre cada frasco exigir como garantía la *Marca de Fábrica* (depositada) con la firma **CLIN y C.ª** y la *Medalla del PREMIO MONTYON.* El *Hierro Rabuteau se vende en las principales Droguerías y Farmacias.*

Agua de Colonia imperial.—Sapoceti, jabon de tocador.—Crema jabonina (*Ambrosial Cream*) para la barba.—Crema de *Fresas* para suavizar el cutis.—Polvos de *Cypris* para blanquear el cutis.—*Stilboide* cristalizado para los cabellos y la barba.—Agua *Ateniense* y agua *Lustral* para perfumar y limpiar la cabeza.—*Pao Rosa*.—Bouquet *María Cristina*.—Ramillete de *Cintra*.—Ramillete de la condesa de *Edia*.—*Heliotropo blanco*.—Exposicion de *Paris*.—Ramillete *Imperial Ruso*.—Perfume de *Francia*, para el pañuelo.—Bouquet *Imperial del Brasil*.—Agua de *S. M.* el rey *Don Fernando*.—Agua de *Cidra* y agua de *Chipre* para el tocador.—Alcoolat de *Achicoria*, para la boca.

PILDORAS BOILLE
 de BROMHIDRATO de QUININA de BOILLE
 Contra el Reumatismo diatéxico y gotoso las Calenturas intermitentes, las Neuralgias, las Neurosis (*Jaquecas*), etc.
 El Bromhidrato de Quinina de Boille es el de que se ha hecho uso exclusivo en todas las esperiencias que han tenido lugar en los Hospitales de Paris y de Francia.
 Depósito en Paris: **E. BOILLE**, 22, calle de la Bruyère.

BANCO HISPANO-COLONIAL.

ANUNCIO.

El Consejo de Administracion, usando de la facultad que le concede el art. 34 de los Estatutos, ha acordado la distribucion de un reparto provisional á las ACCIONES, á cuenta de los beneficios del quinto año social, fijándolo en TREINTA Y SIETE PESETAS Y CINCUENTA CÉNTIMOS por cada accion.

En su virtud, se satisfará á los señores accionistas el expresado reparto provisional desde el 2 de Mayo próximo, á la presentacion del cupon número 1 de las acciones; acompañando de las facturas, que se facilitarán en este Banco, Ancha 3, pral.

Las acciones domiciliadas en Madrid cobrarán en el Banco de Castilla, y las que lo estén en provincias en casa de los comisionados de este Banco.

Se señalan para el pago, en Barcelona, desde el 2 al 20 de Mayo, de nueve á once y media de la mañana. Trascurrido este plazo se pagará los lúnes de cada semana á las horas indicadas.

Lo que se anuncia para conocimiento del público.

Barcelona 25 de Abril de 1880.—El Vice-gerente, *P. Aleu Arandes.*

VENDAJE ELECTRO MEDICAL

INVENCION CON PRIVILEGIO DE 15 AÑOS, s. g. d. g. de los Hermanos **MARIE**, Médicos-Inventores, para la cura radical de las **Hernias** mas ó menos caracterizadas.—Ha ta el dia, los vendajes no han sido mas que simples aparatos para contener las hernias. Los Hermanos **MARIE** han resuelto el problema de contener y curar por medio del **VENDAJE ELECTRO-MEDICAL**, que contrae los nervios, los fortifica sin sacudidas ni dolores y asegura la cura radical en poco tiempo.—GAMNRE: rue de l'Arbre-Sec, 46, PARIS. Vendaje sencillo: 25 frs.—Indicar el costado.—Exigir la firma del inventor.

TRADICIONES DE TOLEDO

por **EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.**
 Esta obra, tan encomiada por la prensa y que consta de 316 páginas de esmerada impresion y excelente papel satinado, se halla de venta en Madrid en las principales librerías al precio de diez reales. Los Sres. Montoya y Compañía.—Caños, 1,—son los encargados de servir los pedidos que vengan acompañados de su importe.

BANCO DE ESPAÑA. Situacion del mismo en 30 de Abril de 1881.

ACTIVO.		Pesetas. Céntimos.
Efectivo metálico.....	108.520.960	
Caja de plata.....	3.818.613'57	116.291.349'56
Id. de oro.....	2.157.724'99	
Efectos á cobrar en este dia.....	1.794.051	
Efectivo en las sucursales.....	78.202.764'24	
Idem en poder de Comisionados de provincias y extranjero....	39.895.988'74	120.793.858'57
Idem en poder de conductores....	2.695.105'62	
		237.085.208'13
Cartera de Madrid.....		358.240.127'78
Idem de las sucursales.....		89.787.416'84
Acciones de este Banco, propiedad del mismo.....		384.638'71
Bienes inmuebles y otras propiedades.....		3.657.909'38
Tesoro público: por amortizacion é intereses de las obligaciones, ley 3 Junio 1876, série interior.....		9.999.750
Idem id.: por id. id., ley 3 Junio de 1876, série exterior.....		7.498.750
Idem id.: por id. id., ley 11 Julio 1877.....		4.781.250
Idem id.: por id. id. de los bonos, emision de 1.º Abril 1879.....		9.935.417'50
		721.370.468'34

PASIVO.

PASIVO.		Pesetas. Céntimos.
Capital.....		100.000.000
Fondo de reserva.....		10.000.000
Billetes emitidos en Madrid.....	108.048.100	
Idem id. en las sucursales.....	166.726.575	274.774.675
Depósitos en efectivo en Madrid.....		37.609.406'89
Idem en id. en las sucursales.....		12.312.659'70
Cuentas corrientes en Madrid.....		149.189.027'80
Idem id. en las sucursales.....		60.883.362'30
Dividendos.....		2.793.224'63
Ganancias y pérdidas.....	7.321.459'51	9.712.132'28
Realizadas.....	2.390.672'77	
No realizadas.....		
Intereses y amortizacion de billetes hipotecarios.....		1.090.772'65
Amortizacion é intereses de las obligaciones, ley 3 Junio 1876, série interior.....		1.104.647'50
Idem id. de las obligaciones, ley 3 Junio 1876, série exterior.....		3.683.265
Idem id. de las obligaciones, ley 11 de Julio 1877.....		511.635'30
Idem id. de los bonos, emision 1.º Abril 1879.....		2.993.498'75
Reservas de contribuciones para pago de amortizacion é intereses de las obligaciones creadas por la ley de 3 Junio 1876.....		19.275.686'35
Idem de id. para pago de amortizacion é intereses de los bonos, emision de 1.º Abril 1879.....		9.487.032'95
Fondos recibidos de Aduanas para pago de amortizacion é intereses de las obligaciones creadas por la ley de 11 de Julio de 1877.....		6.604.802'19
Diversos.....		19.344.639'05
		721.370.468'34

Madrid 30 de Abril de 1881.—El Interventor general, *Teodoro Rubio*.—V.º B.º—El Gobernador, *Antonio Romero Ortiz.*

BANCO HIPOTECARIO DE ESPAÑA.

Préstamos al 5 por 100 de interés en cédulas.

Préstamos al 6 por 100 en metálico.

Deseoso este Banco de promover y facilitar los préstamos en beneficio de los propietarios, ha acordado hacer á quienes lo soliciten préstamos en cédulas al 5 por 100 de interés desde el 1.º de Febrero próximo pasado. El Banco comprará las cédulas.

Al mismo tiempo continúa haciendo préstamos al 6 por 100 en metálico.

Las condiciones comunes á otros son las siguientes:

Este Banco hace los préstamos desde cinco á cincuenta años con primera hipoteca sobre fincas rústicas y urbanas, dando hasta el 50 por 100 de su valor, exceptuando los olivares, viñas y arbolados, sobre los que sólo presta la tercera parte de su valor.

Terminadas las cincuenta anualidades ó las que se hayan pactado, queda la finca libre para el propietario sin necesidad de ningun gasto ni tener entonces que reembolsar parte alguna del capital.

La cantidad destinada á la amortizacion varia segun la duracion del préstamo.

ADVERTENCIA IMPORTANTE

El prestatario que al pedir el préstamo envíe una relacion clara, aunque sea breve, de sus títulos de propiedad, obtendrá una contestacion inmediata sobre si es posible el préstamo, y tendrá mucho adelantado para que el préstamo se conceda con la mayor celeridad, si hay términos hábiles.—En la contestacion se le prevendrá lo que ha de hacer para completar su titulacion en caso de que fuere necesario.

LA AMÉRICA

Año XXII

Precio de suscripcion en España, 24 rs. trimestre.

En el Extranjero 40 francos.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE LOS SEÑORES M. P. MONTAYA Y C.ª Caños, 1.